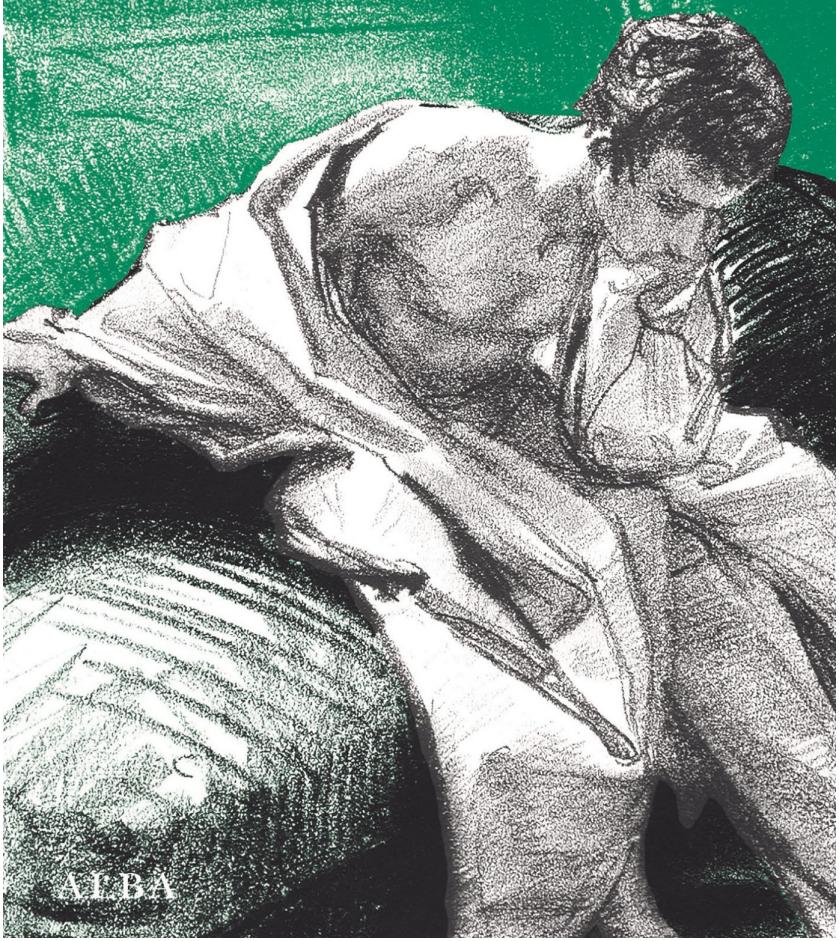
rara avis

Elizabeth Eliot

Cecil



ALBA

Elizabeth Eliot

Cecil

Introducción
Elizabeth Crawford

Traducción
Catalina Martínez Muñoz

rara avis
ALBA

Nota al texto

Cecil se publicó por primera vez en 1962 (Cassell & Co., Londres).

Introducción

En su reseña para *The Sunday Times* de *Alice,* la novela con que debutó Elizabeth Eliot, el crítico C. P. Snow destacaba de la autora «la áspera comprensión de quien sabe por experiencia que la vida no es fácil», mientras que en la que hizo de su segunda novela, *Henry,* para el *Times Literary Supplement,* haría hincapié en el «ingenio liviano y exquisito y la humanidad oculta bajo la superficie». Se hicieron comparaciones con la obra de Nancy Mitford y Elizabeth von Arnim, pese a que Snow señalaba que «Alice se movía en los círculos de la alta aristocracia, más elevados aunque menos inteligentes que el mundo de "honorables" de la señorita Mitford». En este ambiente de la «alta aristocracia» nació Germaine Elizabeth Olive Eliot, el 13 de abril de 1911; en su partida de nacimiento figura únicamente como «Eliot, mujer». Como es lógico, hacía falta tiempo para elegir la serie de nombres completa, pero la decisión estaba tomada el día del bautizo. No parece que Germaine fuera un nombre común en la familia, aunque guarda cierto parecido con el título de conde de St Germans, que por entonces ostentaba su tío abuelo, Henry Cornwallis Eliot, como quinto conde. Elizabeth se llamaba su abuela materna, Elizabeth Wadsworth, nieta del general James Wadsworth, gobernador militar de Washington en los años de la Guerra Civil estadounidense. Los vínculos transatlánticos serían importantes en la vida de esta «Eliot, mujer». No hay rastro de ninguna Olive en la familia paterna o materna, lo que sugiere que el nombre fue un simple capricho de los padres. De los tres nombres, fue Elizabeth aquel por el que se conocería a la futura autora.

Cuando nació, sus padres vivían en Londres, en el barrio de Marylebone, y el empadronamiento, que se hizo solo diez días antes, nos da una idea de cómo era la casa familiar. Allí vivía su padre, Montague Charles Eliot, de cuarenta años, quien con una caligrafía muy florida rellenó el formulario en el que inscribió a su mujer, Helen Agnes, estadounidense, de veintiséis años. Integraban el servicio un mayordomo, una doncella, una cocinera, dos criadas y un chico para todo. Naturalmente, unos días después se incorporó a la casa una enfermera. Montague (1870-1960) y Helen (*c*. 1885-1962) se habían casado el mes de junio anterior. Helen (o «Nellie», como la llamaban), aunque de ascendencia estadounidense y nacida en Estados Unidos, había pasado la mayor parte de su vida en el Reino Unido. Su padre falleció cuando tenía cuatro años, y su madre se casó entonces con Arthur Smith-Barry, futuro barón Barrymore de Fota House, en los alrededores de

Cork, en Irlanda. A juzgar por el conocimiento de las fincas y los parientes irlandeses que muestra Elizabeth Eliot en sus novelas, es probable que visitara la isla de Fota en alguna ocasión.

En los recortes de prensa sobre su boda no se hace ninguna alusión a la relación de Montague Eliot con el condado de St Germans, que por aquel entonces aún estaba muy lejos de heredar. La tragedia, sin embargo, llevaba años acechando a la familia St Germans y, en 1922, la muerte del sexto conde en un accidente de tráfico hizo que tanto la finca como el título pasaran al hermano mayor de Montague Eliot, soltero y sin hijos. Fallecido este, en 1942, Montague Eliot se convirtió en el octavo conde de St Germans, y su hija Elizabeth adquirió el título de *lady*. Montague Eliot se incorporó a la corte de Eduardo VII en 1901, y en el momento en que nació su hija Elizabeth era caballero ujier de Jorge V, puesto que ocupó antes del de encargado del guardarropa real. Desempeñó esta última posición sin sueldo hasta 1936 y desde 1952 hasta su muerte fue ayuda de cámara de Isabel II.

El heredero del octavo conde era el hermano de Elizabeth, Nicholas (1914-1998), y la familia se completó después de un largo intervalo con el nacimiento de otro hijo, Montague Robert Vere Eliot (1923-1994). Por aquel entonces la familia se mudó al 111 de Gloucester Place, una casa alta en una sucesión de viviendas adosadas, al pie de una avenida que cruza Marylebone de norte a sur.

Mientras que ha quedado constancia de que sus hermanos estudiaron en Eton, nada se sabe de la educación de Elizabeth. No sabemos si estudió en casa, con una institutriz, si fue a un colegio de Londres como alumna externa, a un centro como Groom Place, donde conocemos a las dos jóvenes heroínas de *Alice,* o a una escuela como la de la señora Martell (protagonista de su novela *Mrs. Martell),* «barata pero de calidad, en la costa sur de Inglaterra». La madre de Elizabeth tuvo una institutriz, la señorita Dinah Thoreau, de setenta años, que se suicidó con raticida en sus habitaciones de Paddington, en diciembre de 1934. El dinero no era un problema para los Eliot, a diferencia de los Palliser, los padres de Anne, la narradora de *Henry,* quien dice que su familia era «demasiado pobre para que mi hermana o yo recibiéramos una educación en condiciones (aunque a Henry, claro está, lo mandaron a Harrow)». Naturalmente, los chicos tenían que ir al colegio para «dar una buena respuesta cuando les preguntaran dónde habían estudiado. Por eso a Henry lo mandaron a Harrow». El hecho de que las jóvenes de sus novelas reciban invariablemente una formación inferior a la de sus hermanos puede indicar que ella tuviera ciertamente la sensación de no haber tenido una «educación en condiciones». Con independencia de cuáles fueran las circunstancias, una reseña de la edición estadounidense de *Alice* decía que Elizabeth, «como tantos autores, escribía desde los

diez años».

Tampoco sabemos nada de la relación de Elizabeth con sus padres. ¿Cómo hay que entender que *Cecil,* la historia de una madre odiosa y manipuladora, estuviera dedicada a su madre? ¿Qué decir de la fascinante frase promocional que figura en la primera edición del libro, según la cual la historia de *Cecil* «está basada en hechos reales»? ¿Cuál de los hilos de la trama de *Cecil* podría partir de un hecho real? Porque la novela, al margen de colocar en el centro de la escena a una madre que es «una auténtica ogresa», habla también de impotencia, asesinatos y drogas. *Cecil* se publicó en noviembre de 1962, un par de meses después de que Nellie Eliot, condesa viuda de St Germans, se suicidara en su habitación de un hotel de Gibraltar, un día después de llegar de Tánger, donde había ido a visitar a su hijo Vere. Sea cual sea la relación de la novela con la vida real, es justo señalar que en la obra de Elizabeth Eliot las madres tienden a presentarse bajo una luz ligeramente negativa, a la vez que los padres brillan por su ausencia.

En 1922 la herencia del título de conde de St Germans por parte de su tío soltero supuso cambios significativos para Elizabeth Eliot y su familia, y las visitas a Port Eliot se hicieron más frecuentes. En 1926 Elizabeth tuvo el honor de inaugurar la fiesta parroquial de St Germans, celebrada en los jardines de Port Eliot, donde, según el *Western Morning News,* ofreció un «divertido y elocuente discurso». Port Eliot, una antigua mansión reformada un sinfín de veces a lo largo de los siglos, es tan grande que, según se reconoce en su guía turística, ni una sola vez, que alguien recuerde, se ha visto libre de goteras. Aunque no tan antiguas, residencias de tamaño similar, normalmente en el suroeste de Inglaterra y a veces en decadencia, ocupan un lugar destacado en las novelas de la autora. Cuando Margaret, la narradora de *Alice,* visita Platon, la casa familiar en Devonshire, entra en «uno de los salones. No habían encendido el fuego, hacía un frío gélido y todo, hasta las sillas y el sofá en el que nos sentamos, estaba cubierto con sábanas polvorientas». Trelynt, la casa de Anne Palliser en el suroeste de Inglaterra, es, en *Henry,* después de la Segunda Guerra Mundial, igual de grande y húmeda, y no tiene servicio doméstico.

Naturalmente, por su posición, Elizabeth sería «presentada en sociedad» llegado el momento, y quedaría registro de su presencia en cacerías y bailes benéficos, incluso en una fotografía en la portada de *The Tatler*. En *Alice,* Margaret admite que «la idea de fondo era lógica. Cuando una chica llegaba a la edad de casarse, sus padres la presentaban en la sociedad adulta, con la esperanza de que conociera a su futuro marido. Hay abundantes ejemplos de estas prácticas en *La rama dorada*.[1] Por alguna razón, en la década de 1930 esta costumbre se había vuelto muy absurda». Margaret es presentada en la corte; su tío Henry, empleado de la casa real como lo fue Montague Eliot, observa que la presentación «significaba que teníamos un

asiento en la Sala del Trono, y eso era divertido, porque siempre cabía la posibilidad de que alguien se cayera. No es que nadie lo deseara pero, si ocurría, era divertido».

La presentación de Elizabeth surtió el efecto deseado y, en enero de 1932, la prensa de ambos lados del Atlántico anunció su compromiso con Thomas James (1906-1976). La boda se celebró apenas dos meses después en la iglesia de San Jorge de Hanover Square. El padre de Thomas James, diputado por la circunscripción de Bromley, había muerto, y su madre estaba demasiado enferma para asistir a la ceremonia. El sermón del obispo de Norwich, que resaltaba la importancia del matrimonio, fue especialmente didáctico y muy reproducido en la prensa. ¿Estaban las palabras del clérigo cortadas a medida de la joven y alegre pareja?

A la vuelta de su luna de miel en Río y Madeira, a principios de 1933, aplazada quizá hasta después de la muerte de la madre de Thomas James, la pareja inició su vida conyugal. Atendidos por cinco sirvientes, ocuparon íntegramente la casa del número 4 de Montague Square, un edificio de cinco plantas y a cinco minutos andando de la residencia de la familia Eliot. En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, Thomas James trabajó para la empresa BP, aunque no está claro que tuviera este empleo anteriormente, mientras estuvo casado con Elizabeth. En el manifiesto de aduana de su viaje en barco de 1933 figura como «representante». ¿Imitaba la ficción a la vida cuando, en *Alice,* la protagonista y su marido Cassius zarpan rumbo a Río, donde él iba como «representante de una empresa de ingeniería del automóvil»? A pesar de que tanto la familia de Elizabeth como la del elegante Thomas James –educado en Eton– tenían dinero, corre el rumor de que en el tiempo que duró su matrimonio contrajeron considerables deudas de juego y este fue un factor determinante para que se divorciaran en 1940.

Al estallar la guerra, en 1939, lady Elizabeth James, que ahora vivía sola en un apartamento de St John's Wood, constaba como conductora de ambulancia en el registro del Ayuntamiento de Londres. Sin embargo, nada se sabe de su vida en los años de la guerra y tampoco en los inmediatamente posteriores, hasta la publicación de *Alice,* en 1949. Unos meses después, en marzo de 1950, contrajo matrimonio con el excelentísimo señor George Kinnaird en el registro civil de Brighton. Cuando *The Daily Mail* quiso saber por qué se habían casado «en el más estricto secreto», Kinnaird contestó: «Estamos los dos muy concentrados en nuestro trabajo». *The Daily Mail* informaba a continuación de que «lady Elizabeth es la autora de *Alice,* novela recomendada por la Asociación del Libro. El señor Kinnaird es asesor literario». Kinnaird tenía entonces algún vínculo profesional con la editorial de John Murray. La pareja acabó divorciándose en 1962.

En la década de 1950, Elizabeth Eliot vivió unos años en Berkshire, una ciudad famosa por su relación con las carreras de caballos. La equitación era un deporte por

el que sentía mucho cariño, y en esos años, aparte de *Henry* (1950) y *Mrs. Martell* (1953), escribió dos libros dedicados a las carreras de caballos: *Starter's Orders* (1955), una obra de ficción, y *Portrait of a Sport* (1957), un ensayo. Henry, el hermano de la narradora que da título a la novela de 1950, un hombre muy querido aunque inútil, frecuenta asiduamente las carreras. El personaje observa: «Siempre puedo apostar un poco en las carreras, y aparte está el *backgammon*. El *backgammon* bien enfocado puede ser de lo más lucrativo». De Nicholas, el hermano de Elizabeth, casado tres veces, el obituario de *The Times* decía, con un punto de circunspección, que fue «defensor de las carreras, como propietario y entrenador de caballos y como corredor de apuestas». Al heredar el título y la finca de su padre en 1960, Nicholas Eliot, noveno conde de St Germans, transmitió el legado a su hijo menor y partió al exilio fiscal.

Parece ser que después de su segundo divorcio Elizabeth vivió mucho tiempo en Nueva York, donde frecuentó los círculos literarios y, en junio de 1971, domiciliada todavía en Greenwich Village, en el 290 de la Sexta Avenida, solicitó la ciudadanía estadounidense. Después se le pierde la pista hasta que el 3 de noviembre de 1991 el diario *The Times* se hace eco de su muerte en Nueva York. Por alguna razón, los detalles de la vida de Elizabeth Eliot son tan confusos que ni siquiera su familia ha podido facilitar información. Por fortuna, su ácido ingenio y su poder de observación social sobreviven y se despliegan plenamente en las novelas que ahora empezamos a recuperar.

Elizabeth Crawford

A mi madre

Capítulo 1

–Pero, querida Anne –observó lady Guthrie, con toda la convicción que imprime la autoridad–, nunca hay que creerse lo que diga un espíritu.

Yo estaba totalmente dispuesta a no creérmelo, y asentí, dándole la razón. Aunque hubiera querido protestar, sabía por experiencia que era inútil tratar de interrumpir a la madrastra de mi marido cuando cogía carrerilla con un tema nuevo.

Nos habíamos conocido doce años antes, en el verano de 1875. Yo acababa de prometerme con Charlie y ella me había invitado a pasar unos días. ¡Qué bien recuerdo esa visita y la emoción ante la perspectiva de conocer a sir David y lady Guthrie! Sería terrible no caerles bien, y la descripción que Charlie me había hecho de su madrastra –muy guapa, rubia y de poco más de treinta años– por alguna razón no me tranquilizaba. Iba a verme sometida al severo juicio de una mujer casi de mi edad. Recuerdo que pensé, supongo que por puro egoísmo, que era una suerte que la madre de Charlie, al morir a los pocos días de que él naciera, hubiera dado a sir David Guthrie la oportunidad –que aprovechó once años más tarde– de casarse por segunda vez.

La segunda lady Guthrie, lo mismo que su predecesora, se convirtió en madre de un hijo único, al que adoraba. Muchos años después del final de esta historia, lady Guthrie aún conservaba una colección de cartas de su hijo, así como pasajes de diversos diarios, que mandó publicar personalmente, para disgusto de mi marido. Si no quedaba más remedio que publicarlos, mi selección habría sido muy distinta, y como mínimo habría incluido algunas muestras de opinión más sinceras. Por ejemplo, la entrada correspondiente al 5 de junio de 1875:

> North Lodge, Stanmore. Lady Anne Marsh, que va a casarse con Charlie, llegó ayer. Mide un metro sesenta y siete, es rubia y no tan guapa como él decía. Al menos eso creo yo, pero mamá dice que no hay que criticar.

Eso le parecí a Cecil Guthrie, que entonces era un niño de nueve años.

Mi alegría por estar de nuevo con Charlie, después de un mes separados, sumada a mi nerviosismo general, contribuyó a que Cecil, que no estaba en la mesa ese primer día a la hora de comer, se me borrara enseguida de la cabeza. De hecho, hasta se me olvidó preguntarle a lady Guthrie por él, un descuido que a mi madre, de

haberlo sabido, le habría parecido imperdonable.

Esa primera comida, en la que sir David, para mi inmenso alivio, no se mostró a la altura del intimidante retrato que me había pintado mamá, transcurrió sin contratiempos. Se me concedió a continuación un indulto temporal en forma de un paseo solitario con Charlie. A la vuelta, y después de cambiarme, me presenté a tomar el té, fiel a una especie de cita implícita, en el tocador de lady Guthrie. Estábamos solas, y me dio la impresión de que lo había organizado expresamente todo para tener la oportunidad de estudiarme con detenimiento.

Esto, claro está, me brindó a su vez una buena oportunidad para observarla yo a ella. Llegué a la conclusión de que era mucho menos frívola y más inteligente de lo que mamá suponía. Era, como Charlie me había dicho, muy guapa, con un cutis radiante y una ligera redondez decididamente muy favorecedora. Esta apariencia física despertaba mucha más admiración en la década de 1870 que hoy, en 1917. Lady Guthrie iba de luto, aunque no recuerdo por quién. Desde luego no era por nadie muy cercano o que hubiera fallecido recientemente, porque Charlie y yo íbamos a casarnos en cuestión de unas semanas y no teníamos previsto aplazar la boda. Tampoco se podía decir que mi familia fuera muy quisquillosa para estas cosas, pues mi hermano mayor, que heredó el título de mi padre, se casó una semana después del funeral.

Lady Guthrie y yo llevábamos un rato charlando sin que surgiera entre nosotras la más mínima intimidad. A decir verdad, la conversación se redujo casi exclusivamente a las preguntas que ella me hacía y las titubeantes respuestas que yo le daba. Al final empezó a hablarme de su familia irlandesa. Poco a poco, mientras la escuchaba, me di cuenta de que no estábamos solas en el tocador. La sensación de una presencia desconocida, o inadvertida hasta cierto momento, siempre es desagradable. Miré detrás de mí, hacia la puerta, que tapaba un biombo.

Lady Guthrie, siguiendo mi mirada, también tuvo que notar la presencia, o tal vez la esperaba, pues con su voz alta y clara le ordenó que no se comportara como un niño tonto, que entrara en el tocador como es debido y, como coletilla, que cerrara la puerta después de entrar.

Se hizo un silencio sepulcral que duró unos segundos y luego la puerta, que era grande y maciza, se cerró sin hacer ruido y un niño salió despacio de detrás del biombo. En esos pocos segundos tuve tiempo de imaginar cómo sería Cecil. Pensé que llevaría un traje de terciopelo negro y tirabuzones hasta los hombros. Me lo había imaginado bajito y delgado, parecido al infante Carlos I. El niño que apareció delante de nosotras era muy distinto. Llevaba el traje completo de las Tierras Altas de Escocia. Tenía el pelo muy corto, de color castaño claro, y era guapísimo. Por la redondez de las mejillas, yo le habría echado como mínimo un año menos de la edad

que tenía. Después de dejarse ver, no intentó hacer nada hasta que lady Guthrie le dio pie.

–Ven, cariño, y deja que te presente a tu nueva hermana.

Un brazo se extendió hacia el niño, que se acercó buscando su protección. Sus ojos, que no se habían apartado de mí un solo instante, no temblaron, y no hubo, hasta que de nuevo se le instó a actuar, indicio alguno de sonrisa en su boca pequeña y carnosa.

La incitación se produjo esta vez en forma de un firme pellizco. Cecil dio un violento respingo, como si saliera de una ensoñación, dijo: «¿Cómo está usted?», con mucha cortesía, me cogió la mano, se inclinó sobre ella y por fin sonrió. Su madre dijo que estaba ilusionadísimo por conocerme y no hablaba de otra cosa desde hacía un mes. Aunque dudaba mucho de que eso fuera cierto, respondí que también a mí me hacía mucha ilusión conocer a Cecil. Entonces me preguntó si mis dos hermanos habían ido a Eton. Le dije que sí y, como saltaba a la vista que Eton era un tema candente para él en ese momento, contestó que su padre y Charlie también habían ido. Y su mamá y él pensaban que sería bonito que él también estudiase allí.

–Para eso aún hay que esperar; ya veremos cuando llegue el momento.

Lady Guthrie, sonriendo con cariño, pasó los dedos por el pelo de Cecil. Luego, volviéndose hacia mí, añadió que tanto el doctor Granby de Londres como un médico al que habían consultado recientemente en París coincidían en que quizá no fuera aconsejable.

Más tarde supe que Cecil por lo visto era muy nervioso, y también que el doctor Granby creía que podía tener tisis.

–Es posible que se fortalezca con el tiempo... –La voz de lady Guthrie se iba apagando.

–El caso es que mamá le va a pedir a papá que construya una casa cerca de Windsor, para no estar muy lejos de ellos y poder ir a casa los días que no haya clase por la tarde.

Dije que esto pintaba muy bien, y lady Guthrie añadió que ya había encontrado un sitio perfecto para la planeada casa.

–Nunca tuvimos la intención de quedarnos en North Lodge definitivamente, y estamos aquí de alquiler. Fue lo primero que encontramos cuando mi marido se retiró y volvió de Madrid el año pasado. Fue su último destino. Supongo que Charlie ya te lo ha contado.

La siguiente media hora fue Cecil quien dominó la conversación. Parecía un chico inteligente, y descubrí que la música era su principal interés y que hablaba español, alemán y francés con la misma soltura que el inglés.

–El señor Hughes, que es mi tutor, dice que cuando vaya al colegio no les gustará

que hable con un acento tan perfecto.

–Pero cuando seas mayor te resultará muy útil si quieres ser embajador, como tu papá.

Cecil me explicó que para ser diplomático hacía falta algo más que saber idiomas.

–Lo que haga cuando sea mayor dependerá de lo bien que me vaya en Eton, o con mis tutores, si al final no estudio allí.

Lady Guthrie dijo que eso era una bobada y que Cecil podría hacer lo que quisiera, siempre que se esforzara y tratara a todo el mundo con educación.

–Entonces seré primer ministro y actuaré todos los años en la función de Navidad. Y, si lady Anne también es muy educada, la harán reina de Inglaterra. Y Charlie podrá ganar el Grand National todas las veces que quiera. Y el señor Hughes tendrá un millón de libras y un traje nuevo. Me alegraré mucho de no volver a ver nunca más a ese pelmazo vestido de marrón, ¿tú no, mamá?

–El pobre señor Hughes, *dans son complet marron,*[1] dice «mesa» en latín y parece un barón.

Era evidente que se trataba de una broma familiar, porque en cuanto lady Guthrie terminó la frase, Cecil tomó el relevo.

–El latín del señor Hughes es bastante malo. Pero cuando tartamudea, tartamudea en griego.

Siguieron así un rato, con muchas risas de Cecil, que iba poniéndose cada vez más lenguaraz a costa de su tutor. El juego concluyó con la entrada de sir David y Charlie. Al ver a su hijo pequeño, sir David miró a lady Guthrie con aire interrogante.

–¿No habíamos quedado en que no podía bajar hasta el sábado?

–Yo no lo he invitado, ha venido por su propio pie –respondió lady Guthrie, como si eso en cierto modo exonerara a Cecil de alguna responsabilidad en la que de lo contrario habría incurrido por incumplir el castigo.

–Es que tenía tantas ganas de conocer a mi nueva hermana que no podía esperar más –dijo Cecil.

Sir David no parecía contento, pero se limitó a decirle a su hijo que era hora de acostarse, que diera las buenas noches y subiera al cuarto de estudio.

Esa noche, ya en la cama, me sorprendí pensando no en Charlie, que por aquel entonces estaba siempre en mis pensamientos –y sigue estándolo después de más de cuarenta años casados–, sino en Cecil. Aunque sabía que era una bobada, no podía quitarme de encima la desagradable sensación que me causó que entrara en secreto en el tocador de su madre.

A los niños les encantan estos juegos. Apenas unos años antes, ¿no me escondía

yo muchas veces detrás de un seto de laurel de la avenida del jardín para saltar y «sorprender» a algún adulto que, normalmente, no se sorprendía nada? Pero lo que había hecho Cecil no tenía nada que ver con dar saltos. Se había quedado esperando detrás del biombo hasta que su madre lo llamó, pero ¿cuánto tiempo llevaría allí? El modo de tratar el incidente por parte de lady Guthrie también me había resultado extraño y hasta un poco inquietante. En cuanto me vio mirar hacia la puerta, supo que Cecil estaba en el tocador. Por lo tanto, es probable que se hubiera dado cuenta antes que yo de que el niño había entrado, y en tal caso era muy raro que no hubiese dicho nada. Claro que, ahora que lo pienso, su actitud general con el niño era atípica. Aunque resultaba evidente que no era nada estricta con él, tampoco parecía la clásica madre consentidora de un hijo único delicado. Más bien se diría que lo trataba como a un igual. Un igual al que procuraba no ofender, ante la duda, por su temperamento irascible.

En el transcurso de doce años, los comprendidos entre 1875 y 1887, fue muy poco lo que, hasta donde yo alcanzaba a ver, había cambiado en la relación entre madre e hijo. El joven de veintiún años seguía tan unido a ella, de quien recibía el mismo cariño y el mismo trato de natural *camaraderie,* como el niño de nueve.

Muchas cosas, aunque sin llegar a la tragedia, nos habían ocurrido a todos a lo largo de esos años. Charlie y yo nos casamos en agosto de 1875 y nos fuimos a vivir a la casa de Berkeley Square que hoy sigue siendo nuestra. Nuestra hija nació un año después, y nuestro hijo Alistair en 1878, el mismo año en que Charlie, después de dimitir de su cargo en la Brigada, se presentó por primera vez al Parlamento.

Lady Guthrie y sir David, a quienes a raíz de una enfermedad grave en 1879 les aconsejaron que no volvieran a pasar un invierno en Inglaterra, vivían ahora la mayor parte del año en la villa que habían comprado en Cannes. Los meses restantes los pasaban entre Baden y la casa de Old Windsor, construida para que Cecil pudiera seguir disfrutando de las comodidades de la vida hogareña mientras estudiaba en Eton.

Hacía dos años que Charlie, a la muerte de un primo suyo, había heredado una finca en Escocia. A lady Guthrie, que en realidad no quería vivir en ninguna otra parte que el sur de Francia, creo que le ofendió que se excluyera a sir David en la herencia de Kildonan. Cuando estaba ahí con nosotros, como era el caso entonces, nunca dejaba de hacer alguna alusión sobre el particular. Mirándola, mientras estábamos en la salita de estar con vistas al lago, pensé en lo poco que la habían cambiado los años. Quizá estuviera algo más rellenita, pero seguía sin tener una sola cana en el pelo rubio y con la piel tan joven y lozana como siempre. Una crema especial (envasada en unos recipientes de porcelana especiales y decorados con violetas), expresamente elaborada para la princesa de Gales, era su secreto, o eso me

dijo lady Guthrie. Nunca lo atribuyó a un metabolismo perfecto, aunque tratándose de una mujer que tanto preocupaba a su marido y a su hijo con sus constantes enfermedades quizá fuera de esperar.

–Yo creo que los espíritus pueden ser extremadamente engañosos –repitió lady Guthrie–. Como dijo el señor Jackson el martes –y aquí se me acercó tanto como la cantidad de cosas que había en la mesa del té se lo permitió–, bromistas es el nombre que mejor les va.

El señor Jackson, como lady Guthrie nos había dicho con frecuencia a lo largo de los últimos días a Charlie, a mí y a todos los que estaban en nuestra casa, era un médium, espiritista, que vivía en Paddington y no creía *exactamente* en la divinidad de Jesucristo. Por aquel entonces, claro, la gente no hablaba demasiado de religión en la mesa –o al menos no cuando se trataba de no creer en algo–, de ahí que las revelaciones de lady Guthrie sobre los detalles exactos de la fe del señor Jackson causaran cierta incomodidad.

–Si no hubiera sido por los espíritus –lady Guthrie cogió distraídamente la trompeta de plata con la que apagábamos la lamparilla de alcohol del hervidor–, estoy convencida de que la hora que pasé con él en privado no habría acabado como acabó.

No nos contó cómo había acabado la hora exactamente, pero, al parecer, el señor Jackson y ella no consiguieron comunicarse con el espíritu de su hermana Marion.

Asentí compasivamente, pensando que era una lástima que de todas las hermanas de lady Guthrie, Marion, la única que había muerto, fuera también la única en cuyo consejo, si es que lo recibía, depositaba mi suegra alguna confianza.

–Quizá puedas intentarlo de nuevo a la vuelta, cuando pases por Londres –dije.

–Lo intentaré, desde luego, pero a veces resulta muy difícil, con tantos espíritus que quieren hablar con nosotros. El domingo, en la sesión pública, recibimos muchísimos mensajes; tengo que decir que en su mayoría eran bastante absurdos.

Bruscamente, sin intención de hacer nada sobrenatural con él, como yo me temía vagamente, lady Guthrie dejó el apagador encima de la mesa.

–La mitad de los mensajes parecían una postal de Brighton: «Todos bien por aquí, todo precioso, no te preocupes».

En aquellos días, si no hubiera conocido tan bien a lady Guthrie, probablemente habría pensado que su entusiasmo por el espiritismo era, en el mejor de los casos, tibio. Y me habría equivocado. Lady Guthrie nunca llegaba a creer totalmente en nada, fuera cual fuera la creencia que tuviera en el momento.

Con cierta curiosidad, pues llevaba algún tiempo esperando la oportunidad de plantearlo, le pregunté qué pensaba sir David, inclinado a un evangelismo muy estricto, de los espíritus, o al menos del señor Jackson.

Lady Guthrie levantó una mano en señal de advertencia.

–Él no... como ya te he dicho... y si fuera cualquier cosa menos importante, ni se me ocurriría *dar la sensación* de que contradigo la opinión de mi querido David...

Dejó la frase en suspenso, con lo que confirmé mi sospecha de que sir David, concentrado en tomar las aguas en Baden, no sabía nada ni del señor Jackson ni de las tentativas incursiones de su mujer en el mundo de los espíritus.

–Como sabes no hay nada que vaya en contra de nuestra religión; si lo hubiera, ten por seguro que ni se me pasaría por la cabeza... y, por supuesto, pienso contárselo todo.

Se reclinó en el sofá. Era evidente que no le apetecía seguir discutiendo este aspecto del asunto. Echó un vistazo a la salita, con un gesto que me llevó a preguntarme si no la estaría comparando, desfavorablemente, con las suyas, infinitamente más femeninas, de Old Windsor y Villa Victoria, en Cannes.

–En un castillo escocés –dije–, ¿no te parece que conviene un poco de austeridad?

–Te envidio las vistas. ¡Qué romántico es vivir a orillas de un lago! –Y se arropó un poco más con el chal de cachemira que llevaba en los hombros.

Yo esperaba que hiciera algo remotamente parecido a un elogio de los muebles que Charlie y yo habíamos escogido con tanto cuidado cuando nos trasladamos a Kildonan; de todos modos, la entrada del mayordomo, que venía a entregar el correo de la tarde, la libró de decir nada más. Habían llegado varias cartas para lady Guthrie: la que estaba en la parte de arriba del montón era, así lo anunció con una exclamación de alegría, de Cecil.

–Perdona –dijo. Pero ya había rasgado el sobre y estaba leyendo a toda prisa las cuartillas llenas de arriba abajo. Me llamó la atención el evidente placer con que leía–. Va a venir. Llega mañana.

Contesté que me alegraba mucho de que nada obligara a aplazar la visita de Cecil.

–Tenía mucho miedo, aunque por supuesto sabía que no iba a defraudarme, de que los Marsden le pusieran dificultades para venir.

Cecil, antes de venir a casa, había pasado unos días en Sussex con el coronel Marsden y su mujer, los padres de la chica con la que estaba más o menos prometido.

El compromiso, o más exactamente «la expectativa de compromiso», fue un secreto a voces a lo largo de varias semanas de agosto de 1887. El secreto, naturalmente, era compartido por la madre de lady Guthrie, lady Campion, sus cuatro hermanas vivas y las muchas personas con las que mantenía correspondencia, a quienes acudió en busca de apoyo y consuelo en circunstancias tan extraordinarias

como los planes de su hijo para casarse. Era todo muy preocupante, muy desquiciante y, nunca se olvidaba de añadir, maravilloso. No cabía duda –a pesar de su actitud un poco misteriosa sobre el particular– de que le habría gustado debatir sobre Lydia Marsden con su difunta hermana. Marion, que estaba «en el otro mundo», podría haber descubierto fácilmente, ¿verdad?, si había algo en contra de la chica que a los demás se nos ocultaba.

–Como sabes, la felicidad de Cecil es mi mayor deseo en este mundo, y espero que esté profundamente enamorado, lo creo.

–Seguro que...

–Ni siquiera en este momento decisivo de su vida deja pasar un día sin escribirme. Pero es que ya desde chiquitín era tan fiel, tenía una sensibilidad tan especial... Solo quienes lo han visto con sus propios ojos saben hasta qué punto llegaba la ternura de ese niño por una madre delicada de salud y muchas veces enferma. Hija, espero que tu Alistair llegue a tener contigo una relación tan cercana como la que Cecil ha tenido siempre conmigo, aunque supongo que para una madre de dos hijos nunca será exactamente igual.

Me miró con gesto suspicaz y coincidí en que quizá tuviera razón. Sonreí por dentro al pensar que mi hijo de nueve años, tan grandullón, se aferrara a mí con la misma fuerza que Cecil a lady Guthrie. Mi hija, a sus once años, ya empezaba a dar muestras de implacable independencia. Lady Guthrie jamás podría entender que yo prefería que mis hijos fueran así, incluso que me habría preocupado mucho saber que no había secretos que mis hijos no estuvieran dispuestos a compartir conmigo.

Lady Guthrie dobló la carta de Cecil pero no la guardó.

–No sé o, mejor dicho, no acabo de ver si está prometido definitivamente, y si en el fondo no estuviera seguro del todo... Creo que sería muy bueno que Charlie tuviera una conversación en serio con él.

–Puede, pero ¿qué quieres que le diga exactamente a Cecil?

Me di cuenta de que mi pregunta era demasiado directa incluso antes de terminar de hacerla. A lady Guthrie no le gustaba plantear las cosas abiertamente. Prefería con creces que toda la comunicación con el mundo que la rodeaba se hiciera a media voz y con sobrentendidos. Todo lo demás era, a su juicio, inaceptable en el ambiente de eterna enfermedad –no siempre real– en que vivía.

–Creo que para un hombre será mucho más fácil, y Charlie siempre ha sido muy amable. Recordarás esa vez, en Eton... cuando su padre y yo estábamos tan preocupados y tan lejos, y los médicos de Milán se negaban tajantemente a permitirme viajar.

Me acordaba perfectamente. El perentorio telegrama había llegado en mitad de las elecciones en Hastings: Charlie tenía que ir inmediatamente a Eton y hablar con

el director. «Dile que te explique la increíble carta recibida esta mañana. Edythe disgustadísima y gravemente enferma.» Aunque la firma era la de sir David, la autoría era inconfundible. Para mi inmensa tranquilidad, ya que el resultado electoral no estaba ni mucho menos garantizado, Charlie se negó a poner en peligro sus posibilidades de ganar si anulaba tres importantes mítines, como tendría que haber hecho para salir corriendo a Eton nada más recibir el telegrama.

Un pausado intercambio epistolar aclaró que las autoridades académicas consideraban que sería favorable para Cecil dejar el colegio al final del semestre. Explicaban detalladamente que no se trataba de una expulsión. El motivo era que no veían en Cecil «una buena influencia para sus compañeros» y que únicamente trabajaba en aquellas asignaturas –francés y alemán– que ya conocía perfectamente.

En su respuesta a dos cartas furibundas de lady Guthrie, el doctor Hornby se negaba a reconsiderar su decisión, al menos hasta que se le presentara la oportunidad de discutir el caso en persona con sir David. Cecil, como el director reconoció sin reservas, era inteligente y plenamente capaz, si se aplicaba, de obtener un título de prestigio en Oxford. Pero en aquel momento el chico no tenía la más remota idea de lo que era la disciplina, circunstancia que quizá se explicaba por el hecho de no haber cursado la enseñanza primaria en un colegio sino en casa, donde se le habría mimado demasiado.

Por desgracia, esta manera tan comedida de expresar una opinión tuvo en lady Guthrie un efecto inflamatorio extremo. No estaba dispuesta a tolerar que Cecil pasara una sola hora más en poder y bajo la influencia de un hombre tan incapaz de comprenderlo. Un nuevo intercambio de costosos telegramas tuvo como desenlace que Cecil dejara Eton varias semanas antes del comienzo de las vacaciones.

Lady Guthrie, en el breve prefacio aclaratorio de la selección de las cartas de Cecil que dio a la imprenta, no aduce ninguna razón para que su hijo abandonara los estudios a la temprana edad de dieciséis años. Sí cita, sin embargo, el testimonio del director sobre el buen comportamiento del señor Guthrie mientras estuvo en Eton bajo su tutela. El doctor Hornby añade a continuación que el señor Guthrie, no obstante haber perdido algún tiempo por su delicado estado de salud, se distinguió de una manera sobresaliente en los Premios Príncipe Consorte a las lenguas modernas.

Este tipo de carta, un pasaporte imprescindible para cualquier universidad, se niega únicamente en las más graves situaciones. Pero aun obviando esta circunstancia, el retrato que pinta de Cecil no es malo. Leyéndola, junto con las demás cartas personales en las que se habla de «falta de disciplina», uno simpatiza con el chico que vivió siempre asediado por tutores y, hasta el momento de matricularse en un internado, pasó todas las noches bajo el mismo techo que su

madre, que lo adoraba. Una madre, además, ¡que le exigía compartir hasta el último de sus pensamientos! No es de extrañar que, cuando por fin se le concedió la libertad –sin duda así tuvo que verlo el chico– de estudiar en un internado, se sintiera culpable de alegrarse en exceso, pues en realidad a eso se reducía todo.

La primera noticia que tuvimos Charlie y yo del fiasco de Eton fue el día en que acompañaron a Cecil hasta una tribuna desde la que Charlie estaba hablando. Haciendo su entrada a la manera de sir Henry Irving cuando se disponía a meterse en el papel de Macbeth, más que como una persona anónima desorientada al ver que llega tarde a la iglesia, Cecil no hizo nada por tranquilizar a un público ya de por sí ingobernable. Después, en honor a la verdad, pidió disculpas. Estaba en Hastings por deseo de su madre, más que por voluntad propia. Lady Guthrie no tenía la menor duda de que la presencia de Cecil en la campaña electoral sería útil para Charlie a la par que una experiencia interesante para su queridísimo hijo. La ingrata tarea de enviar al chico a Milán, sin desencadenar una riña familiar, recayó sobre mí. La cumplí escribiendo a lady Guthrie una carta en la que le decía que era inconcebible que, estando tan enferma, su hijo no estuviera a su lado.

Esta vez conseguí sacar a lady Guthrie de su estado de invalidez casi permanente de un modo más beneficioso para mí que para ella. Normalmente era al revés.

–Por supuesto que es demasiado joven para casarse inmediatamente. –Lady Guthrie hablaba en voz mucho más alta de lo habitual, y me temí que esto significara que era la segunda vez que hacía el comentario.

Le di inmediatamente la razón en que veintiún años quizá fueran pocos para que un hombre se casara, añadiendo, eso sí, que mis hermanos se habían casado con no muchos años más.

–Y ¡mira el resultado! –Aunque movió la cabeza con pesar, había una nota de triunfo en su voz, y me di cuenta de que había tardado demasiado en ofrecerle una vara con la que ahora se podía zurrar a Cecil–. ¡Y tu pobre madre! –añadió–. Cuánto me acuerdo de ella: ¡con un hijo envuelto en un escándalo tan espantoso! Ni pensarlo puedo.

–Mi madre lo piensa muy poco –dije.

–Si yo creyera que a Cecil podría ocurrirle algo así... Es tan humillante para tu hermano que todo el mundo sepa que su mujer no le es fiel. Ya era horrible cuando eso solo le pasaba al príncipe de Gales, pero ahora, con el duque y todos esos rumores de divorcio... Y ¡pensar que no habría ocurrido nada si tu pobre hermano hubiera esperado a ser un hombre maduro antes de casarse!

–Yo creo que todo el mundo puede elegir mal a cualquier edad.

Me preguntaba si alguna vez sería posible hacerle ver a lady Guthrie que casi cualquier cosa sería mejor para Cecil antes que pasar la vida en compañía de un

padre de ochenta y un años y una madre que aún presumía de compartir con él todos sus pensamientos.

–Y ¿no crees que un marido muy joven siempre resulta patético, atado a la vida doméstica, con todo lo que eso implica, sin haber tenido tiempo de conocer mundo?

Le contesté que Cecil ya había visto más mundo que la mayoría de los hombres y no creía por tanto que en su caso estar atado fuera tan grave.

–Dentro de un par de años será distinto –añadió lady Guthrie, como si yo no hubiese dicho nada–, por eso me parece tan importante que Charlie hable con él. Lo aceptará mucho mejor viniendo de un hermano, y estoy segura de que Charlie, con lo listo que es, sabrá hacerle entender que le conviene mucho más esperar.

Le recordé, sin demasiadas esperanzas de que sirviera de algo, que ella misma, como repetía tantas veces, se había casado prácticamente nada más salir del colegio.

–Pero las circunstancias eran muy distintas, querida. Mi querido David era un hombre maduro. Podía aprenderlo todo con él. –Cambió de tema y volvió a la carta de Cecil–. No creo que sepas que está completamente seguro de sus sentimientos. Dice que va a darme tanta alegría como pena saber que está más enamorado que nunca, pero a continuación... –Dio la vuelta a una cuartilla y me la pasó, señalando con el dedo el punto por el que quería que empezase a leer–: «su total ignorancia en cuestiones de arte es para mí una lástima, aunque ¿quién puede aspirar a la perfección? De una cosa me ha dado una prueba maravillosa: disfruta conmigo; se ríe de pura alegría y ¡qué felices somos! Mientras tú, querida, seas feliz, sé, conociendo mi alegría»... –Lady Guthrie recuperó entonces la carta–. Ahora habla de una novela de Bourget que le pedí, y luego de una novela suya.

–No sabía que Cecil estuviera escribiendo una novela.

–Empezará en cuanto encuentre la trama.

Se levantó y dio una vuelta por la sala. Vi que sonreía, aunque no sabría decir por qué. Miró un momento por la ventana, con los brazos un poco por encima de la cabeza y las manos –en una de ellas tenía aún la carta de su hijo– levemente apoyadas contra el cristal.

Capítulo II

A la mañana siguiente, como tenía por costumbre, lady Guthrie desayunó en la cama. Iban a dar las diez cuando subí a su dormitorio. Siempre que lo ocupaba ella olía deliciosamente a perfume. Recostada en las almohadas, con el pelo recogido en una lustrosa trenza que le llegaba hasta la mitad de la espalda, irradiaba lujo sobre todo cuanto la rodeaba.

Después de darnos los buenos días le dije que Charlie y yo habíamos hablado largo y tendido sobre Cecil la noche anterior, y Charlie, después de meditarlo a fondo, creía que lo mejor era invitar a los Marsden y su hija a pasar unos días con nosotros.

–Querida mía –lady Guthrie se llevó al pecho el brazo enfundado en la holgada manga de encaje–. No lo creo, no. No puede ser una buena idea. Cecil ha pasado cinco días con ellos... Se fue derecho a Sussex después de despedirse de mí en Euston. Teniendo en cuenta que en realidad no están prometidos, sería demasiado.

Su reacción era la que esperábamos, pero fingí que me llevaba una leve decepción.

–¡Qué lástima! Creíamos que te encantaría la idea y que querías que Charlie aconsejara a Cecil sobre el futuro.

Lady Guthrie repitió que no estaría nada bien. Sabía que lo hacíamos con la mejor intención pero no estaría bien.

–Pues Charlie no cree que pueda ayudar en nada a Cecil mientras no los haya visto juntos. De todos modos –porque vi que empezaba a enfadarse–, a lo mejor los Marsden no pueden venir.

–¿Quieres decir que ya habéis enviado la carta? –Lady Guthrie me miró con gesto interrogante–. El correo aún no ha salido.

Le expliqué que le había dado la carta al cochero para que la echara al correo en Dundee cuando recogiera a Cecil en la estación.

–En tal caso no hay nada que hacer, porque el coche tiene que haberse ido ya.

Sus ojos azules reflejaron una ira fría, pero no era propio de lady Guthrie manifestar su rabia abiertamente. Hizo un movimiento inútil para coger la cuerda de la campanilla –que en realidad tenía fácilmente a su alcance– y luego, como exhausta por el esfuerzo, se hundió entre las almohadas y me pidió que tuviera la amabilidad de llamar a la doncella.

–Louise está esperando en la puerta.

–Entonces, por favor, dile que pase. Quiero intentar vestirme antes de que llegue Cecil; es muy triste para él ver a su madre siempre enferma, y cuando me es posible hago el máximo esfuerzo para *aparentar* que estoy sana.

Fue una especie de alivio salir del dormitorio. Bajé por la amplia escalera de roble, que olía a cera de abeja en lugar de a perfume de París, crucé el vestíbulo fresco y el salón ligeramente más caldeado, y salí a la terraza.

–Bueno, ¿cómo se lo ha tomado?

La prima de Charlie, Nealie Adair, se levantó de un salto del sillón de mimbre en el que estaba sentada.

–Exactamente tal como esperábamos: no le ha hecho gracia.

–Pobre Cecil. Espero que a él sí se la haga. ¡Te imaginas pasar un noviazgo con Edythe pegada a todas horas!

No había ni una pizca de malicia en la alegre carcajada de Nealie. Volvió a tomar asiento y cogió el ejemplar de *The Times* que se había caído al suelo.

Me senté a su lado. De repente me arrepentí de haber invitado a los Marsden. La idea de traer a Lydia a Kildonan sin el consentimiento de lady Guthrie, y sabíamos que, de pedírselo, nunca lo daría, nos había parecido divertidísima la noche anterior. Fue a Nealie a quien se le ocurrió, y planeamos el *coup d'état*[1] en la sala de fumadores, entre carcajadas, me temo que procaces.

–¿Crees que hemos hecho mal? Con la ilusión que le hacía tener a Cecil para ella sola, aparte de nosotros, claro.

Nealie dijo que eso era una bobada.

–Ese chico ya pasa demasiado tiempo con sus padres. Solo ha estado tres meses separado de ellos, y luego se irá con ella a Baden. ¿Qué más quiere?

–Está muy preocupada por él.

–Pues no hay ninguna necesidad. Lydia es una chica agradable, aunque un poco gansa, y Edythe conoce a los Marsden de toda la vida. Tendría que sentirse afortunada.

–Dicho así parece muy fácil.

–Para nada, es Edythe quien hace que parezca difícil pero, cuando se trata de Cecil, ¿alguna vez la has visto no hacer lo mismo? Si hubiera tenido una pizca de tacto con ese asunto del colegio, si hubiera dejado que el tío David fuese a aclarar las cosas con el doctor Hornby, probablemente el chico habría podido terminar el curso en Eton. Y también fue culpa suya que no fuera a Oxford. ¿Puedes creer que un médico prohíba la universidad, por motivos de salud, cómo no, pero no tenga nada en contra de pasar la temporada asistiendo a actos sociales en Londres? El año que Cecil pasó allí, nunca salía de casa sin encontrarme con él. Creo que todas las noches

iba a una fiesta.

–Tú la odias, ¿verdad?

–Me parece egoísta, nada más. Y creo que sin querer le ha destrozado la vida a su hijo.

–¿Cómo puede haberle destrozado la vida si solo tiene veintiún años?

–Y eso de impedirle que entrara en el Ministerio de Exteriores, a mí me parece un crimen, pero ¿qué podemos hacer? –Y, diciendo que iba por la mitad de un fascinante artículo del jefe de la sección financiera, Nealie volvió al periódico.

Fascinante, pensé, para ella, no para muchas otras mujeres, pero es que Nealie era una mujer fuera de lo común, y lo parecía todavía más en la época de la que hablo, porque ahora, con la guerra, las mujeres se han emancipado.

¡Casi el mundo entero envuelto en una guerra que empezó hace ya más de tres años! ¡Qué imposible nos habría parecido semejante futuro si nos lo hubieran dicho hace treinta años! ¿Cómo habría podido creer yo entonces que Charlie, a sus sesenta y siete años, lideraría un regimiento para combatir en Francia? ¿O que yo pasaría una tarde de invierno en una casa, cerca de Sandwich, como estoy ahora, escuchando con miedo los cañones alemanes al otro lado del Canal de la Mancha? Más vale no pensar en eso, ni en casi nada que aquella mañana de agosto de 1887 fuera aún parte del futuro. Más vale volver a ese momento con Nealie, en la terraza de Kildonan, y sentir de nuevo en la espalda la calidez de un sol de hace treinta años; abrir mi sombrilla y, con deliciosa pereza, mirarla mientras lee *The Times*.

El verano de 1887, Nealie, cuyo nombre de pila era Cornelia, tendría alrededor de cincuenta años. Digo «alrededor» porque siempre fue muy reservada con su edad. Charlie a veces se metía con ella y contaba que Nealie –ella aseguraba que era mentira– había roto la página de la Biblia familiar en la que se había anotado su fecha de nacimiento. Nealie nació en Estados Unidos y Charlie era su primo, por parte de madre. Aunque ella le sacaba diez o quince años, siempre habían sido grandes amigos y se trataban como si tuvieran la misma edad.

Nealie se había casado dos veces. Su primer marido murió en Estados Unidos, inmediatamente después de la Guerra Civil, cuando aún era muy joven. Nealie cruzó entonces el Atlántico y se instaló en Inglaterra. En 1872 conoció, y se casó con él, al imponente John Adair, ampliamente conocido como la Maldición de Donegal. Decían de él que era el único irlandés que se benefició de la hambruna de los años cuarenta para amasar una fortuna, y desde entonces era odiado, casi con la misma intensidad, tanto por los demás terratenientes como por los campesinos. La Maldición había muerto hacía dos años y Nealie estaba viuda por segunda vez. Entre sus amistades nadie lo lamentaba, pues casi todos sentían una profunda antipatía por el señor Adair. Tanto es así que no recuerdo haber conocido a nadie –aparte de la

propia Nealie, a quien trataba de un modo abominable– que tuviera una buena palabra para él. Personalmente, no podía dejar de pensar que su muerte, que convirtió a Nealie en una mujer extremadamente rica, había sido un acontecimiento casi afortunado.

Nealie dejó de leer el periódico para preguntar, sin venir a cuento, pues era improbable que hubiera en el principal artículo de *The Times* algo capaz de desencadenar semejante secuencia de pensamientos, desde cuándo conocíamos a Willie MacLaughlin.

–Me pareció muy divertido anoche, cuando estuvimos haciendo esos planes tan bobos, y también muy ingenioso. No entiendo cómo, aunque hayas tenido la casa abarrotada de gente, no me he fijado antes en él.

Dije que me alegraba de que Willie le cayera bien, pues temía que pudiera aburrirse dado el éxodo general de los demás invitados.

–Lo conocemos prácticamente desde que era un colegial. Su padre fue el abogado de esta finca muchos años. Ahora está muerto, y Willie se ha hecho cargo de su trabajo. Charlie dice que es demasiado brillante para ejercer aquí, que tendría que irse a Londres.

–Y ¿se irá?

–No lo sé, mejor que se lo preguntes a él.

–Si Willie quisiera –dijo Nealie, con aire reflexivo–, a lo mejor podría hablar con sir Terrence este otoño.

Sir Terrence Lucas, que por desgracia murió el año antes de que empezase la guerra, era un gran amigo personal de Nealie. Tenía fama de ser el mejor abogado de su generación; algunos decían que el más «marrullero».

–Bueno... si el señor MacLaughlin quiere incorporarse a otro bufete, que sea el mejor, ¿no? Y, si tiene un montón de clientes en Escocia, que los lleve...

Y Nealie, entusiasmada, no tardó en imaginarse a Willie alojado en Lincoln's Inn, ganando diez mil al año y a punto de ser nombrado caballero.

No se calló hasta que la interrumpí para decir que era una suerte que estuviéramos solas, porque, de haber estado Charlie con nosotras, seguro que la habría llamado entrometida.

–¿Cómo es eso que dice siempre: eso de que tu padre tenía más hierros en el fuego que armas había en el mundo antes de Sevastópol, y que tú eres exactamente igual?

Nealie, orgullosísima de su padre, a quien mataron en el campo de batalla en la Guerra de Secesión, contestó que no había nadie a quien le gustaría parecerse más que a él, porque era un hombre admirable, además de muy listo y valiente, y nunca había vuelto a ver granjas mejor llevadas que las suyas en Nueva York.

Todo esto, según me ha dicho Charlie, era muy cierto, y de los seis hijos que tuvo su tío, Nealie, dotada de una inmensa valentía física y moral, era la que más se le parecía.

Cecil llegó a Kildonan alrededor de las doce, pero no sé decir si la doncella de lady Guthrie había conseguido, en las dos horas asignadas a la operación, vestir a su señora a tiempo para recibirlo. Mi suegra quiso recibir a su hijo en la intimidad de su dormitorio.

Cuando, al cabo de un rato, madre e hijo bajaron con nosotras a la terraza, me llamó notablemente la atención, porque habían pasado dos o tres años desde la última vez que lo vi, el extraordinario cambio de Cecil. También pensé que sus modales habían mejorado mucho, o puede que simplemente le hubieran crecido, como les crecen los pies a los cachorros y a los adolescentes.

Cuando fuimos a comer, pensé si Nealie no habría exagerado al referirse a mi cuñado como el «pobrecito Cecil». El hombre de mundo en que se había convertido irradiaba confianza y parecía muy capaz de manejar a lady Guthrie y dirigir sus asuntos amorosos sin ayuda de nadie. En la mesa, me tranquilizó ver que mi suegra, al menos de momento, decidía abandonar el papel de madre siempre enferma que amenazaba con adoptar un par de horas antes. Participó en la conversación con mucha animación y algo de ingenio. Si interpretaba un papel, sin duda era el de la hermana que se desvive por gustar a un hermano a quien profesa una inmensa admiración.

Seguí estudiando a lady Guthrie y a Cecil a lo largo de los días siguientes con cierto interés. Él era muy atento, y parecía sincero en sus ganas de pasar a solas con ella el mayor tiempo posible sin faltar a la cortesía con los demás. Es verdad que salía a cazar a diario, y la dejaba bastantes horas sola, pero los dos se esforzaban mucho en recalcar que él lo hacía únicamente por expreso deseo de su madre.

El jueves recibí respuesta de la señora Marsden. La carta llegó con el correo de la tarde, que nos entregaron mientras tomábamos el té en la salita de las mañanas. Terminé de leerla y eché un vistazo a Nealie. Resultó, porque no se le escapaba nada, que me estaba mirando. Asentí y, por la expresión traviesa que iluminó un momento sus ojos, supe que me había entendido. No sabía qué hacer. No quería crear un misterio y dar de este modo a lady Guthrie una excusa a su juicio legítima para enfadarse. Por otro lado, no me apetecía anunciar solemnemente la inminente llegada de Lydia y darle una importancia que, excepto en la imaginación de lady Guthrie, no tenía. Aparté dubitativamente la vista de Nealie, quien entonces, por discreción, se enfrascó en la lectura de sus cartas. Miré a Willie y a Cecil, que hablaban de los ciervos que habían matado el año pasado; a mi suegra, que terminaba con delicadeza una copiosa merienda, y finalmente a Charlie.

–Han llegado noticias de la señora Marsden. Dice que Lydia y ella vendrán con mucho gusto. –Miré la carta de nuevo–. Creo que el lunes.

–Y ¿el coronel? –preguntó Charlie, como si lo único que le interesara de la noticia era si tenía que preparar un arma más.

–Se va a pescar a Invernessshire, pero están todos invitados a casa de los Macdonald la semana que viene y ya se verán todos allí. Les viene de maravilla.

–La casa va a estar llena de mujeres.

–Da igual. La semana que viene tendremos demasiados hombres. Es imposible cuadrarlo.

Charlie dijo que sería interesante ver cuánto había cambiado la pequeña Lydia.

–La última vez que estuvimos en East Dean aún llevaba falda corta.

–Se ha vuelto muy guapa, ¿no? –Nealie se había dirigido a lady Guthrie, y todos esperábamos su respuesta.

–Eso tendrás que preguntárselo a Cecil. –El mejor modo de definir el gesto con el que acompañó su comentario sería decir que parecía copiado de los franceses.

–Me alegro –dijo Charlie efusivamente y sin dar tiempo a Cecil de decir nada–. Siempre es agradable tener en casa a una chica guapa. ¿Qué pasa con los niños, Anne? ¿No están tardando mucho en bajar esta tarde?

En realidad, la aparición ritual de nuestro hijo y nuestra hija no estaba prevista hasta diez minutos más tarde, pero la discusión, en la que Nealie y yo nos enzarzamos inmediatamente, de si estaban tardando o no y, en caso afirmativo, si teníamos que enviar un recado a la sala de estudio, hizo que pareciese natural que dejáramos de hablar de los Marsden.

En cuanto llegaron los niños, lady Guthrie, alegando dolor de cabeza y cartas urgentes que escribir, anunció su intención de subir a su habitación hasta la hora de la cena. Se levantó, y Cecil fue corriendo a ayudarla y escoltarla. Sabíamos que no volvería, como mínimo, hasta que la hubiera dejado instalada en la *chaise-longue,* delante de la chimenea que, incluso cuando hacía calor, tenía siempre encendida.

En cuanto salieron y cerraron la puerta, Nealie no pudo aguantar más.

–Cuatro días es mucho tiempo. Encontrará una excusa para irse con Cecil antes del lunes.

–¿Qué te apuestas –le preguntó Willie a Charlie– a que llega un telegrama de sir David en el que le pide que vaya inmediatamente a Baden?

Charlie dijo que no sabía si lady Guthrie sería capaz de llegar tan lejos, pero estaba de acuerdo con Nealie en que lo más probable era que se fuera.

Me fijé en que los niños, pensando por una vez que los mayores hablaban de algo interesante, nos miraban boquiabiertos. Se olvidaron de los libros del «piso de abajo», abiertos en las rodillas, con los que supuestamente tenían que entretenerse el

rato que pasaban con nosotros.

Les dije a los demás que no tenían de qué preocuparse, porque las Marsden llegarían al día siguiente.

–¿Por qué narices no lo has dicho? –Charlie, cosa rara en él, parecía bastante contrariado.

–Porque, si lo hubiera dicho, lady Guthrie habría podido irse esta misma noche. Así cree que tiene tiempo de sobra.

–¿Cómo vas a explicarlo? –Aunque era evidente que eso a Nealie le preocupaba muy poco.

–Me he equivocado al leer la carta. Le puede pasar a cualquiera.

–Cuando baje mañana por la mañana –dijo Nealie– se las encontrará aquí. Al menos a la señora Marsden. Esperemos que Lydia esté con Cecil en el último rincón del jardín.

«Queridísima madre, siempre entiendes mis sentimientos a la perfección.» Esta frase se repite constantemente en las cartas que Cecil le escribe a lady Guthrie. Es una especie de patrón, a veces he pensado que siniestro, que se enrosca y desenrosca, como una fila de bailarines en un espectáculo de ballet, para volver siempre a la misma forma.

«Queridísima madre, qué triste estoy lejos de ti. Qué valiente eres, aunque leyendo entre líneas no se me oculta lo mucho que has sufrido.» La carta podía estar fechada en 1896 o diez años antes. Y ¿cómo soportaba, siendo ya un hombre hecho y derecho, seguir firmando, sistemáticamente, como «Tu hijo Cecil»? Las palabras, lo mismo que las propias cartas, dan tan poca idea del carácter de mi cuñado que, al leerlas, una se queda con la inquietante sensación de que se han escrito al dictado de otra persona. ¿Podían estar una madre y un hijo tan en armonía como se da a entender en la correspondencia impresa entre Cecil y lady Guthrie? ¿De verdad, por terrible que parezca la duda, llegó a escribir Cecil las cartas que se le atribuyen? Ahora ya es imposible saberlo a ciencia cierta, y Nealie, con cuyos abundantes recursos creí que podía contar para averiguar la verdad, siempre ha fingido creer que no hay ningún misterio. Las cartas originales, si es que aún existen, estarán en alguna de las muchas casas de lady Guthrie, en una estantería reservada a los libros de ficción.

Cuando subimos a cambiarnos para cenar, Charlie seguía metiéndose con Nealie por su supuesta fama de casamentera.

–Más vale que te andes con cuidado. El otro día, alguien me dijo que creían que te llevabas comisión.

Nealie se paró al final de la escalera, que, por fortuna, estaba algo lejos de las habitaciones de lady Guthrie y Cecil.

–Es una tontería tan grande que ni voy a molestarme en contestar. Además, no estamos intentando *casar* a Cecil.

–¿De verdad? Yo creía que la idea era esa.

–Claro que no. Solamente intentamos asegurarnos de que se divierta un poco antes de que se lo lleven a rastras a Baden. Al fin y al cabo, tu padre tiene más de ochenta años. No puede ser una gran compañía para un chico de veintiuno.

Charlie, a quien le molestaba mucho la apariencia de egoísmo que daba a su padre el hecho de que Cecil estuviera con él a todas horas, no contestó.

–En Baden siempre hay jóvenes a montones –dije, alejándome ya–, y en Cannes, entre la vela, el teatro y tanto ir y venir de gente, lo pasa siempre de maravilla.

–Mejor lo pasaría como tercer secretario en alguna de esas delegaciones tropicales que todos odian tanto.

Nealie torció en el pasillo que llevaba a su dormitorio, y con esto concluyó la conversación, que amenazaba con volverse algo indiscreta en un sitio tan público.

Capítulo III

Las circunstancias –qué tediosas son a veces– se conjugaron para impedir que la llegada de las Marsden a Kildonan se produjera tal como Nealie había concebido. La encantadora escena en la que lady Guthrie saldría a la terraza justo antes de comer y se encontraría a la señora Marsden ya instalada, sin rastro de Lydia ni de Cecil, que naturalmente estarían a solas en el romántico escenario de la rosaleda, nunca llegó a representarse.

La primera señal que tuvimos de que las cosas iban a tomar un rumbo distinto, si no abiertamente un mal rumbo, fue el aguacero que cayó a la mañana siguiente. O sea, ¡ni terraza ni rosaleda! La segunda, y esto era muy mala suerte, fue que el tren de Londres eligió aquel día en particular para llegar con más de una hora de retraso, y lady Guthrie, algo casi sin precedentes en ella, a las once había salido de sus habitaciones. Nos encontró a Nealie, a Willie y a mí en el salón, la única pieza, aparte de algunos dormitorios, que ofrece amplias vistas de la puerta principal. Cecil, a quien lógicamente queríamos tener cerca, estaba con Charlie en la sala de fumadores, supuestamente hablando de negocios. Yo esperaba que Charlie hubiera tenido el ingenio suficiente para inventarse alguno.

–¡Qué mañana tan triste! –Lady Guthrie hizo su entrada en el salón mientras todos nos levantábamos y Willie corría a acercarle una silla–.Y ¡qué birria de fuego! –Tiritó ostensiblemente mientras se dejaba instalar por Willie lo más cerca posible de las llamas.

–Lo siento muchísimo. Voy a pedir que traigan más carbón. –Y mientras tiraba de la cuerda de la campanilla me pregunté cómo iba a explicar la llegada del coche que traería a las Marsden con tan evidente antelación.

–Hoy me encontraba tan bien que pensaba terminar mi dibujo, pero ahora... –Lady Guthrie miró hacia la ventana.

Siguiendo su mirada parecía que la lluvia había arreciado y de los árboles caían gotas mucho más grandes que unos momentos antes.

–De todos modos, ya que me encuentro con muchas más fuerzas, quizá podría ser un buen día para que me llevéis a casa de la querida Antoinette.

Se refería a Antoinette Lambert, una de nuestras vecinas más cercanas, amiga de lady Guthrie desde la infancia.

–Si saliéramos dentro de media hora llegaríamos con tiempo de sobra para

comer.

Señalé que la señora Lambert no nos esperaba.

–No tiene por qué. En su carta me decía que pasara cuando me apeteciera. Siempre tienen tantos invitados que dos o tres más ni se nota. Te pediría que me dejaras ir sola si no me hubiera dicho que tenía muchas ganas de verte. Dice que nunca vas por allí, y me temo que está un poco dolida.

–¿Por qué no esperamos a que haga buen tiempo? –propuso Nealie–. Su jardín siempre está precioso.

–Yo voy a ver a Antoinette, no el jardín, pero –y aquí lady Guthrie dio la espalda claramente a Nealie para dirigirse expresamente a mí– ¿a lo mejor hoy no te viene bien?

Me miró con tal intensidad que empecé a pensar que «la trama Marsden» quizá no fuera un secreto tan bien guardado como creíamos. Tanto empeño en visitar a Antoinette era completamente absurdo, y había que reconocer la habilidad de lady Guthrie para cambiar las tornas. ¿Cómo se había enterado? ¿Por los niños? ¿La doncella? Sí, eso tenía que ser, a través del ama de llaves.

Pillada, aunque no expresamente acusada, en una muestra de mala educación como era engañar a una invitada en mi casa, miré a otro lado. Pasara lo que pasara a partir de ese momento, el tiro había salido por la culata y la broma ya no tenía ninguna gracia.

El mayordomo entró para echar más carbón al fuego. Lady Guthrie dijo que quizá hacía demasiado mal tiempo hasta para coger el coche. Y el ambiente se tiñó de melancolía, siempre tan peligrosamente cerca en el campo los días de lluvia, cuando las visitas le impiden a una dedicarse a sus cosas.

Hay que decir, en favor de lady Guthrie, que cuando por fin llegaron las Marsden se comportó con un tacto exquisito. Recibiendo a su antigua conocida con las mayores muestras de alegría posibles, agradeció a la señora Marsden la amabilidad con que había tratado a su querido Cecil mientras estuvo en Londres y la invitación a Sussex.

–Me ha contado que eran un grupo encantador, todos jóvenes. Tuvo que ser agotador para usted y el coronel Marsden.

A la señora Marsden, una mujer de cuarenta años con un aire especialmente juvenil, no pareció gustarle demasiado que se diera por hecho que la gente joven, incluso en grupos numerosos, fuese una carga para ella. No obstante, se contentó con decir que había disfrutado mucho de la compañía de Cecil y con elogiar su atractivo.

–No es algo nuevo. Nunca podré olvidar cómo era de pequeño. Uno de los niños más lindos que he visto nunca.

Esa noche, mientras sentaba a la mesa a mis invitados, me disculpé con la señora Marsden por la falta de hombres.

–El lunes será al revés, pero hasta entonces tendremos que conformarnos con lo que hay.

–Al menos –dijo Nealie– los tres que tenemos son fascinantes y muy habladores.

–Y un grupo exclusivamente familiar puede ser demasiado tranquilo –señaló lady Guthrie. Se volvió hacia Lydia, que, tal como se distribuyó la mesa, estaba sentada a su lado–. Puede que a los jóvenes les guste especialmente. No tienen que desvivirse, como en Londres, por atraer el interés de sus compañeros y añadir nuevas *beaux*[1] a su colección.

–Mi pobre Edythe –dijo Charlie–, ¡qué mal debiste de pasarlo de jovencita!

–Yo no –dijo Nealie–. Cuando me presentaron en sociedad, lo pasé maravillosamente, en Filadelfia y en Nueva York, y luego, mi madre, que era tan buena, me trajo a Londres, y volví a pasarlo estupendamente. Estuve en un baile en Buckingham Palace.

–Donde –puntualizó Cecil– te pasaste la noche bailando con el príncipe de Gales, que al final te pidió que te casaras con él.

–Por desgracia, no.

La conversación general, por la que Lydia se dejó llevar rápidamente, prosiguió en un tono desenfadado, casi insustancial, pero sin segundas intenciones que rompieran la armonía, mientras en el extremo opuesto de la mesa Charlie hablaba con lady Guthrie, inclinada hacia él como absorta.

Al verla así me pregunté si lo único necesario para que todo el mundo estuviera contento no sería que lady Guthrie encontrara un interés sin ninguna relación con su familia inmediata. Ahora, cualquier cosa, los cuadros que pintaba, los libros que leía, la música que tocaba, todo tenía que compartirlo en la medida de lo posible con un marido anciano y plenamente con su hijo.

Sir David se había librado al envejecer, pero ¿cómo se libraría Cecil de esta necesidad de compartir? Casada casi inmediatamente después de terminar los estudios, ya fuera en realidad o en la imaginación, lady Guthrie nunca llegó a aprender a «vivir por su cuenta». ¿Un interés nuevo, como la fotografía o el coleccionismo de flores silvestres? Cualquiera de las dos cosas sería muy fácil para ella, pero nunca podría hacerlo sola. Entonces... el nuevo interés tendría que ser una persona: un amante. ¡Qué solución tan sencilla! Vi que Charlie hablaba con la señora Marsden y lady Guthrie miraba alrededor de la mesa con aire distraído hasta que sus ojos se posaron en Cecil. La solución dejó de parecerme tan sencilla.

El día siguiente era sábado. El tiempo había mejorado decididamente y estaba claro que necesitábamos encontrar una ocupación agradable al aire libre para la gente

que llevaba veinticuatro horas encerrada en casa. Charlie propuso a los hombres una ronda de caza al acecho, pero ninguno de los dos parecía muy inclinado. A Cecil, por lo visto, ahora le interesaba mucho más la pesca. Renunciando generosamente al río, que solo tenía dos tramos acotados, dijo que sería muy divertido ir al lago. Comprendí su razonamiento. Como la conversación discurría mientras desayunábamos, sin que su madre estuviera presente, Cecil no necesitaba esforzarse en ocultarlo. Pescar truchas en el lago no requería una ayudante; bastaba con que alguien remase.

–Podréis volver a tiempo para la hora de comer. –No me pareció prudente sugerir que Lydia y él se llevaran la comida. Otra cosa sería que ocurriera un imprevisto y tuvieran que pasar el día fuera.

A todo esto, Charlie estaba insistiéndole a Willie para que cambiara de opinión. Según él el día era ideal para una ronda de caza al acecho, y habían visto un ciervo perfecto –eso quería decir con más puntas en la cornamenta que la mayoría– en lo alto del páramo. Pero Willie, pese a que agradecía el ofrecimiento de tan emocionante objetivo a cambio de una caminata de treinta y cuatro kilómetros, no se veía capaz de aprovecharlo. Se había levantado esa mañana, o eso dijo, con una pierna agarrotada, seguramente por la humedad del día anterior.

–Tonterías: con media hora de paseo se te habrá pasado.

Era muy poco propio de Charlie tratar de convencer a la gente para hacer algo cuando a todas luces no quería. Me sorprendió y, al ver la expresión de sus ojos, me fijé con más atención. Estaba bromeando, aunque tenía una cara tan seria que seguramente solo yo me di cuenta.

Me volví hacia la señora Marsden. ¿Le apetecía dar un paseo en el coche, y había en el vecindario alguien a quien quisiera visitar? También podía, si tanto a Nealie como a ella les gustaba el plan, enviar una nota a Antoinette y proponerle que fuéramos a comer las tres, con lady Guthrie, si le apetecía.

La señora Marsden contestó amablemente que eso sería estupendo. Antoinette Lambert había sido amiga suya muchos años, y le encantaría volver a verla.

–Entonces no se hable más. Voy a ver a lady Guthrie y luego escribiré la nota para indicar cuántas seremos. Si el mozo sale enseguida habrá tiempo de sobra para recibir la respuesta.

Me levanté con la confianza de haberlo organizado todo muy bien para todo el mundo. Los jóvenes, Cecil y Lydia, pasarían un rato maravilloso en el lago. Charlie, con la mayoría de sus invitados fuera, podría trabajar unas horas, porque Willie, que siempre viajaba con montones de papeles que «repasar», no necesitaba entretenimiento. Había llegado a la puerta del comedor cuando caí en la cuenta de que Nealie no había participado mientras discutíamos los planes, y era raro en ella

no manifestar entusiasmo casi por cualquier distracción que se propusiera. Me paré en seco, no física sino mentalmente. ¡Por eso «las bromas» de Charlie y la pierna agarrotada de Willie! Miré a Willie, pensando qué impresión causaría en alguien que, a diferencia de mí, no lo conociera casi desde que era un colegial. Tenía el pelo rubio, tirando a pelirrojo, los ojos azules y una cara –no se me ocurre una manera mejor de describirla– muy escocesa: huesuda, sin llegar a ser macilenta. En conjunto, porque era alto y de buena figura, resultaba si no exactamente guapo sí al menos agradable.

Subí las escaleras sonriendo. El meticuloso Willie, joven aunque viejo de espíritu, que en la vida había estado enamorado, que nadie supiera, se había enamorado de Nealie. La situación era ridícula. Willie era un desconocido abogado de provincias –con una inteligencia deslumbrante, eso sí– y veinte años menor que ella. Nealie jamás cometería la estupidez de darle esperanzas: como mucho una amistad sentimental. Pero el hecho de que quisieran pasar el día juntos –y había que facilitárselo– daba una nota especial, quizá de pura felicidad, a una mañana en la que todo era de por sí luminoso.

Llamé a la puerta de lady Guthrie y me alegró saber, pues lo vi en cuanto entré en su dormitorio, que aquel iba a ser uno de sus días buenos. Estaba sentada en la cama, con un bloc de escribir en las rodillas, atareada con sus garabatos.

–Buenos días, cariño.

El encanto de su sonrisa me hizo lamentar no haber sentido siempre simpatía por ella.

Le conté que pensábamos ir a casa de los Lambert:

–Al menos tú, yo y la señora Marsden. De Nealie no estoy segura.

Se mostró encantada con la idea y se empeñó en que escribiera allí mismo mi nota a Antoinette.

–Llamaré a Louise para que se la lleve en cuanto hayas terminado. –Se estiró para tocar la campanilla–. Si te escapas corriendo ahora no volveré a encontrarte a solas en todo el día. Y ya casi he terminado la carta a mi marido. –Señaló las cuartillas desperdigadas por encima de la cama–. En lo que tardes en escribir la nota habré terminado.

Después de que Louise entrara y saliera, lady Guthrie me miró con aire de profunda alegría.

–¡Cómo cambia la visión del mundo un poco de sol! Eso, y un mínimo de salud, claro. Pero no hay que pensar en la enfermedad cuando una se encuentra bien. –Se incorporó un poco más, irguiendo la postura–. Queridísima Anne, eres una anfitriona encantadora. Me avergüenza mucho que mi mala salud no me permita disfrutar cada momento cuando vengo a tu casa.

Le cogí la mano impulsivamente, y me llamó la atención lo frágil y bien nutrida que parecía al mismo tiempo. Supuse que esta extraña yuxtaposición de cualidades se debía a que tenía los huesos muy pequeños.

–Estoy un poco preocupada y me gustaría hacerte una pregunta.

Pensando que sabía lo que se avecinaba, la miré con cautela.

–¿Tú crees que hay algo malo, en fin, no exactamente malo pero no del todo bueno, en el espiritismo?

Me pilló desprevenida y contesté, cosa que no ayudó demasiado, que sinceramente no lo sabía.

–Se me ha ocurrido... Ayer, en la carta de mi marido, hubo algo que me hizo verlo todo desde una perspectiva algo distinta.

Me abstuve de preguntar si sir David por casualidad se había enterado de lo que estaba haciendo con el señor Jack-son o si ella misma le había escrito para hablarle de sus visitas a Paddington.

–Está totalmente convencido de que lo que él llama «golpes en la mesa» es incompatible con la religión revelada.

–En tal caso, más vale que no vuelvas a sacar el tema hasta que tengas la oportunidad de discutirlo con él en persona.

–Supongo que tienes razón y que he cometido un pecado al intentar comunicarme con mi querida Marion. Ojalá hubiera podido responderme solo a una pregunta.

–Yo creo que es mejor olvidarse de eso.

Cuando me levanté para retirarme, me pidió que le dijera a Cecil que subiera un momento.

–Creo que ya se habrá ido. –Miré el reloj–. Charlie ha organizado que fuera a pescar esta mañana, en vez de cazar.

–Qué raro que no haya venido a despedirse. –Una leve sombra cubrió por un momento el semblante de lady Guthrie, pero se disipó casi inmediatamente–. Supongo que nos habrá oído hablar y no ha querido interrumpir. Siempre es muy considerado con los demás. A veces creo que incluso demasiado.

Dudé si sería el momento, quizá el único que se presentara, de rogarle que dejara a su hijo en libertad; que le dejara casarse, sin sentimientos de culpa, con Lydia o con cualquier otra chica que quisiera. Hasta consideré la posibilidad de ponerme de rodillas, en un arrebato de súplica, pero, por supuesto, me contuve.

–Desde que era pequeño –estaba diciendo lady Guthrie– siempre ha sido muy considerado con los demás. En Lisboa era el ídolo en miniatura de todo el *Corps Diplomatique:* embajadores y adjuntos, además de sus mujeres e hijos, elogiaban su carácter tan dulce.

Sonriendo con cariño, siguió contándome que ni siquiera hizo falta enseñarle buenos modales, porque siempre fue un niño cortés y considerado por naturaleza. Parecía incapaz de un acto de egoísmo o de un gesto que no fuera de una educación perfecta. Y, por supuesto, todos los empleados, empezando por su niñera alemana, siempre lo adoraron.

–Ya ves cuánto lo quiere Thompson, un hombre tan leal y totalmente entregado a nosotros, pero sobre todo, creo, a Cecil.

El leal Thompson era un suboficial de marina retirado, a quien sir David contrató inicialmente como ayudante en su yate. Ahora compaginaba esta tarea con la de mayordomo de Cecil, además de estar siempre disponible como mensajero cuando un miembro de la familia hacía un viaje.

–Yo siempre me quedo mucho más tranquila cuando Cecil y yo no estamos juntos sabiendo que Thompson está con él y que, si le pasara algo malo, me lo comunicaría inmediatamente.

Le dije que comprendía que fuera una gran tranquilidad para ella y, viendo que volvía Louise, dejé que la doncella pudiera desempeñar la tarea de bañar y vestir a su señora a tiempo para ir a casa de los Lambert, si es que querían recibirnos.

Cuando se cerró la puerta del dormitorio, aún seguía pensando en el extraño impulso que, momentos antes, casi me había llevado a hablar sin rodeos con mi suegra. Quería rogarle que liberase a Cecil, pero ¿de qué? Vi que no lo sabía. Lo quiere demasiado... pero ¡eso es ridículo!

Había llegado al piso de abajo y oía voces en el salón... Y a veces parece que lo tiene poseído. «¡Poseído por demonios!» A saber por qué me vino a la cabeza esta idea, tan retorcida; y las diez de la mañana no era momento para entregarse a fantasías, retorcidas o no.

Bruscamente, me erguí y me puse en jarras, como hacía de pequeña cuando la niñera me ordenaba: «Ven aquí ahora mismo».

Nealie y la señora Marsden estaban sentadas al fondo del salón. Mientras me acercaba pensé que componían una escena preciosa. El sol que entraba por las ventanas resaltaba los reflejos del pelo impecablemente arreglado –el de Nealie casi del todo gris– y teñía los vestidos veraniegos de una mezcla de tonos dorados con el verde más pálido. Estaban eternamente inmersas –o mientras yo viva para recordarlo– en la seguridad de un momento luminoso.

–Hemos hecho un montón de planes para el futuro. –A Nealie le brillaban los ojos y parecía tan contenta que, por un instante, pensé que había sido su futuro el que había estado planeando–. La señora Marsden está segura de que ya se han prometido, o les falta tan poco que da lo mismo.

Miré a la señora Marsden y comprobé que la perspectiva del inminente

compromiso de su hija le causaba un placer aún más puro que a Nealie.

–Por favor, sed prudentes, porque de momento no hay nada en firme. Naturalmente sé que Cecil siente un gran cariño por Lydia, y parece que ella le corresponde. Pero los dos son muy jóvenes y, si finalmente llegaran a algo, me temo que toparán con muchas dificultades.

Con la sensación de que estaba obligada a proteger a la pobre y preocupada señora Marsden de la euforia de Nealie, dije que creía que sería mejor no hablar demasiado de eso, al menos de momento.

Para cambiar de tema, le conté a Nealie que parecía que lady Guthrie iba a tener «un buen día», incluso se podía decir que estaba «deseando ponerse en marcha».

–El caso es que estaba pensando, porque cuatro quizá seamos demasiadas, si no tendrías inconveniente en quedarte en casa para animarle a Charlie la comida.

Introduje la última parte con la intención de que a la señora Marsden le resultara difícil, cuando no imposible, ofrecerse a ser ella la que se quedara. Afortunadamente era una mujer discreta, y todo se resolvió sin más discusión.

Recibida la respuesta afirmativa a mi nota, pedimos el coche para las doce y media. Lady Guthrie, que bajó unos minutos antes de la hora señalada, nos encontró a la señora Marsden y a mí esperándola en el vestíbulo. Nealie había desaparecido, pero, curiosamente, lady Guthrie no hizo ningún comentario.

Cuando el coche dobló la primera curva de la avenida, desde donde se ve un buen trecho del río, lady Guthrie se volvió a mirar en esa dirección.

–¿Es ahí adonde ha ido Cecil? –En el ansia por ver a su adorado hijo, se olvidó de pedirme permiso y le ordenó directamente al cochero que aflojara el paso.

Le expliqué que Cecil había ido a pescar al lago.

–Ah –dijo, con una decepción que casi parecía tristeza–. Entonces habría podido verlo desde casa.

Le expliqué que a lo mejor, incluso era lo más probable, la barca estaría al otro lado del lago, detrás de un promontorio, en la parte que no se veía desde casa.

–Entonces lo veremos cuando hayamos pasado la casa del guarda. –Y, sonriendo, ilusionada con la perspectiva, se volvió hacia la señora Marsden–. La carretera principal bordea la orilla del lago algo más de medio kilómetro. Las vistas son preciosas. Puede que se fijara usted al venir de la estación.

La señora Marsden contestó que sí. El cochero arreó de nuevo a los caballos y lady Guthrie me pidió que le dijera que aflojara el paso en cuanto volviésemos a ver el lago.

Llegamos a la casa del guarda. Por aquel entonces atendía las puertas la señora Douglas, que a pesar de sus noventa y tantos años se negaba en redondo a retirarse y vivir de una pensión. Cuando el coche aflojó la marcha vi que la señora Douglas –

que seguía teniendo un oído finísimo– ya se acercaba renqueando a abrir las verjas. Paramos a cruzar unas palabras con ella antes de girar a la izquierda para enfilar la carretera, y lady Guthrie, bien inclinada hacia delante, se puso a escudriñar el lago en busca de la barca en la que iba su querido hijo. Para su decepción, no había ni rastro de ella. Habíamos recorrido otro medio kilómetro y estábamos llegando al punto en el que el camino hace una ligera curva cuando vimos un coche aparcado en la cuneta y a un grupo de tres o cuatro personas en la orilla. Al acercarnos comprobamos que el grupo estaba compuesto por dos jóvenes y una chica, más otra chica que había metido los pies en el agua.

Aunque seguíamos sin ver bien lo que decían, los oíamos dar voces y señalar hacia un objeto que flotaba a cierta distancia de la orilla. Lady Guthrie gritó y a mí se me paró el corazón al darnos cuenta, simultáneamente, de que había una barca volcada. Por fortuna el momento de horror pasó tan deprisa como había llegado. Ya estábamos lo suficientemente cerca para oír que las voces se mezclaban con carcajadas, y ver, cuando un promontorio dejó de ocultárnoslo, que la verdadera causa del alboroto no era la barca sino un nadador que se encontraba muy cerca de la orilla, donde se hacía pie fácilmente.

Cuando nos acercamos a los jóvenes, tan en su mundo que no nos vieron llegar, sus voces estallaron en irónicos vítores mientras Cecil –entonces vimos claramente que era él– se acercaba a la orilla.

–¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? –El carruaje se detuvo y lady Guthrie se levantó de un salto.

Las risas se cortaron en seco y los jóvenes se volvieron para mirarnos. Lydia se quedó como paralizada, con el agua por los tobillos, al ver a lady Guthrie. Con cierta confusión empezaron entonces las explicaciones, intercaladas de presentaciones, pues en ese momento reconocí a los otros dos jóvenes como los hijos de unos vecinos.

Uno de los hijos de los Anderson y su hermana habían ido al lago, como Cecil y Lydia: vi otra barca varada en la orilla. El otro hijo de los Anderson había pasado por allí en el carro y se encontraron todos por pura casualidad. ¡Quién iba a imaginarse que tendrían tanta suerte! Y entonces ocurrió un pequeño percance: bueno, en realidad no había sido un percance, porque pensaban bañarse luego de todos modos.

Cecil, chorreando al lado del carruaje y mirando a su madre mientras intentaba tranquilizarla, parecía tan joven y tan feliz que mi corazón se puso de su parte. Y también de parte de Lydia, que por fin había reunido el valor suficiente para salir del agua. Parecía tan avergonzada al oír las escandalosas exclamaciones de alarma y disgusto de lady Guthrie que tuve muy pocas dudas de quién había instigado el «percance».

Decidí que era hora de seguir adelante, ya que no podíamos tratar la situación

sin manifestaciones de histeria.

–Querida lady Guthrie, es imposible que coja un resfriado. El agua del lago está deliciosa, muy templada, casi como el mar en Cannes. Pero, si así quedas más contenta, seguro que te promete que irá derecho a casa a darse un baño caliente.

Me pareció ver señales de que mi suegra se calmaba, y el coche, pues los caballos habían vuelto a impacientarse, naturalmente, empezó a moverse.

Lady Guthrie se desmoronó en el asiento. Seguía temblando de arriba abajo. Era comprensible, teniendo en cuenta que, al ver la barca vacía, la había relacionado directamente con la idea de que Cecil se hubiera ahogado.

De todos modos, yo no quería estropear el día a todo el mundo dando al cochero la orden de volver y renunciando a la excursión. Sonreí a la señora Marsden, cuya única contribución a la escena precedente había consistido en decirle a Lydia que se pusiera el sombrero.

Pasamos las dos el resto del camino ofreciendo a lady Guthrie vagas expresiones de condolencia y garantizándole que era imposible morirse por nadar en el lago –aunque el agua no estuviera tan templada como yo había dicho–, ni siquiera resfriarse.

La comida en casa de los Lambert, a pesar del estado de nervios en el que lady Guthrie aseguró encontrarse cuando llegamos, transcurrió estupendamente. Lo mismo puede decirse de los siguientes días de su visita a Kildonan. Lady Guthrie no acortó finalmente su estancia, pero nuestra decepción fue inmensa al ver que ni la cercanía ni la libertad que facilitaban la llegada de una nueva remesa de invitados varios días antes de la fecha prevista para su partida desembocaron en el anuncio del compromiso entre Cecil y Lydia.

Llegué a la triste conclusión de que Nealie estaba en lo cierto cuando dijo que «Edythe sería demasiado para ellos».

Y así, como le dije a Charlie, ahora tendrían que esperar hasta el invierno, cuando lady Guthrie estuviera instalada en Cannes, sin riesgo para ellos.

Charlie contestó que, si Cecil tenía un poquito de valor y sabía lo que le convenía, cogería a la chica y se fugaría con ella, porque de lo contrario nunca conseguiría casarse.

Intenté contarle los oscuros pensamientos que me habían asaltado unas mañanas antes.

–No creo que el único problema sea que lady Guthrie ponga obstáculos en el camino. La cuestión es que Cecil empieza a creer que no quiere a esa chica. Su madre quiere que crea que tiene la obligación de estar tan cerca de ella que no quede espacio para nadie más. –Me callé, contrariada al ver que no acertaba a explicarlo, porque yo misma no lo llegaba a entender.

–Ya se verá si ha conseguido convencerlo de que no hay nada que hacer.

Ahí dejamos el tema. Cecil y lady Guthrie se fueron a la mañana siguiente. La señora Marsden y Lydia –el tren del norte salía un poco más tarde que el de Londres– se marcharon una hora después.

Al decir adiós a las Marsden, pensé en lo bonito que habría sido despedirse con emocionantes planes para el futuro.

Nealie, que estaba conmigo, me preguntó por qué parecía tan triste.

–Porque todo podría haber sido muy distinto.

–¿Tú crees? –Nealie se encogió de hombros–. Creo que Edythe es mucho más desquiciante de lo que pensaba. O está desquiciada. A algunos les pasa: por eso hay que andarse con tanto cuidado.

–¿De no mezclarse con gente que te saca de quicio o de no volverse como ellos?

Nealie dijo que cualquiera de las dos posibilidades era muy poco apetecible.

–El caso es que hemos hecho lo posible por el pobre Cecil. Aunque no haya dado resultado, no voy a estropear mi último día aquí lamentándome. Además, ¿cómo sabemos que no ha pasado nada? Yo tengo una sensación muy fuerte de que están más prometidos ahora que cuando llegaron.

–¿Lo crees de verdad o intentas animarme?

Nealie me aseguró que lo creía de verdad y luego, dando un salto, dijo que no tenía la menor idea de lo tarde que era. Le había dicho a Willie que bajaría al río hacía más de media hora. Con su impaciencia habitual por pasar a la siguiente actividad, salió corriendo por la puerta.

Capítulo IV

A finales de septiembre cerramos Kildonan y volvimos a Londres. Charlie tenía varios asuntos que atender en el distrito y quería dejarlo todo resuelto antes del comienzo del curso parlamentario. Por eso estábamos mucho tiempo yendo y viniendo de Hastings. Alguna vez pasábamos allí un par de noches, y por suerte muy rara vez, porque nunca me ha gustado dar discursos, tuve que inaugurar una venta benéfica o un mitin en el que se esperaba que «la mujer del parlamentario» dijera unas palabras.

El comienzo del curso en casa estuvo marcado por la partida de Alistair al colegio. Fue un acontecimiento que dejó a Sybil en tal estado de desesperación, por lo sola que se sentía, que tuve que buscarle inmediatamente unas clases para que asistiera por las mañanas.

En octubre fuimos a casa de los Marsden para la primera cacería. Fue una buena partida: quinientos faisanes el primer día –según acabo de consultar en el libro de caza de Charlie–, aunque lo único que recuerdo especialmente es la naturalidad con que se pronunció el nombre de Cecil cuando por casualidad surgió en la conversación. Yo habría preferido, ya que no se hablaba de él como prometido de Lydia, un silencio sepulcral. Habría sido un indicio más claro de que había algo en ciernes.

En la intimidad de su vestidor, le dije a Charlie que, así me lo temía, había que descartar la idea de un compromiso «secreto».

–Supongo que si lo hubiera alguien nos lo habría dicho.

–No necesariamente. Y no veo que Lydia parezca destrozada.

Charlie dijo que era difícil saber lo que sentía alguien a simple vista.

Le contesté que en general no lo era. Lo normal era que una chica enamorada de un joven con el que sus padres no le dejaban casarse estuviera mucho más contrariada y, desde luego, que no hablara de él con la alegre indiferencia que manifestaba Lydia.

Charlie dijo que quizá estuviera yo pensando en una chica distinta y que, si no iba a darme un baño y le dejaba bañarse también a él, llegaríamos los dos tarde a cenar.

Pasaron las semanas, y todo parecía indicar que a Cecil lo retendrían fuera del país. En las cartas que enviaba lady Guthrie desde Cannes se hablaba mucho de su

salud, que no era buena, y de la de sir David, que era peor si cabe, aunque ella siempre se las arreglaba para dar la impresión de que no.

Cecil, por su parte, al parecer se lo estaba pasando de maravilla y concitaba la admiración de todo el mundo en todo lo que hacía. En ese momento estaba muy ocupado, ensayando con una compañía de teatro amateur una obra escrita por él que iba a estrenarse justo antes de Navidad. En Año Nuevo, si su padre se encontraba en condiciones, tenía previsto hacer un viaje por el Mediterráneo en el yate.

Una tarde de invierno que estaba en el salón, leyendo la carta en la que se daba esta última noticia, llegué a la conclusión de que el compromiso se había evaporado definitivamente. Intenté convencerme de que quizá fuera lo mejor y hasta llegué a encontrar varias buenas razones para creerlo.

Me acerqué a una de las ventanas a mirar el jardín de Berkeley Square. Era precioso, incluso en invierno, y mucho menos deprimente que la mayoría de los jardines de las plazas, porque no tenía ni un solo seto de aligustre.

Estuve un rato contemplando ociosamente la plaza vacía, sin niñeras ni niños que salieran de paseo aquella fría tarde de invierno. El día, corto, empezaba a declinar, y las farolas ya se reflejaban en algunos carruajes que pasaban.

Me pregunté si mis hijos, a los que estábamos educando de acuerdo con las pautas convencionales del siglo, serían por eso más felices. Su vida ya estaba planificada mucho antes de que hubieran nacido. Irían a Eton y luego a Sandhurst, o a la universidad en el caso de Alistair; un año en Dresde y la «puesta de largo» de Sybil. Daba la impresión de que hasta Charlie y yo, como padres, teníamos tan poca capacidad de decisión como los propios chicos. Cecil era el único de su clase y su generación que había escapado de los convencionalismos, o al menos los había esquivado. Nunca fue a un colegio; las ventanas de las salas en las que estudiaba con sus tutores no daban a los tejados del bullicioso Londres o a las montañas escocesas sino a los tejados de muchas ciudades europeas y de Oriente Próximo, a la bahía de Nápoles y a la cordillera del Atlas.

«Y siempre lo mimaron y consintieron.» Oía el coro de reproche que componían las voces de los familiares, también las nuestras. No se me ocurrió hasta ese momento que pudiera existir una opinión válida en cuestiones de educación contraria a la nuestra.

Es reconfortante pensar que se tiene toda la razón y creer, como Carlos I, que el Todopoderoso ha dispuesto las cosas de tal modo que resulta imposible que uno se equivoque jamás. «Feliz aquel que llega a la tumba sin haber sospechado nunca que una cuestión puede tener dos caras.»

¿Habíamos sido quizá estrechos de miras al no ver algo positivo en educar a un chico en el extranjero, en elegir tutores de otros países en lugar de colegios ingleses?

Yo diría que sí. De todos modos, *seguro* que lady Guthrie se equivocó al no insistir en que Cecil estudiara en Oxford o en una universidad europea. Seguro que se equivocó cuando escribió con la mayor complacencia que, si bien en un principio tenían la intención de que entrara en la carrera diplomática, se abandonó la idea porque su padre, que era muy mayor, temía la probable y normalmente larga separación que esta profesión interpondría entre su querido hijo y él: «Cecil decidió entonces que la literatura sería su principal ocupación. Al mismo tiempo sería la mano derecha de su padre en todos sus asuntos».

¿Cómo pudo lady Guthrie tolerar que su hijo hiciera semejante sacrificio por ella: renunciar a una carrera para la que estaba eminentemente dotado? Nunca me creería que sir David, que tenía una larga y distinguida trayectoria profesional, se hubiera interpuesto en el camino del chico.

¿Cómo pudo tolerarlo lady Guthrie... a menos que no fuera cierto? ¿Había quizá otra razón, distinta de la que aducían los Guthrie, que impidiera la entrada de Cecil en la carrera diplomática? Descarté la pregunta nada más formularla. ¿Qué oscuro secreto podía ocultarse en la vida del chico que nosotros ni siquiera sospecháramos? Lo verdaderamente horrible era el afán casi insano de lady Guthrie de poseer a su hijo y tenerlo siempre encadenado a su lado.

Horrible, pero ¿comprensible también? Sabía que no era ni mucho menos un caso aislado. Había visto la misma situación en muchas ocasiones, solo que la víctima normalmente era una pobre hija triste.

«El plan de hacer un viaje por el Mediterráneo en el Thalassa...» Sin apartarme aún de la ventana, leí de nuevo parte de la carta de lady Guthrie: «Una convalecencia maravillosa para mi querido David si, ojalá... Cecil, naturalmente, está muy preocupado por su padre... Monsieur Coquelin está impresionadísimo con el debut de Cecil en la comedia francesa y encantado de ensalzarlo como a un *confrére*»...[1] Seguí leyendo, con la esperanza de que se me hubiera escapado algo. No, no había nada. Su queridísimo hijo estaba echando raíces en Cannes. Si se iba de allí sería para alejarse todavía más de Inglaterra y de la joven de la que meses antes lo creíamos tan profundamente enamorado.

Mientras doblaba la carta vi que un coche entraba en la plaza. Tiraba de él un reluciente caballo castaño que debió de ser el motivo por el que su llegada llamó mi atención. Seguí mirándolo hasta que el cochero detuvo el caballo delante de nuestra puerta y luego, cuando el mayordomo entró a encender el gas y cerrar la sala, me acerqué al escritorio. Que un coche parase en la puerta de casa, con toda la gente que venía a ver a Charlie por asuntos de trabajo, además de los que pasaban a dejar tarjetas para mí, no era un acontecimiento de especial interés.

Con la idea de responder a la carta de lady Guthrie, me senté al escritorio.

Oí que se abría la puerta interior del vestíbulo y alguien subía las escaleras. ¡Visitas! No había caído en la cuenta de lo tarde que era. Me levanté rápidamente y fui a sentarme al lado del fuego. No estaría bien que quien viniese creyera que me había interrumpido.

La puerta se abrió, y Cecil, casi sin dar al mayordomo tiempo de anunciarle, entró en la sala. Lo miré con perplejidad y me levanté de un salto.

–Mi querido Cecil, ¡qué sorpresa tan maravillosa!

Se inclinó para besarme y luego, cogidos todavía de la mano, nos miramos un buen rato. Fue como si ninguno de los dos supiera qué decir. Retrocedí, señalando una butaca, instándolo a sentarse y sentándome yo.

–No tenía la menor idea de que estuvieras en Londres. Hace media hora que he recibido carta de tu madre y no decía nada.

–He llegado de repente. –Titubeó (yo nunca lo había visto tan nervioso) antes de añadir–: Espero que no te moleste que me presente sin avisar.

–Claro que no, no seas tonto. Pero me ha sorprendido tanto verte que se me ha olvidado decirle a Robert que no estoy en casa. Si me hicieras el favor de...

Cecil ya estaba tocando la campanilla antes de que yo terminara de pedírselo.

–Pasaremos al gabinete. Pediré que nos sirvan ahí el té y que no nos interrumpan.

Mientras se hacían los complicados preparativos necesarios para garantizar un mínimo de intimidad en una casa de Londres, Cecil y yo conseguimos tener algo parecido a una conversación. El peso, algo muy atípico en compañía de Cecil, recayó sobre mí. Cuando por fin nos quedamos a solas, volvió a disculparse por irrumpir así, sin avisarme con antelación.

Decidí que si íbamos a seguir diciendo cosas que ya habíamos dicho no llegaríamos a ninguna parte, y le pregunté sin rodeos si pasaba algo.

Me miró con una expresión aterradora: movió la boca, sin articular ningún sonido, y luego, para mi profundo asombro, se inclinó bruscamente hacia delante y hundió la cara entre las manos.

Lo miré con gran preocupación y ganas, aun sin atreverme, de abrazarlo y consolarlo. Esperé hasta que dejó de sacudir los hombros y contraer la cara, de la que algo se veía entre los dedos.

–Intenta contarme qué pasa.

–Todo. –Levantó la cabeza sin mirarme.

–Cecil, perdona, pero ¿tiene algo que ver con Lydia?

–Pues claro. –A pesar de que le tembló el labio, esta vez acertó a dominar la

voz–. Ya sabes que estábamos prometidos. Gracias a mi madre todo el mundo lo sabía. Pues bien, hace dos días recibí una carta en la que me anunciaba que rompía el compromiso.

–No sabía que el compromiso fuera firme.

–¿Quieres decir que no lo adivinaste? Lo acordamos todo en Kildonan, la noche antes de irnos. Yo le hice una proposición formal y firme, en el campo de cróquet para más señas, y ella, con la misma formalidad y firmeza, aceptó. Naturalmente, todo quedaba a expensas de que yo obtuviera el consentimiento de su padre, que recibí por correo una semana después.

–¡Ay, Cecil! ¿Por qué no nos lo dijiste? Cuando estuvimos en Sussex Lydia disimuló tan bien que al final llegué a la conclusión de que no había nada entre vosotros.

–Entonces tienes que reconocer que sabe guardar un secreto maravillosamente.

–¿Cuándo pensabais casaros, si ella no hubiera roto el compromiso?

–Este era el único motivo para que la ocasión no fuese totalmente feliz. Yo no veía cómo fijar la fecha en mis circunstancias actuales, sin haberme afianzado en una profesión. El coronel Marsden, como sabes, es un hombre muy rico, pero yo jamás toleraría que mi mujer me mantuviese, aunque su padre lo permitiera. Ahora ella ha roto el compromiso y ni siquiera sé cuál es la razón.

–Y por eso has venido a Inglaterra. Te has puesto en camino nada más recibir la carta.

–Solo tomé la precaución de esperar a que el tren de París estuviera a punto de partir. Mi madre creía que no llegaría más lejos, y lo mismo nuestro fiel Thompson. Se quedó de piedra cuando le dije que pidiera al coche que me llevase a la Gare du Nord en vez de al hotel. Esta noche tendré que escribir a mi madre para explicarle que, al llegar a París, me entró un impulso irresistible de volver a Inglaterra. Cuando reciba la carta ya estaré en el camino de vuelta.

Vi que sonreía y confié en que por fin pudiera acabar de contarme lo que quería decir sin sentirse obligado a responder más preguntas. Lo consiguió, con un poco más de estímulo por mi parte. Rogándome primero que le asegurara que no era una deslealtad, empezó por leerme en voz alta un pasaje de la carta de Lydia. Me llamó la atención que se tratara de una nota tan trillada y que todo cupiera en una cuartilla. Cecil se interrumpió para preguntar si eso significaba que Lydia estaba enamorada de otro.

–Lo estaba justo antes de que volviéramos a vernos, ¿sabes?, pero eso se acabó y creo que él está en la India con su regimiento.

Le contesté que, por lo que yo conocía a Lydia –y al fin y al cabo no era mucho–, me parecía improbable.

–Si la razón para romper el compromiso fuese que está enamorada de otro, creo que te lo habría dicho con franqueza.

–Eso mismo pensé yo. Pero todo es muy raro. Dice que me quiere y al mismo tiempo cree que no deberíamos casarnos. Por lo visto, sus padres ahora se oponen.

Le pregunté –no pude seguir resistiendo las ganas– qué había dicho lady Guthrie de la situación.

–No se lo he contado.

Noté en su voz un curioso desafío y me callé mientras él exponía los motivos de su silencio. En realidad se reducían a uno solo. No soportaba la idea de disgustarla y le horrorizaba pensar cómo reaccionaría si supiera lo mucho que estaba sufriendo.

–Ha estado especialmente desanimada este otoño y este invierno. Todo le cala muy hondo, mucho más que a otras personas, pero eso tú ya lo sabes.

Asentí y murmuré que sí. No era el momento de decirle que no creía que lady Guthrie tuviera sentimientos mucho más profundos que los demás.

–Además –añadió con impaciencia–, tal vez no haga falta que mi madre llegue a enterarse nunca. Ojalá consiga que Lydia se dé cuenta de que está cometiendo un error. Si me quiere de verdad lo verá. ¿Tú estás segura de que no hay otro hombre?

–Ya te he dicho que no lo creo. Pero, Cecil... Yo no le daría *demasiada* importancia a que diga que te quiere. Piensa que no fue fácil escribir esa carta y que querría herirte lo menos posible.

Se levantó con inquietud.

–Pero ¿por qué iba a decirlo si no es cierto?

–Solo te pido que no cuentes demasiado con eso.

Empezó a dar vueltas por el gabinete.

–Al principio pensé ir directamente a Carlton House Terrace desde la estación Victoria. Como ves, la carta la escribió allí, así que a lo mejor todavía siguen en Londres. Luego pensé que prefería venir aquí primero y conocer tu opinión: como la habías visto hace muy poco, quizá supieras algo.

–Lydia no me dijo nada, ni siquiera que estabais prometidos.

–Aun así, seguro que tienes una opinión.

Dudé, porque se me ocurrió que quizá hubieran sido sus padres quienes habían inducido a la chica a romper el compromiso. En tal caso, era fácil imaginar la escena que precedió al momento de redactar la carta: imaginar a los Marsden exponiendo amablemente su objeción a un compromiso prolongado; a Lydia, empecinada al principio, defendiendo a Cecil. Por supuesto que él la quería. No era culpa suya si no podían casarse enseguida; la enfermedad de su madre se lo impedía, y etcétera, etcétera. Y sí, por supuesto que estaba segura de sus sentimientos y de los de él. Sin embargo, poco a poco le entraron las dudas. Entonces, ¿por qué no venía a Inglaterra

para verla? No encontraba ningún motivo tan importante para que se quedara en Cannes. A lo mejor se había cansado de ella o había conocido a otra persona y, al llegar a este punto en sus elucubraciones, Lydia decidió escribir la carta. Si él no la quería, lo liberaba honrosamente, si por el contrario...

Si yo estaba en lo cierto no había demasiados motivos de preocupación. Habiendo amor, cabía esperar que estuviera a la altura de su reputación y encontrara el camino. Cecil solo tendría que fijar una fecha concreta para la boda, y Lydia se echaría en sus brazos al momento. Juntos vencerían la oposición de sus padres, si es que existía. «El momento en que Lydia rompió nuestro compromiso» pasaría a formar parte de la historia familiar de la joven pareja. Sería una historia que Cecil contaría de vez en cuando, reprochándoselo a su mujer, y ella siempre negaría que hubiera en sus palabras una pizca de verdad. Nunca habría sido tan tonta... además, no lo había dicho en serio para nada.

Todo salía tan bien en mi imaginación que estaba impaciente por que Cecil se pusiera en camino de Carlton House Terrace.

–Cuando la veas al menos te aclararás. –Oí mi propia voz, demasiado animada, menos compasiva que antes.

Cecil dejó de dar vueltas y se detuvo al lado del sofá.

–Al menos me aclararé.

–Eso es lo que quieres, ¿no?

–Supongo que sí. –Se sentó bruscamente en una de las butacas–. ¿Tú crees que me están poniendo a prueba?

Lo miré con asombro, insegura de qué quería decir. Tenía un aire tan distinto al de hacía un rato que casi me dio la impresión de que el joven que se había sentado en la butaca y se había cubierto la cara para esconder las lágrimas era un desconocido.

Al ver que me había asustado, se explicó rápidamente. No se refería a Lydia –ella era un encanto– sino a sus padres.

–Creo que puede ser un aviso. O te casas con mi hija ya o desapareces y la dejas libre para que pueda encontrar a otro.

Le dije que a mí se me había ocurrido lo mismo.

–Creo que la han obligado a escribir esta carta, incluso que la escribieron ellos. –Se sacó la carta del bolsillo del pecho y volvió a leerla, esta vez para sus adentros. No parecía obra de Lydia en nada: eso era lo que le había desconcertado tanto–. Qué tonto soy. No sé cómo no he caído antes. Por supuesto que han sido sus padres quienes la han convencido para que la escriba. Lydia es muy joven, y probablemente no dejaran de insistir hasta que se rindió. –La expresión de Cecil se suavizó, y le brillaron los ojos mientras intentaba disculpar a su prometida–. Ahora mismo iré a

verla para aclararlo todo, y tú te olvidarás de que me has visto tan triste. –Se levantó de un salto, se acercó y me cogió la mano–. Querida Anne, ¡qué buena has sido conmigo!

–Pero, Cecil –intenté prevenirle–, aunque tuviéramos razón, y hasta que la hayas visto no lo sabremos, de momento no ha cambiado nada.

–¿Por qué no? –Estaba nervioso, deseando marcharse.

Le cogí de la mano, sin brusquedad, para que le fuera imposible no escuchar lo que quería decirle. Con la mayor concisión que pude le expliqué lo que tenía en la cabeza: no podíamos eludir el hecho de que Lydia había roto el compromiso. Quizá tuviera la sensación de que era inútil y de que sería preferible darlo por terminado de una vez por todas antes que arrastrarlo varios años para nada.

–Si le pides que se case contigo ya, digamos que en abril, creo que, si te quiere, aceptará. Si sigues pidiéndole que espere creo que te dirá que no. Y me parece que hará muy bien.

–Entonces le pediré que se case conmigo en abril, y ya verás cómo la señora Marsden nos pide inmediatamente que esperemos hasta junio.

Toqué la campanilla con la íntima esperanza de que su convicción estuviera justificada.

–¿Volverás para cenar con nosotros?

–Si los Marsden no me retienen *en famille,* volveré encantado.

Cecil no cenó con nosotros esa noche, aunque sí volvió a pasar por Berkeley Square a eso de las ocho menos cuarto. Por el aire tan feliz con que entró en la biblioteca supimos al instante que todo había salido bien.

Después de darme las buenas noches se volvió hacia Charlie.

–Seguro que Anne te lo ha contado. Lo que haya podido decirte, sea lo que sea, ya no es cierto. Ha caducado.

Charlie, levantándose de su butaca, dijo que se alegraba mucho.

–Y, como imaginaba –añadió Cecil, dirigiéndose a mí–, nos casaremos en junio, por deseo expreso de la señora Marsden.

–Y ¿las objeciones del señor Marsden? –preguntó Charlie–. Se ve que has conseguido eliminarlas.

–Se han esfumado. En cuanto cruce un par de cartas con mi padre, en las que hablarán de dinero, me temo, me aceptarán formalmente como futuro yerno.

Charlie le dio la enhorabuena y añadió que por un momento había temido muy en serio que no fuera a cumplir.

–¿Que yo no...? Ah, lo dices por lo de no fijar una fecha. ¿Cómo iba a fijarla estando papá tan enfermo?

–Está muy mayor –contestó Charlie–. Puede caer enfermo otra vez.

Una sombra veló el gesto de Cecil.

–En tal caso... pero ¿qué necesidad hay de anticiparse? Y sé que mi madre hará todo lo que pueda... Pobrecilla. Me temo que se va a quedar muy sola. Aunque pasaremos mucho tiempo con ella, por supuesto.

Charlie quiso saber si habían llegado al punto de decidir dónde vivirían.

–Espero que sea donde quiera Lydia. ¿No es esa la mejor respuesta? Aunque reconozco que me llevaría una desilusión si no le gustara The Manor. Les propondré llevarlas mañana, a su madre y a ella. Mejor no: en invierno puede resultar muy triste.

Le pregunté por sus planes inmediatos y me sorprendió que tuviera intención de volver a Cannes dos días más tarde.

Pensé que a Lydia no le haría mucha gracia, pero me abstuve de decir nada. Seguimos charlando unos minutos, hasta que Cecil dijo que tenía que irse si no quería llegar demasiado tarde a casa de los Marsden.

Estaba a punto de salir cuando aparecieron Nealie y Willie, pues también nosotros íbamos a cenar *en famille*. A Nealie le sorprendió que Cecil estuviera en Inglaterra. Charlie explicó la presencia de su hermano diciendo que no había podido resistir una invitación a cenar de la familia de su prometida.

–¿Alguno de los hombres con los que estuviste prometida te demostró tanta entrega?

Nealie contestó que después de tanto tiempo nadie podía pedirle que se acordara de algo así, pero que le sonaba todo maravilloso para Lydia y se alegraba mucho.

–Y ¿que estés aquí –le preguntó a Cecil– significa que el tío David y Edythe se encuentran mucho mejor?

Cecil, que parecía muy incómodo, dijo que sí, que eso creía, un poco, pero aun así no le hacía gracia dejarlos solos más de unos días.

–Ni dejar tu teatro –señaló Nealie–. Tu madre cuenta en sus cartas que estás haciendo grandes cosas. A lo mejor podríamos ir todos a Cannes estas Navidades. Será muy divertido ver cómo conquistas la ciudad y recibes las felicitaciones del alcalde y del señor Coquelin.

Cecil le aconsejó que no se tomara demasiado en serio lo que contaba su madre. A veces, cuando cogía la pluma, se dejaba llevar por la imaginación. Acto seguido dijo que tenía que irse: además de retrasar nuestra cena quizá también estuviera poniendo en peligro su futuro. Sería muy triste, y estaba seguro de que Nealie jamás se perdonaría que su fascinante conversación fuera la causa de que el coronel Marsden le azotara con el látigo.

–Estoy seguro de que es un hombre puntualísimo. Desde luego lo parece.

Cuando se marchó pasamos al comedor. Sus asuntos, al menos la parte que todos

conocíamos, nos facilitaron un interesante tema de conversación del que disfrutar con la sopa. Charlie y yo consideramos que era mejor no decir nada de la reciente interrupción del compromiso.

Antes de cambiar de tema, felicité a Nealie por haber acertado desde el primer momento.

–Dice que en Escocia se declaró formalmente y en firme, aunque no sé qué quiere decir con esto último.

Nealie contestó que no le sorprendía nada. Lo había intuido, y casi nunca se equivocaba cuando tenía semejantes presentimientos.

Lo aseguró con tanta vanidad que no pude aguantarme las ganas de contarle que la solemne proposición no se había hecho en la rosaleda, como ella había vaticinado, sino en el campo de cróquet.

–Bueno, también es muy bonito, y así la rosaleda queda para otros.

Capítulo v

Al final, Cecil decidió que podía alargar su estancia en Inglaterra hasta cinco días; eso sí, señaló que ni uno más. La salud de su madre –y cabía pensar que quizá también la inminencia del estreno teatral– le impedía pasar más tiempo lejos de casa.

Un día antes de partir cumplió con la intención, a pesar de lo triste que podría parecer en un día de invierno, de llevar a Lydia y a la señora Marsden a The Manor. Charlie y yo nos sumamos y quedamos en la estación de Paddington para coger el tren de Windsor a las once. Teníamos un compartimento reservado y dedicamos la primera parte del breve trayecto a describirles la mansión a las Marsden. De ahí se derivó una alegre conversación sobre si no sería una elección excelente como residencia principal de Cecil y Lydia.

La señora Marsden se mostró totalmente a favor. El maravilloso aire del campo –tan bueno para Cecil–, y al mismo tiempo tan oportunamente cerca de Londres. Tan oportunamente lejos a la vez, daba la sensación de que pensaba la señora Marsden, aunque no lo dijera expresamente, de Cannes. Naturalmente, siempre podían alquilar una casa en Londres para pasar el invierno, y en otras ocasiones habría sitio más que de sobra para Cecil y Lydia en Carlton House Terrace.

Cecil, aunque eran evidentes su ilusión por enseñar la casa y sus ganas de que a Lydia y a su madre les gustara, pidió a esta última que no se anticipara tanto. Al fin y al cabo, Lydia aún no la había visto. Cuando la viese, a lo mejor pensaba que por nada del mundo viviría ahí.

La señora Marsden y Lydia, que hablaban a la vez y se interrumpían mucho la una a la otra, le aseguraron que si él le tenía tanto cariño a la casa, seguro que a su futura mujer también le gustaría.

–Yo no lo veo así: tenemos gustos muy distintos en muchas cosas. –La sonrisa que dedicó a Lydia restó aspereza al comentario.

Le conté a la señora Marsden la ilusión con que los Guthrie habían construido The Manor, con la intención, desde el principio, de regalársela a Cecil en cuanto cumpliera veintiún años. Añadí que la idea de que la casa sería para su hijo fue lo que más gustó a lady Guthrie mientras se hacían los planos.

–Ya sabéis que la diseñó prácticamente ella, y creo que se parece mucho a la Delegación Británica en Madrid. España fue el último destino de mi suegro antes de jubilarse, y los dos fueron muy felices allí.

The Manor, en Old Windsor (un nombre y una dirección curiosamente incongruentes para una casa de estilo tan español), estaba preciosa cuando llegamos esa mañana. El sol se reflejaba en la fachada clara y en los arbustos, que en realidad componían un bosquecillo precioso. Aunque bastante cerca de la carretera, la casa está perfectamente protegida, y el parque hacia el que el bosquecillo se adentra gradualmente da al conjunto una sensación de gran amplitud.

Noto que escribo estas líneas como si todo esto aún existiera, cuando en realidad creo que, al vender la finca, se talaron los árboles para construir varias casas. Es muy triste pensar que antes fue un sitio tan perfecto, y las veces que he pasado cerca nunca he querido ir a verlo.

El carruaje se detuvo delante de la fachada rectangular con varias ventanas, que es lo único que se ve de la casa al llegar. Cecil, que con idea de dejar más espacio a los demás se había sentado en el estribo, bajó de un salto. La puerta se abrió de par en par con una acogedora floritura de Thompson, aunque no muy propia de un mayordomo, a quien Cecil, para asegurarse de que todo estuviera listo a nuestra llegada, había enviado por delante.

Desde que compraron Villa Victoria, los Guthrie no habían pasado más de un par de meses al año en The Manor, sin contar el último año de Cecil en Eton. De todos modos, la casa nunca se había cerrado definitivamente, si bien se habían enfundado las sillas, protegido las camas del polvo y envuelto en papel de periódico los utensilios de la chimenea.

Esa mañana no se apreciaba ninguna de estas pruebas de vida en suspenso. Entramos en el largo vestíbulo, rebosante de flores del invernadero y con una viva chimenea encendida en cada extremo. En el salón había más flores de las que parecía posible encontrar en una floristería. Cecil y Thompson debieron de saquear todas las de Londres y, muy posiblemente, también las de Windsor.

La señora Marsden y Lydia estaban encantadas; Cecil, complacido por su entusiasmo, quería enseñárselo todo y contárselo todo de golpe. ¿Se habían fijado en que las habitaciones principales de la casa se encontraban alrededor de un patio? Tenían que ver el claustro. ¡Qué sitio tan perfecto para hacer carreras en patines!: era lo que pensó cuando su madre le enseñó los planos de la mansión.

–¡Qué divertido! –aplaudió Lydia–. Me imagino que sería muy divertido. ¿Organizaste alguna?

–Cuando por fin terminaron la casa yo sentía más respeto por las baldosas de mayólica.

La señora Marsden, que paseaba tranquilamente por el claustro entre Charlie y yo, nos hablaba de los invernaderos de East Dean, dedicados en su gran mayoría a la famosa colección de orquídeas del coronel. Preguntó –la joven pareja se había

sumado entonces al grupo– si a Cecil no le gustaría empezar una colección parecida en The Manor.

–Sería fascinante: podrías empezar con un invernadero pequeño, o dos como mucho, y ampliarlo poco a poco.

Cecil, encantado, como era su costumbre, de considerar cualquier cosa nueva, pareció contagiarse del entusiasmo de su futura suegra.

La señora Marsden dijo que era una lástima que no pudiera acompañarlas a Sussex cuando fueran el lunes.

–Ya sé que has visto los invernaderos otras veces que has estado allí, pero Arthur podría contarte muchas más cosas si supiera que vas a iniciarte en la jardinería.

–Por desgracia me es totalmente imposible aplazar el regreso a Francia aunque sea solo un día.

Vi que lo lamentaba sinceramente. La perspectiva de visitar al coronel Marsden y sus orquídeas le resultaba seguramente, en ese momento, más atractiva que la de volver a Cannes.

¿Su madre o el teatro? Yo no sabía cuál de las dos cosas le llevaba a rechazar la invitación de la señora Marsden. Solo había una certeza, y era que lady Guthrie, por enferma que estuviera o fingiera estar, jamás desperdiciaría una ocasión de ofrecer diversiones y actividades atractivas para Cecil y que pudieran hacerle agradable el tiempo que pasaba con ella.

Me alejé con un leve escalofrío. Me había acordado de ese cuento de Maupassant (creo que es suyo) en el que una condesa francesa contrata a una doncella muy guapa, expresamente porque, como se ve obligada a reconocer, «*qu'elle veut retenir son fils á la maison*».[1] Incluso llega, si mal no recuerdo, a facilitar a la muchacha «*les dessous ornés de dentelles*».[2]

El cuento es estremecedor y yo no quería que nadie creyera, mientras estaba en el claustro de The Manor aquella preciosa mañana de sol, que era mi intención relacionar a lady Guthrie con algo tan horrible. Únicamente quiero transmitir que se me ocurrió que, en determinadas circunstancias, cabía imaginar que una mujer hiciera cualquier cosa para retener a su hijo.

El ama de llaves vino entonces a preguntar si podía acompañar a las señoras al piso de arriba y enseñarles el resto de la casa.

Cuando terminamos de subir la escalera, la señora Pomfret abrió la puerta del dormitorio de lady Guthrie, que, junto con el vestidor de sir David y un cuarto de baño, ocupaba la fachada sur de la casa.

Lydia se acercó corriendo a la ventana.

–¡La misma vista preciosa!

Se volvió hacia nosotros, que estábamos al lado de la cama, y noté –qué fácil les

resulta a los jóvenes dejarse llevar– que ya veía el dormitorio como suyo. La gracia inconsciente de su postura y el color de las mejillas, que daban a sus facciones una apariencia traslúcida, me crearon la duda de si algún artista sería capaz de encontrar modelo más perfecto para un retrato de la felicidad juvenil.

Cuando la señora Marsden y Lydia terminaron sus preparativos para almorzar, la señora Pomfret, con evidentes ganas de enseñarles la casa, les propuso ver algunos de los demás dormitorios.

–Querrá usted ver las habitaciones del señor Cecil, señorita; y, si la señora no tiene inconveniente en subir más escaleras, las buhardillas, donde jugaba de pequeño. –La sonrisa maliciosa con que acompañó este comentario puso de manifiesto que la señora Pomfret, lo mismo que Thompson, conocía el secreto del compromiso.

–¿Está segura, señora, de que podrá arreglarse el pelo usted sola? –me preguntó la señora Pomfret.

–Segurísima, gracias. Y, si no fuera capaz, tocaré la campanilla para que venga alguien.

–Por supuesto. Y si quiere usted tocar la del piso de arriba la oiré yo personalmente.

Nos sonreímos, y el ama de llaves se escabulló muy contenta.

Al verme en plena posesión del dormitorio de lady Guthrie, eché un vistazo con curiosidad y caí en la cuenta de que nunca me había fijado del todo en la cursilería de la decoración. ¡Qué cantidad de colgaduras, qué plétora de mesitas –abarrotadas de adornos–, qué montón de sillas y qué abundancia de volantes por doquier!

Me acerqué al tocador y me senté para quitarme el sombrero, porque Cecil me había pedido que me presentara como si llevara semanas viviendo en la casa. El tocador, como todas las superficies planas del dormitorio, estaba lleno de cosas. Con el sombrero quitado, me alegró ver que en la caja de las horquillas efectivamente había horquillas. Empecé a soltarme el pelo y recogerlo de nuevo. La verdad es que no era una tarea complicada, pues en aquel entonces tenía tanto pelo que aún no necesitaba recurrir a esos chismes tan incómodos que llamábamos «postizos», y el falso flequillito que llevaba era muy fácil de sujetar.

Casi había concluido la operación cuando reparé en que, desde el ángulo en que estaba, veía un retrato de lady Guthrie reflejado en el espejo del tocador. Era un cuadro que yo conocía bien y que normalmente estaba colgado en la sala de estar de sir David en Cannes. Llegué a la conclusión de que este era una copia. Divertida por el inesperado encuentro con el cuadro de un cuadro, seguí observando el rostro reflejado, por encima y ligeramente a la derecha del mío, mientras daba a mi peinado los toques finales. Las facciones del retrato eran tal como yo las recordaba. ¡Qué bien

había captado el artista la expresión cavilosa de los ojos! Bueno, quizá no fuera exactamente cavilosa. Busqué un término que definiera con mayor precisión aquel gesto que era al mismo tiempo intenso y adormilado. Atrapada en un torbellino de palabras, sin encontrar ninguna que significara lo que quería decir, mi interés volvió al reflejo. Eran unos ojos extraños, y daban la impresión de vigilar el sitio en el que Lydia se había parado poco antes a admirar las vistas. La mirada reflejada en el espejo parecía atenta a la ventana que enmarcaba a la chica mientras yo pensaba que sería un modelo perfecto para dibujarla. Entonces tuve la sensación de que no había en los ojos ni un ápice de amabilidad y de que la mirada, velada por los párpados levemente caídos, era malévola.

–¡Figuraciones y tonterías! –Estaba a punto de volver la cabeza para mirar directamente el retrato cuando la puerta se abrió y entró la señora Pomfret. Al ver su expresión de sorpresa y horror comprendí que seguramente me había oído pensando en voz alta. Avergonzada, me levanté de un salto.

–¿Me ha llamado, señora?

–No, no he llamado. Pero seguro que llevo aquí una eternidad. ¿Los demás ya han bajado?

–Están bajando, y creo que la comida está lista.

Cuando se apartó para dejarme paso, me pareció que seguía mirándome con cierta curiosidad. No me extraña que lo hiciera: sorprender a una invitada hablando sola en el dormitorio de la dueña de la casa no podía dejar de resultar raro.

Bajé rápidamente las escaleras y alcancé a la señora Marsden y a Lydia cuando estaban llegando al vestíbulo. Charlie y Cecil nos acompañaron y pasamos a disfrutar de una comida excelente. El comedor de The Manor está amueblado al estilo del refectorio de un monasterio y es la única sala tétrica de la casa. Pero estábamos todos de tan buen humor que no consiguió desanimar a nadie.

Después de comer, Cecil le dijo a Lydia que aún no le había enseñado lo mejor de todo.

–No has visto mi teatro, y es mío *de verdad* porque lo diseñé yo solo, con mucha ayuda de mi madre, cuando todavía estaba en Eton.

–¡El teatro! Se me había olvidado, ¡con la de veces que hemos hablado de él!

Lydia parecía sinceramente compungida, y Cecil, riéndose, le reprochó el olvido. Pero también le dijo que se animara, porque cuando viviese en la casa el teatro nunca estaría demasiado tiempo lejos de sus pensamientos.

–Entre aprender los diálogos de lady Macbeth y ayudar a coser el vestuario para la obra, vas a acabar deseando que no se hubiera construido.

Echamos a andar hacia el teatro, que se encuentra en el segundo patio, más pequeño, entre la cocina y las habitaciones del servicio.

–Como veis –explicó Cecil– está unido al claustro, pero también se puede llegar al patio de butacas por una puerta que da a la avenida de atrás.

El teatro de Cecil en The Manor es, siempre lo he pensado, una de las cosas más bonitas de la casa. Es, como algunos que he visto en los *châteaux* de Francia, un auténtico teatro en miniatura. Quedó claro lo mucho que le gustaba mientras se lo enseñaba a las Marsden, explicando el funcionamiento del sistema de iluminación y los cambios de escenario. Viéndolo correr de un lado a otro, señalando los diversos detalles, atento para no olvidar nada, me emocionó su ilusión, casi infantil. Había en su proceder algo tan cálido que nunca lo he olvidado; solo con el tiempo, cuando lady Guthrie afirmó por escrito que fue el instinto de caridad lo que incitó a su hijo a construir el teatrito, el recuerdo se me echó a perder. La calidez dio paso al frío. Por supuesto que Cecil no había construido su teatro, tal como ella aseguraba, para diversión de los pobres, los vecinos del pueblo y los internos del asilo para indigentes, y habría sido intolerable que lo hiciera.

Después de inspeccionar el teatro a fondo, la luz empezaba a declinar. Aun así, Cecil nos pidió que diéramos un breve paseo por la finca.

–Solo cinco minutos, hasta el final del bosquecillo, para que la señorita Marsden vea donde se une con el parque. Si se viera desde la avenida os propondría ir en el coche. Por favor –me pidió, añadiendo que ya había avisado a la señora Pomfret para que llevara nuestros abrigos y todas nuestras cosas a la Sala de Autos, que así llamaban a un dormitorio y tocador de la planta baja–. No tardaréis ni un momento en estar listas.

Era imposible llevarle la contraria. La señorita Marsden hizo la debida visita al parque. Después nos encaminamos a la estación. La excursión –Cecil había pensado en todo– fue un éxito rotundo.

Capítulo VI

La mañana siguiente, que era domingo, Cecil vino a despedirse de camino a la estación Victoria. Lamenté ver que parecía preocupado, sin rastro de la alegría del día anterior.

Charlie –estábamos desayunando cuando llegó– se levantó y le dijo que era una lástima que al final no hubiera decidido quedarse unos días más en Londres.

–Al menos eso parece –añadió, mirando por la ventana–, porque creo que lo que hay encima del coche es un baúl, y la sombra que se ve dentro bien podría ser Thompson.

–Solo puedo quedarme cinco minutos. –Cecil cogió la silla que el mayordomo había apartado para él–. Ha llegado un telegrama de Cannes en el que me comunican que mi madre está mucho peor. Dadas las circunstancias no podré pasar la noche en París, sino que iré directamente a casa.

Charlie y yo dijimos que lo sentíamos muchísimo y que esperábamos que no hubiera motivo de alarma inmediata por la salud de lady Guthrie.

–No lo sabré hasta que llegue –dijo Cecil. Parecía profundamente disgustado–. He venido solamente para veros un momento antes de irme y daros las gracias por el día de ayer, porque si no hubierais venido para que todo resultara tan agradable a los demás no les habría gustado tanto. –Se levantó para marcharse–. No sé cuándo, si es que llega ese día, volveremos a vernos todos allí. He aquí el problema de ser feliz: que uno lo echa de menos cuando se acaba.

Mientras se inclinaba para darme un beso, le pedí que no fuera tan pesimista. Charlie le dio una palmada en el hombro y le animó asegurándole que cuando llegase a Cannes vería que la situación no era tan mala como ahora se temía.

–Ya sabes que tiene estas recaídas de vez en cuando. A estas alturas ya tendrías que estar acostumbrado.

–No les habría permitido enviar el telegrama si no estuviera enferma de verdad. –Dudó y luego, casi como obligado, dijo–: Anoche pensé que habría sido mejor que Lydia y yo nos hubiéramos casado el verano pasado. No hace falta que me digáis que era imposible. –Con el fin de evitar las objeciones que sin duda esperaba de nosotros, hablaba muy deprisa, atropelladamente–. Por supuesto que era imposible porque, sin contar los años en que éramos pequeños, solo nos conocíamos desde hacía un par de meses. Además, mi padre estaba muy enfermo. No podía dejar a mi madre lidiando

con todo sola. Habría sido profundamente egoísta.

Hablando tan deprisa como él, y puede que sin disimular mi enfado, le dije que era absurdo hablar de egoísmo. Tenía todo el derecho del mundo a vivir su vida y, si alguien tenía que hacer algún sacrificio, eran sus padres. Negárselo equivalía a requisar algo que la naturaleza, el mismo Dios, le había concedido.

–Animas a tu madre a actuar mal, y esto es terrible. Ella sigue acumulando sufrimiento y tú tienes la culpa.

Por el rabillo del ojo vi que Charlie, en el otro extremo de la mesa, se había escondido detrás de un periódico dominical.

–Hablas –dijo Cecil– como si mi madre hubiera hecho algo atroz, y sabes que no es cierto. Ha sacrificado su vida entera por mi padre y por mí. Nunca ha hecho nada egoísta, nunca ha tenido un pensamiento egoísta.

Parecía demasiado perplejo para enfadarse, como si creyera a pies juntillas lo que estaba diciendo. Pero ¡no era posible que fuera tan tonto!

Nos miramos, y fui yo la primera en mirar a otro lado.

Cecil, que seguía al lado de mi silla, había empezado a decir de nuevo que tenía que irse cuando la puerta del comedor se abrió sin miramientos y entró Sybil corriendo. Estaba muy guapa, con su babi de holanda encima del vestido de lana de color ciruela y el pelo rubio suelto. Que el flequillo –el pelo de Sybil tendía a rizarse– se negara como de costumbre a quedarse liso acentuaba su encanto más que rebajarlo.

-¡Tío Cecil, tío Cecil! ¡Por poco te me escapas otra vez! –Se lanzó a sus brazos–. Nunca sé cuándo estás en casa y nunca subes a verme.

–Sybil, el tío Cecil ya se marcha. Despídete deprisa o llegará tarde a coger el tren.

–¡Se marcha! Espero que no sea al extranjero. ¿Volverás muy pronto? –Seguía sin soltarle la mano, mirándole a la cara.

–No, Sybil. Vuelvo a Francia. Mi madre no se encuentra bien.

–¡Ah! –Sybil ya había empezado a hacer un puchero, pero a una mirada mía recuperó los modales y dijo que esperaba que la tía Edythe se curara muy pronto.

–Eso mismo espero yo. Le daré recuerdos de vuestra parte y –bajó la voz para añadir, por encima de la cabeza de Sybil– no voy a decirle ninguna de esas cosas tan desagradables que has dicho.

Viendo que no podía seguir retrasando a su tío, Sybil se acercó a mí para darme formalmente los «buenos días».

Charlie salió al vestíbulo a despedir a Cecil.

Con la idea de que quizá tuvieran algo que decirse en privado, seguí con el brazo alrededor de Sybil para impedirle que fuera tras ellos. Se resistió un poco pero al final se quedó quieta.

–¿No es una lástima que el tío Cecil siempre tenga que irse? Debe de ser horrible tener una madre que siempre está enferma.

–Sí, es muy triste. Ahora, si te sientas tranquilamente en esa silla –le señalé la que Cecil acababa de dejar libre–, puedes quedarte y hablar con nosotros mientras terminamos de desayunar.

–Pobrecillo. –Charlie había vuelto al comedor–. Parece muy alterado.

–¿Tú crees que es probable que esté muy enferma? –Miré a Sybil, confiando en que Charlie no dijera demasiado delante de ella.

Charlie se encogió de hombros.

–Es posible, pero si lo está no será como otras veces.

El culto dominical en la iglesia de San Jorge fue tan interesante como de costumbre. Después, Nealie volvió con nosotros a Berkeley Square y nos sentamos las dos en el gabinete mientras esperábamos a que estuviera lista la comida.

–Cuéntame todo lo que pasó en esa escapada a Windsor y si se ha acordado algo sobre la boda.

–¡Ay, Nealie! Y volviendo de la iglesia le has dicho a Charlie que era absurdo acusarte de cotilla. Te has puesto tan seria que casi empezaba a creerme que te habías reformado. En fin, las últimas noticias son que a Lydia le encantó la casa y que van a casarse en junio. Pero esto último ya lo sabías. Creo que algo se dijo la otra noche.

–¿Edythe está de acuerdo?

Dije que no me parecía que hubieran tenido tiempo de escribirse antes de que Cecil saliera de Inglaterra y, además, lady Guthrie volvía a estar muy enferma.

–Pues ¡claro! Pero como faltan todavía seis meses para junio no entiendo por qué se toma tantas molestias.

–No seas desconsiderada. Ya sé que siempre decimos que hace cuento, pero esta mañana, en la iglesia, estaba pensando si no estará de verdad mucho más delicada de lo que imaginamos.

–Personalmente no lo creo ni por un momento, y tú tampoco, digas lo que digas.

–Cecil recibió un telegrama antes de marcharse, y dice que ella nunca habría consentido que lo enviaran si no estuviera demasiado enferma para impedirlo.

–Cecil diría cualquier cosa con tal de que su madre parezca menos egoísta de lo que es. Creo que es una mujer muy desagradable y puedo afirmar que la conozco desde hace muchos más años que tú.

–Qué violenta eres siempre.

Estas palabras se me escaparon antes de darme cuenta de lo ofensivas que podían resultar. Al mirar a Nealie y ver que se había ofendido, con el ánimo de cambiar de conversación lo antes posible, empecé a preguntarle por sus planes: ¿volvería a

Leicestershire la semana siguiente o esperaría hasta después de Navidad?

Contestó que creía que yo sabía que si se había ido de Leicestershire había sido únicamente por las heladas. ¿De verdad creía que iba a alquilar un caro pabellón de caza y enviar un par de caballos de tiro además de cuatro cazadores para quedarse finalmente en Londres?

En realidad, una cosa así sería muy típica de Nealie. Gasta dinero sin pensarlo y, si alguien le insinúa que está derrochando, es incapaz de entender por qué lo dice. Creo sinceramente que en toda su vida no ha aprendido más que dos cosas en relación con el dinero: que se puede acumular y que se puede gastar. En ninguna circunstancia se le ocurriría que se puede ahorrar... y ¡cuánto se ha divertido y cuánto placer le ha dado gastarlo!

–Si el tiempo no cambia pronto voy a empezar a arrepentirme de haberme interesado por la caza en lugar de quedarme en Londres o irme a Glenveagh.

Glenveagh era la casa de Irlanda a la que Nealie y el señor Adair se habían mudado después de que la suya se incendiara; algunos dicen que el incendio fue provocado por alguna de las muchas personas que odiaban al señor Adair. En su origen un castillo pequeño, y dilapidado a lo largo de los últimos cien años, Glenveagh sufrió una transformación y ampliación a fondo en cuanto pasó a manos de Nealie. Como todas sus demás residencias, esta se encontraba en continuo estado de ampliación. Uno de sus principales encantos, al menos para Nealie, era el fantasma del «hombre de gris» que al parecer paseaba por la terraza y al que ella aseguraba haber visto en varias ocasiones.

Nealie había tenido, o al menos eso creía, pues quién sabe cómo son estas cosas, varias experiencias paranormales a lo largo de su vida. Algunas la habían asustado mucho. Otras, como cuando vio un resplandor rojo en el cielo, la noche en que ardió la casa del señor Adair –y ella estaba a ochenta kilómetros de allí y con dos montañas entre medias–, le habían gustado, como bien procedió a recordar en ese momento.

–Yo estaba en Dublín y cuando llegó el telegrama por la mañana supe al momento lo que decía. Ahora intentan explicar esas cosas llamándolas comunicación telepática, pero no me parece a mí que así sean más fáciles de entender.

Dije que nunca había tenido una experiencia así, al menos eso creía. Noté un incómodo runrún mental mientras lo decía. ¿El recuerdo de algo que nunca había ocurrido o que había ocurrido al margen de la conciencia? La sensación, inexplicable y desagradable, me acompañó unos minutos. Quise contárselo a Nealie pero era demasiado difícil explicarlo con palabras. Ella me malinterpretó y se lanzó a hablar de fenómenos paranormales y de su propia interpretación de lo que llamaban sexto sentido.

–No cabe duda de que a veces uno ve con toda claridad lo que tiene que hacer y solo más adelante encuentra una explicación racional.

–O sea –Charlie había entrado a tiempo de oír las dos o tres últimas frases–, que es así como manejas tus intrigas y por eso crees que puedes organizar la vida de los demás mucho mejor que ellos. Supongo que fue un sexto sentido lo que te dijo que Willie tenía que venir a Londres.

–Eso fue enteramente idea suya –protestó Nealie–. Yo solo escribí a sir Terrence para que se incorporara a su bufete cuando Willie ya había tomado la decisión de irse de Escocia. Y bien que hice, porque creo que le han prometido hacerle socio.

–Entonces ¿tu entrometimiento por ahora solamente ha beneficiado a Willie? Yo no puedo decir lo mismo, porque hasta que lo engatusaste para traerlo a Londres me estaba prestando un servicio fantástico en Escocia.

Añadió que era una lástima que Willie no pudiera estar en dos sitios al mismo tiempo, para que Kildonan siguiera beneficiándose de los buenos consejos que ahora, por lo visto, era ella quien recibía en exclusiva.

Nealie, que aún no se había dado cuenta de que Charlie le estaba tomando el pelo, dijo que era una tontería porque Willie, colocado donde estaba, sería mucho más útil para todos nosotros de lo que lo habría sido nunca si se hubiera quedado en Escocia.

–Así que en vez de refunfuñar tendrías que estarme muy agradecido.

–Al menos reconozco que el cambio es muy buena cosa para Willie.

–Y para nosotros también –insistió Nealie–. Imagínate que nos ocurriera algo grave de verdad, como el caso Tichborne:[1] tendríamos a Willie además de a sir Terrence de nuestra parte.

–Con eso está todo dicho, por supuesto, y casi lamento no tener un hermano perdido que venga de pronto a reclamar Kildonan.

Cambiando bruscamente de tema, Nealie le preguntó a Charlie si creía de corazón que lady Guthrie dejaría casarse a Cecil algún día.

–Anne dice que sí y cree que es una desconsideración de mi parte dudar de ella.

Charlie se encogió de hombros.

–¡Quién sabe! Pero, si tuviera que dar mi opinión, diría que la mejor oportunidad para Cecil de liquidar el asunto sin demoras interminables es que se fugue con la chica ya.

–Nunca se atrevería. Yo creo que su única oportunidad es que Edythe se muera. Es como si estuviera condenado a cadena perpetua, solo que en este caso la pena dura lo que la vida de otra persona.

Le pedí a Nealie, supongo que influida porque era domingo, que no dijera tantas barbaridades.

Y ella negó haber deseado la muerte de Edythe; simplemente había dicho lo que era obvio para cualquiera: que hasta ese día Cecil seguiría siendo siempre su esclavo.

Consciente de mi molesto tono moralista, le dije que, ya que se empeñaba en analizar la situación desde ese ángulo, todos podíamos alegrarnos al menos de que el tiempo estuviera de parte de Cecil.

–¡El tiempo! –exclamó con desdén–. Cuando se trata de gente joven todo el mundo habla como tú. Es la mayor tontería que se ha oído: el tiempo siempre está de parte de la gente de mediana edad y en contra de los jóvenes, porque la espera es demasiado larga para ellos. Y estoy segura, con independencia del acuerdo al que supuestamente puedan llegar, de que Cecil no se casará en junio y de que Edythe, salvo que algo lo impida, acabará saliéndose con la suya en esto como en todo lo demás. Si es necesario seguirá en estado crítico otros cuarenta años, pero, como es demasiado egoísta para morirse, Cecil habrá cumplido los sesenta y aún seguirá pegado a sus faldas.

Se había levantado mientras decía esto, y estaba en el centro del gabinete, con los ojos resplandecientes y un aire magnífico.

Capítulo VII

Cuando Nealie, en diciembre de 1887, dijo que Cecil no se casaría el mes de junio yo no me lo tomé en serio, y Charlie despachó su diatriba contra lady Guthrie señalando que nunca se había fijado en que se interesara tanto por la salud de su madrastra. Los acontecimientos, sin embargo, demostraron que Nealie tenía razón, porque a lo largo de los dos años siguientes todo pareció conjugarse para aplazar la boda de Cecil y Lydia. Hubo que renunciar a la fecha inicialmente fijada cuando Cecil contrajo la viruela en primavera.

«La infección –como la llamaba lady Guthrie en su introducción a *Cartas y diarios*– la contrajo en el East End de Londres, donde había visitado a los niños pobres y animado a los enfermos. Sintiéndose muy mal pero sin saber qué le pasaba, emprendió un viaje para reunirse con sus padres en Venecia. Llegó con fiebre alta y estuvo muy cerca de morir.» La recuperación fue extremadamente lenta. Es muy probable que lady Guthrie la retrasara más todavía, porque insistió en que hiciera un largo viaje en cuanto estuvo en condiciones de levantarse de la cama. Visitaron Siria y otros lugares de Oriente Medio con climas que nadie habría considerado especialmente beneficiosos para un convaleciente. Pasó más de un año antes de que se recuperara plenamente y los planes de boda, según su madre, pudieran retomarse. Después de muchos aspavientos innecesarios, así los calificó Nealie, los padres acordaron el enlace para el otoño de 1889, y los preparativos se pusieron *en train*.[1] En ese preciso momento a lady Guthrie le falló la salud y pasó a ser ella la que supuestamente se moría.

–Pero ya veréis –nos prometió Nealie cuando conoció este último contratiempo– como no hace nada de eso y encima se toma su tiempo para no hacerlo.

Una vez más, Nealie tenía razón. Lady Guthrie no se murió y hubo que esperar hasta la primavera siguiente para que se reconociera en condiciones de venir a Inglaterra y asistir a la boda.

Mientras tanto, Cecil hizo una breve visita a los Marsden en la casa que acababan de comprar en el norte de Francia, y desde allí escribió a lady Guthrie:

Martes, medianoche

Querida madre:

¡Qué buena eres por permitirme que me quede aquí unos días más! ¡Eres la madre

más perfecta de los tiempos modernos! Espero que te encuentres mejor. ¡Qué contento está mi padre de estar otra vez contigo!

Es un auténtico regalo pasar de nuevo unos días con Lydia, en la misma casa. Es encantadora y veo que me quiere, y me lo ha demostrado. No sé cómo expresarte cuánto me alegra ver que he acertado en muchas de mis suposiciones: su sensibilidad y su capacidad de afecto son portentosas. No soporto a las mujeres de piel dura. Creo que será una mujercita deliciosa, y además no le faltan encantos. Es sensible y práctica, y me impedirá cometer excesos.

Lamento decir que no le interesa la música: una lástima enorme, porque está estrechamente ligada a la poesía y su aprecio se relaciona íntimamente con el disfrute de muchas otras sutiles influencias de la vida. Está desanimada y abatida: no se encuentra bien. Me resulta muy difícil, ya que siempre me he visto rodeado de cariño y comprensión, por tu parte y por la de mi padre, comprender lo descorazonador que debe ser vivir con frialdad y restricciones en lugar de con ese amor maternal que es el más completamente desinteresado y divino de los afectos terrenales.

Tu hijo,

Cecil

La razón, tanto del desánimo general de Lydia como de la queja de Cecil por la falta de comprensión de sus padres, se puso de manifiesto cuando, poco después de que volviera a Inglaterra, el coronel Marsden retiró el permiso, que no creo yo que diera nunca de buen grado, a su hija para casarse. Era más que comprensible que no estuviera a favor de la boda. Cecil, aun sin tener en cuenta la preocupación de su madre por el particular, no era fuerte. Los continuos aplazamientos, que siempre venían del lado de los Guthrie, no habían sido halagadores para los Marsden. Además, estaba el desagradable asunto del dinero. El coronel Marsden era muy rico y Lydia su única hija, mientras que sir David Guthrie, aunque razonablemente acomodado, no tenía una gran fortuna. La pensión que constituía buena parte de sus ingresos moriría con él, y como lady Guthrie, que venía de una familia de siete hermanos, estaba prácticamente sin un céntimo, la mayor parte del dinero que pudiera dejar su marido sería para ella de por vida. Ninguna de las dos cosas era precisamente apetecible para el padre de una heredera.

Pero ¿por qué, como nos preguntamos al recibir la noticia, había decidido el coronel plantarse ahora y no antes? Al final descubrimos que, si bien los Guthrie en un principio prometieron ofrecer a Cecil una generosa asignación, últimamente habían empezado a dudar. Harían cuanto estuviera en su mano por facilitarle la suma prometida, pero no sabían si sería posible incluirla formalmente en el acuerdo conyugal. Los Guthrie, o mejor dicho lady Guthrie, pues era inconcebible que

pudiera negociarse algo sin su intervención, tenían muchos gastos. Gastos que eran ahora mayores, entre unas cosas y otras, que cuando se discutió el acuerdo en primera instancia. No era difícil adivinar la carta que había llegado de Cannes, y no requiere el menor esfuerzo de imaginación entender por qué el coronel Marsden acabó perdiendo los nervios.

Si no podía impedir que Lydia se casara, sí podía y estaba dispuesto a hacerlo, tal como afirmaba en una airada carta a lady Guthrie, negarse a darle un solo penique si persistía en seguir adelante en contra de sus deseos. Lady Guthrie respondió que, en tal caso, sir David se negaría a fijar una asignación para Cecil. De momento, pues era inimaginable que ninguna de las dos partes cediera a corto plazo, la situación se encontraba en punto muerto.

Si esto le hubiera ocurrido a cualquier otro joven, es posible, y hacía ya tiempo que Charlie lo había propuesto como solución para Cecil, que se hubiera fugado con la chica y se hubiera casado sin más tardanza. Cecil, sin embargo, y estoy segura de que así había otro motivo de objeción para el coronel, no había estudiado para ejercer una profesión y era totalmente incapaz, por culpa de su madre, de ganarse la vida de ninguna manera.

No vi mucho a Cecil en esta época. Vino a pasar unos días con nosotros en Escocia el verano de 1890. El compromiso llevaba varios meses «anulado» y, como es natural, pese a que hacía lo posible por ocultarlo, el joven estaba muy triste y desanimado. Nosotros hacíamos lo posible por animarlo, aunque el intento de curar la tristeza con pícnics y excursiones a los páramos es absurdo. De todos modos, me gusta pensar que quizá lo consiguiéramos un poco.

Para mí aquel fue otro verano que marcó un hito familiar, porque Alistair, que había terminado la educación primaria el trimestre anterior, se iría a Eton en septiembre. El cambio exigía, a la vista de que iba un poco rezagado en los estudios, un tutor en vacaciones. El joven seleccionado para el puesto, Alan Helbert, consiguió que nuestro hijo mejorase en lo que el director de su colegio llamaba las asignaturas en las que estaba más flojo, que a nuestro entender eran todas. A Charlie y a mí, y también a Alistair, nos encantó el señor Helbert, y el joven volvió con nosotros en varias ocasiones más adelante, cada vez que las bajas calificaciones de Alistair requerían su presencia. Nealie era la única que insistía en que había algo en el tutor que no le gustaba.

El coronel Marsden demostró ser un padre severo. Después de demostrarlo, y de escribir una carta sobre un asunto desagradable con la intención de que fuera la definitiva, volvió seguramente con agradecimiento a sus invernaderos de orquídeas. En una casa donde se celebraban bodas únicamente a instancias suyas, debían de resultarle especialmente agradables en ese momento.

Un padre severo, pero no capaz de obcecarse eternamente. El coronel quería a su hija, y Lydia estaba sufriendo. Había prometido que si no podía casarse con Cecil no se casaría con nadie. Su madre avisó de que Lydia se estaba poniendo enferma; si no enferma del todo, al menos había adelgazado mucho. Poco a poco, le costó cerca de un año, el coronel Marsden empezó a ceder. Cecil le escribió una carta, a la que él respondió. Poco después se reanudó el compromiso, se firmó una especie de acuerdo y se fijó la fecha de la boda. Pero esta vez, y al menos la condición había que acatarla, no habría aplazamientos. En lo tocante al coronel Marsden, Cecil y Lydia podían casarse en octubre de 1891 o no casarse nunca. Era su intención, y se lo manifestó a la ofendida lady Guthrie con toda claridad, que nada, salvo la muerte del novio, condujera a nuevos y ridículos aplazamientos.

Este «ahora o nunca» del padre de la novia hizo al novio más feliz que en toda su vida. En cuanto se zanjó la discusión, corrió a pasar una temporada en Francia con los Marsden y desde allí escribió a su madre:

> Queridísima madre:
>
> No sabes cuánto lamento ese dolor constante del que me hablas en tus queridas cartas... He tenido un viaje rarísimo: perdí el tren viniendo hacia aquí y tuve que hacer noche en Versalles. Continué el domingo por la mañana en el techo de un autobús, amontonado entre maletas y paquetes, y envuelto en una conveniente niebla escocesa. Ayer hicimos cosas divertidas en varios sentidos... Después de un ensayo teatral fuimos en un coche de cuatro ponis a una feria y montamos en los caballitos. Yo hice un par de ejercicios acrobáticos y di besos con las manos a la multitud, hasta que la exhibición terminó bruscamente por culpa de mi anfitriona, ¡que se oponía a mi exhibicionismo! Volvimos tan contentos como a la ida.
>
> Anoche estaba cansado, como puedes imaginar, pero soy muy, muy feliz y todos son muy amables y cariñosos conmigo. Sé que tenía que haberte escrito ayer, pero casi no tuve tiempo ni de sonarme la nariz... Mi flor es un encanto, una maravilla. Estoy seguro de que será una mujer a la que amar de todo corazón. Y no es derrochadora: ¿no es maravilloso? Nuestra felicidad te hará feliz, y eso es lo principal.
>
> Querida madre,
>
> tu hijo,
>
> Cecil

Los intensos preparativos empezaron un mes antes de la fecha señalada. Sería una boda por todo lo alto, claro que las bodas grandes eran entonces cosas mucho más pequeñas de lo que serían más adelante. Por aquel entonces, aunque la costumbre ya estaba cambiando, la gente invitaba solo a sus familiares y amigos más íntimos, y no

se molestaba en invitar a personas a las que solo había visto una vez en la vida.

Cecil, siempre ávido de perfección y siempre preocupado por conseguir un buen efecto teatral, participó con entusiasmo en la planificación de todos los detalles. Vino de Francia a finales de septiembre, se instaló en su club y estuvo las semanas siguientes yendo y viniendo de Londres a Windsor. Era muy importante que el vestido de la novia fuera exactamente del mismo tono que las flores con las que Cecil iba a decorar la iglesia de San Jorge. Era igual de importante que las obras menores que se estaban haciendo en The Manor fueran exactamente las que ellos querían. No podía omitirse nada que pudiera restar a la ceremonia de la boda, al viaje de luna de miel a la India y Ceilán, y al regreso a The Manor un ápice de perfección en cualquier aspecto.

Si hubo algún defecto entre tanta perfección fue un detalle menor: lady Guthrie, según se decía, estaba igualmente atareada con los últimos retoques al ala que acababa de añadir recientemente a Villa Victoria. Todos nos preguntábamos cuánto tiempo obligaría a pasar bajo su techo en el futuro a la joven pareja. Pero ¿qué importancia tenía eso en realidad, cuando todo lo demás finalmente había salido tan bien?

Charlie y yo pasamos la mayor parte del mes entre Berkeley Square y las diversas cacerías a las que nos invitaron. Estábamos en período de sesiones parlamentarias y, como Charlie era entonces subsecretario parlamentario para las colonias, apenas podía ausentarse de Londres y a menudo teníamos que salir corriendo de casa de nuestros amigos en cuanto terminaba la cacería.

Fue a la vuelta de una de estas escapadas cuando nos esperaba la noticia de que el mayordomo del señor Cecil había pasado dos veces por la tarde con el ruego de que el señor Guthrie fuera lo antes posible a verlo a su club de solteros.

–¿Ahora? –Charlie, que tenía hambre y una larga noche de trabajo por delante, parecía contrariado.

Nuestro mayordomo dijo que así le parecía y que Thompson por lo visto creía que el asunto era urgente.

–A lo mejor está enfermo y Thompson no lo ha dicho. –Lo sugerí porque no se me ocurría otra razón para que Cecil, normalmente tan puntilloso en formalismos y modales, no hubiera tenido la cortesía de enviar una nota.

–No, señora. Le pregunté expresamente a Thompson si el señor Cecil estaba en cama o algo así, y dijo que no.

–En tal caso –me volví hacia Charlie–, ¿por qué no envías una nota al club y le pides a Cecil que venga él? Si quieres podemos invitarlo a cenar. Nealie y yo hemos medio quedado en que se pasaría, después de cenar con los Somerset, que según ella siempre cenan horriblemente temprano, pero por lo demás estaremos solos.

Charlie, que no se había quitado el abrigo, dudó unos momentos antes de decidirse a salir otra vez; en la puerta seguía parado el carruaje.

–También puedo ir yo. Si es Cecil quien viene casi tendremos la obligación de invitarlo a cenar, y la cosa se alargará y perderé la mitad de la noche.

Subí un rato al gabinete. Había cogido frío en el viaje y esperaba que mi doncella, que acababa de llegar en otro coche, no tardase demasiado en deshacer el equipaje. Mientras arrimaba una butaca al fuego lo más posible, pensé lo triste que era volver a casa ahora que Sybil, que en abril se había ido a Dresde con la señorita Wilson, ya no estaba para darnos la bienvenida. Recordé con cariño lo ilusionada que se marchó. La idea de pasar seis meses separada de Charlie y de mí no parecía –como es natural– afectarla anímicamente en lo más mínimo. Su única preocupación, y así lo manifestó cuando el tren ya arrancaba en la estación Victoria, fue que algo le impidiera volver a tiempo para ser la dama de honor de Lydia.

–Mamá, me lo prometiste. Cuando llegue el momento no vayas a escribir para decirme que no vale la pena que vuelva a casa solo para unas semanas.

–Yo nunca incumplo las promesas. Las considero sagradas.

El tren había cogido velocidad y creo probable que Sybil no me oyera. Un caballero que estaba a mi lado en el andén sí debió de oírme. Al darme la vuelta y echar a andar hacia la barrera vi que me miraba con esa cauta expresión de duda, mezclada con diversión y recelo, normalmente reservada para los revivalistas.

Imaginarme a Sybil como dama de honor me llevó nuevamente a pensar en Cecil. Me pregunté, aunque sin demasiada sensación de urgencia o premonición de nada grave en realidad, qué habría pasado. Probablemente nada de nada, decidí. Entre Thompson y nuestro mayordomo se las habían arreglado para dar al mensaje del club un engañoso dramatismo. Charlie, con ganas de darse un baño caliente, ya estaría seguramente volviendo a casa. Al ver que no hacía ninguna falta en el club, vendría maldiciendo la inoportunidad de su hermano y también intrigado por el escaso tamaño del cerebro de todos los criados: el suyo y el de Cecil en particular.

–Su baño, señora. –La doncella apareció en la puerta del gabinete.

Miré el reloj. Al final no se había dado tanta prisa. Hacía más de media hora que había salido Charlie. En ese momento lo oí en el vestíbulo. Me levanté y crucé el gabinete. Alguien subía corriendo las escaleras; en un momento, Charlie había apartado a la doncella y estaba delante de mí. Cerró la puerta después de entrar.

–Ha roto el compromiso.

–¿Quién, lady Guthrie?

–No, Lydia.

–¡No es posible! –Me quedé horrorizada, incapaz de dar crédito a lo que oía.

Charlie se desplomó en una silla. Tenía la respiración agitada, como si hubiera

despedido al cochero y vuelto corriendo desde Hamilton Place.

–No es posible. Tiene que ser un malentendido.

–No, el coronel Marsden ha ido a ver a Cecil y le ha entregado una carta de Lydia. Cecil, como podrás imaginar, está prácticamente desquiciado.

Me senté, sin creer todavía lo que ya sabía que era cierto.

–Pobre Cecil, ¿qué vamos a hacer?

–Tendrá que venir aquí.

Charlie parecía agotado y le pregunté si le había pedido al mayordomo que subiera la botella de whisky. Negó con la cabeza y toqué la campanilla. Entonces empezó a contarme un poco lo que había pasado y las decisiones que había sido capaz de tomar de momento.

Al llegar al club lo llevaron al dormitorio de Cecil, donde encontró a su hermano en un estado, dijo, cercano al derrumbamiento nervioso.

–Ese idiota de Thompson no ha tenido luces para buscar un médico. En realidad, creo que lo dijo, pero lo dejó en cuanto Cecil se opuso. El caso es que nada más ver cómo estaban las cosas avisé a Symonds. Afortunadamente estaba en casa, y esperé hasta que llegó.

–¿Qué ha dicho?

–Ha dicho que es un ataque de nervios y ha recomendado reposo y un sedante. Le pedí que esperara hasta que pudiéramos traer a Cecil a casa. Se ha quedado con él, y lo traerá en su cupé en cuanto avisemos de que está listo el dormitorio y todo lo demás. Ya sé que será un incordio, pero no podía hacer otra cosa.

–Pues claro que tiene que venir.

El mayordomo entró en respuesta a la campanilla. Le pedí que trajera la licorera y le expliqué que había que preparar una habitación inmediatamente para Cecil, la de atrás, que era más tranquila.

–No se encuentra bien, así que se acostará en cuanto llegue. Si quiere comer algo, que le lleven la cena en una bandeja y retrasen la nuestra como mínimo media hora.

El mayordomo se retiró y reanudé la conversación con Charlie.

–¿Por qué lo ha hecho Lydia?

Charlie se encogió de hombros.

–No lo sé. Cecil estaba incoherente y la carta de la chica, que me ha enseñado, era de lo más ambigua. Ambigua solo en los motivos. El anuncio de que no se casaría con él era de una claridad casi brutal. Intentaré ver a Marsden esta noche para ver qué ha pasado.

Me levanté y dije que iba a asegurarme de que lo preparaban todo cuanto antes.

–No pueden tardar mucho, así que, si quieres avisar ya al club, te prometo que

todo estará a punto cuando llegue Cecil.

Al pasar por la silla de Charlie, me detuve a darle un beso en la cabeza y acariciarle la mejilla. Aunque lo sentía mucho por Cecil, me habría gustado que no fuera siempre Charlie el que tenía que intervenir cuando las cosas se torcían. Y ahora, ahí lo tenía, con su noche de trabajo planificada al detalle –con tal fin había vuelto corriendo del campo y renunciado a la compañía de amigos divertidos– desbaratada sin remedio. Para compensarlo, lo sabía perfectamente, se quedaría trabajando hasta la madrugada y no se acostaría hasta que el agotamiento lo venciese.

La hora siguiente –puede que algo más o menos– se dedicó a los preparativos necesarios para llevar a Cecil del club a Berkeley Square y dejarlo finalmente instalado en un dormitorio. Al verlo entrar en casa, con ayuda del doctor Symonds y Thompson, me impresionó, y tuvieron que ayudarle a subir las escaleras. Una enfermera, avisada por el doctor Symonds, llegó apenas unos minutos después que el cupé del médico.

Yo había notado ya alguna vez que, en momentos de crisis, sobre todo cuando esta es de naturaleza emocional, el tiempo parece detenerse por completo o pasar tan deprisa –como las manecillas de un reloj al darle cuerda– que no se le puede seguir el paso.

Sé que en algún momento nos sentamos a cenar. El doctor Symonds, a quien seguramente le habíamos fastidiado la cena un buen rato antes, estaba con nosotros. Acababa de bajar del dormitorio de Cecil. En cuanto los criados salieron del comedor le preguntamos con impaciencia qué pensaba de su paciente.

Al principio, como es propio de los médicos, se inclinó por mostrarse reservado. Luego, con la clara determinación de ser sincero con nosotros, dijo que era posible, aunque no había conseguido que Cecil lo reconociera, que hubiese tomado más cloroformo de lo aconsejable.

–¡No! –Fui incapaz de contener mi exclamación de horror.

–Si lo tomó –le explicó el doctor Symonds a Charlie–, debió de ser justo antes de que usted llegara. No sé cómo no se me ocurrió antes. Tengo que decírselo, aunque, sinceramente, no creo que esta media hora haya podido tener demasiada importancia.

–¿Es grave? –preguntó Charlie, mirándolo a los ojos.

–Las posibilidades de recuperación son casi seguras. Para alguien con una constitución fuerte no cabría la menor duda.

Charlie, recordándole al doctor Symonds la edad de su padre, preguntó si no tendría que enviar un telegrama a Cannes.

–Dadas las circunstancias... –dudó–. Recuerdo que lady Guthrie –el doctor Symonds la había atendido en una ocasión, mientras estaba en Londres– es propensa

a la histeria.

–Es propensa a enfermedades misteriosas de las que nunca se ha descubierto la causa.

–Con más razón creo justificado que no envíe el telegrama esta noche.

–Muy bien. –Charlie aceptó la responsabilidad–. Y ahora más vale que sigamos con la cena –añadió, tocando la campanilla para que trajeran el segundo plato.

En cuanto terminamos de cenar, el doctor Symonds volvió al piso de arriba. Tardó muy poco en bajar y entró en la biblioteca con buenas noticias. Cecil estaba durmiendo, relativamente tranquilo. Si nada se complicaba, se pondría bien.

Charlie quiso saber qué complicaciones cabía esperar.

–Es difícil decirlo. –Era evidente que el doctor Symonds prefería dejar la posibilidad en un estado indefinido–. Su corazón no es todo lo fuerte que podría ser, y además pasó una neumonía, pero de momento no creo que corra un peligro grave. Eso sí, el golpe del compromiso anulado es probable que le pase factura.

El mayordomo entró para anunciar que la señora Adair estaba en la puerta. ¿Podíamos recibirla o –y dirigió una elocuente mirada al doctor Symonds– le decía que estábamos ocupados?

Le indiqué que llevase a Nealie al gabinete y le dijera que estaría con ella en unos momentos.

El doctor Symonds, quizá con ganas de librarse de otro interrogatorio, dijo que tenía que irse. Ya había dado instrucciones a la enfermera. Teníamos que avisarle si ocurría algún cambio imprevisto en el estado del paciente a lo largo de la noche. Pidió encarecidamente que nadie entrase en el dormitorio, aparte de la enfermera.

Cuando el médico se marchó, le pregunté a Charlie si subía conmigo a ver a Nealie.

–Necesitamos animarnos o tranquilizarnos, y Nealie es la persona perfecta para cualquiera de las dos cosas.

–No quiero hablar de esto hasta que haya visto a Marsden. He quedado con él en Brooks.

–¿La nota que te entregaron mientras cenábamos era suya?

–La respuesta a la que yo le envié hace un rato. No quiero hacerle esperar, así que discúlpame con Nealie.

–Pero ¿qué le puedo decir? No podemos convertir en un misterio la presencia de Cecil en casa.

–Dile lo que mejor te parezca. De lo del cloroformo no puede enterarse nadie nunca; eso es evidente. No hace falta ni que te lo diga.

Cuando llegué al gabinete, resultó que Nealie ya sabía que habían traído a Cecil a Berkeley Square y que había una enfermera en casa. Al mayordomo «se le había

escapado» mientras encendía el fuego.

Nealie se levantó para saludarme en cuanto entré. Estaba espléndida, con un vestido de terciopelo marrón, ribeteado con montones de encaje de color crudo. La gargantilla de diamantes que últimamente le había dado por lucir y la tiara a la que cariñosamente llamaba «la tercera mejor» brillaron cuando se movió.

–Dime, Anne, ¿de verdad está tan enfermo como dice Purvis?

–Como no sé lo que ha dicho Purvis no te lo puedo decir. El doctor Symonds no cree que corra peligro inminente.

Naturalmente, Nealie quería que se lo contara todo: ¿cuándo se había sentido mal Cecil y cuál era el diagnóstico del médico?

Le di largas como pude y, viendo que no quería responder a sus preguntas, dejó el tema en paz.

–Estarás muy preocupada, de todos modos. Creo que mejor me voy.

Le dije que Charlie había salido a hacer un recado y que, si no le parecía demasiado tarde y no estaba cansada, le agradecía su compañía.

–Si me acuesto no podré dormir: estaré con un oído atento a la enfermera y el otro a Charlie.

Discretamente, Nealie se abstuvo de preguntar si el recado de Charlie tenía algo que ver con Cecil, pero creo que sospechó una posible relación entre ambas cosas.

Estuvimos una hora hablando de cosas sin importancia. Me acerqué un momento de puntillas a la puerta del dormitorio de Cecil, pero no se oía nada dentro. La segunda vez llamé muy suavemente; la enfermera se asomó y me dijo, entre susurros, que estaba plácidamente dormido. Me acompañó hasta el rellano y me rogó que no me preocupara, que tanto el pulso como la temperatura eran normales.

Sonrió para tranquilizarme.

–No se va a morir, querida. He visto a muchos, y al final se sabe por experiencia.

Le di las gracias y volví con Nealie. Le dije que las noticias eran buenas y coincidimos en que nos fiábamos más de las enfermeras que de los médicos.

Nealie volvió a decir que mejor se iba.

–Pareces agotada, y ahora que tienes buenas noticias de Cecil podrás dormir.

Se abrió la puerta, y Charlie, no sé cómo no oí la llave ni ruido en las escaleras, entró en el gabinete.

–Qué bien que sigas aquí, Nealie –le dio un beso con cariño–, y así de espléndida, como si no hubiera problemas en el mundo.

–Dicho así suena fatal, pero ya me iba. Tengo que pedir un coche, porque le dije al cochero que no me esperara. Esta semana he salido todas las noches, y Prior empezaba a estar de mal humor. Por lo visto creía que, si hacíamos una hora más de

camino, mañana encontraríamos a los caballos muertos.

Ya se había puesto en pie, pero Charlie, que estaba a su lado, no se movió. La cogió de las manos y la obligó a sentarse con delicadeza.

–Ya te hemos retenido bastante, así que puedes quedarte un poco más. ¿Te ha contado Anne lo que ha pasado?

–Solamente que Cecil está enfermo, pero parece que la enfermera cree que está mejor.

–Al menos eso es motivo de alegría, y, si es lo único que sabes, reconozco que sois las dos más discretas de lo que pensaba.

Vino a darme un beso y se quedó cerca del fuego mientras le contaba lo que había dicho la enfermera.

Pareció que se tranquilizaba y dijo que habíamos hecho muy bien en no enviar el telegrama.

–Dirigirlo a mi padre –le explicó a Nealie– habría sido igual de malo, porque, naturalmente, Edythe lo ha organizado todo para tener la seguridad de que en su casa no haya secretos para ella.

Nealie dijo que seguro que el tío David echaba mucho de menos sus valijas.

–No sé yo si Edythe no habrá pedido duplicados de las llaves al Ministerio de Asuntos Exteriores.

–Aunque Anne no te lo haya contado, a estas alturas ya deberías saberlo, porque la cosa es definitiva: ya no hay compromiso.

Nealie, igual que yo un rato antes, dijo que era imposible. Convencida de que había ocurrido lo imposible, hizo todas las preguntas que me rondaban en la cabeza y no tuve tiempo de hacer cuando supe la noticia.

Charlie, tomando asiento, señaló que por supuesto no hacía falta que nos pidiera, a ninguna de las dos, que no dijéramos una sola palabra de lo que iba a contarnos.

–Te he pedido que te quedaras, Nealie, para que nos ayudes a decidir qué vamos a decirle a Edythe y, aunque esto te sorprenda hasta que oigas lo que voy a contaros, qué vamos a decirle a Cecil.

–No soporto que Edythe haya ganado. Hay que contarle lo mínimo posible, y nada de la verdad. Sobre todo, nada que la lleve a tomar la decisión de venir a Inglaterra. –A Nealie se le encendieron los ojos. La Guerra Civil, ese espíritu de «arriba los yanquis» que tantas veces le daba pie a Charlie a meterse con ella, se había desatado.

Charlie contestó que la posibilidad de que lady Guthrie viniera a Inglaterra era quizá la menor de nuestras preocupaciones.

–Por lo visto está sufriendo mucho y lleva dos semanas sin salir de la cama.

–Se pondrá mejor en cuanto sepa que Cecil no va a casarse. Pero sigue y cuéntanos qué ha pasado.

–Iba a contártelo cuando me has interrumpido, aunque no va a ser fácil.

Charlie nos contó entonces, supongo que más o menos íntegramente, lo que había hablado con el coronel Marsden.

–En primer lugar, pero de momento no digáis nada, porque no es lo más importante, hay otro hombre en liza. Me alegro por Lydia, y también por Cecil, pues es probable que ella se case con ese hombre.

–¡Cómo puedes decir eso!

Sin reparar apenas en la interrupción, Charlie prosiguió:

–Si se casa con otro, Cecil la habrá perdido irremediablemente, no solo de hecho sino también a los ojos del mundo, y por fin se acabará este ahora sí ahora no.

–Pero ¡iban a casarse dentro de un mes! –Esta vez fui yo quien interrumpió.

–No habrían podido casarse, de hecho hay una razón muy grave que lo impide. Que me perdone Nealie por decirlo sin rodeos, pero el caso es que mi hermano no puede tener hijos. No puede ahora y es posible que nunca pueda.

–Charlie, ¿tú lo sabías?

Vaciló.

–Digamos que lo sospechaba y al mismo tiempo me negaba a reconocerlo. De haberlo sabido le habría pedido que anulara el compromiso, y si se hubiera negado quizá hubiera ido a hablar con el coronel Marsden. No sé lo que habría hecho, y por otro lado eso ya da igual.

–Es horrible. –Nealie tenía los ojos perdidos, se había quedado helada.

Recordé los rumores que envolvieron la muerte de su primer marido. Charlie me lo había contado hacía mucho tiempo. Nunca supimos, porque entonces se hablaba de estas cosas incluso menos que hoy, si había algo de cierto en ellos.

–¿Cómo ha podido permitir Cecil que el compromiso siguiera su curso? –Nealie seguía sin mover un solo músculo.

–Ha hecho muy mal –Charlie cambió de postura–, pero ciertas circunstancias relacionadas con la situación me inclinan a no condenarlo taxativamente. Creo que es más que posible que Cecil no supiera nada antes de que Marsden diera su permiso definitivo a la boda. Para entonces todo estaba en orden, porque todo el mundo, menos Edythe, claro, estaba feliz. La muchacha en la que Cecil había puesto todas sus esperanzas desde hacía casi cinco años, y después de tanto tiempo debió de parecerle casi un milagro, sería su mujer. Sabía que estaba curado de la viruela y que ella no correría ningún peligro. Sabía que sería marido, aunque no padre, y quizá con el tiempo incluso recuperara esa capacidad. La tentación de no decir nada era muy grande.

–Comprendo –dijo Nealie con un profundo suspiro–. ¿Cómo se ha enterado el coronel Marsden?

–Ya os he dicho que yo mismo se lo habría dicho, si hubiera estado seguro y si Cecil se hubiera negado.

–Pero no has sido tú, y por tanto solo ha podido ser otra persona.

–Fue mi padre quien escribió la carta.

–Todos sabemos qué significa eso –dijo Nealie–. Pero lo que no consigo entender es por qué la carta no se escribió antes.

–La razón que daba mi padre era que él no lo había sabido hasta muy recientemente. Decía, si no recuerdo mal las palabras exactas, que, ya que Cecil no lo hacía, se creía en el deber de exponerle la situación al coronel.

–Y ¿verdad que a Edythe ni la nombraba? –Nealie se quedó un momento pensativa–. Estoy segura de que ella le instigó a escribir la carta. Hasta puede que le dijera al tío David que Cecil no era capaz de decidirse a hablar con el coronel y quería que su padre lo hiciera en su nombre.

–Hasta puede que haya escrito ella la carta. –Nunca he oído más amargura en la voz de Charlie–. La letra parecía de mi padre, aunque mucho más firme que de un tiempo a esta parte y... –no llegó a terminar.

Nos quedamos un rato callados, y entonces le pregunté a Charlie qué era eso de que había otro hombre.

Contestó que el coronel Marsden había sido sincero con él. Era un joven al que Lydia conoció en su puesta de largo. Había estado a punto de prometerse con él cuando Cecil volvió a entrar en escena. El joven –Charlie nos dijo cómo se llamaba y recordé que había oído a Cecil contar algo de la historia– fue inmediatamente rechazado por Lydia. Poco después se incorporó al batallón de su regimiento, destinado entonces en la India. Había vuelto hacía seis meses, tan enamorado de Lydia como cuando se marchó, y Lydia se había enamorado de él.

–Marsden dice, y por lo que conozco a Lydia coincido con él, que si las cosas hubieran seguido su curso, su hija nunca habría traicionado a Cecil. Se habría casado con él, aunque ya no estuviera enamorada, y habrían tenido los dos una excelente ocasión de no ser felices.

–Creo que lo entiendo –dijo Nealie–. Yo, en el lugar de Lydia, siempre habría tenido la sensación de que, por hache o por be, Edythe siempre se las habría ingeniado para aplazar la boda.

Pregunté cuándo había recibido el coronel la carta de sir David. Charlie dijo que la noche anterior.

–Os podéis imaginar el disgusto que se llevaron él y la señora Marsden, y lo difícil que fue para ella contárselo a Lydia.

Nealie dijo que no creía que las chicas fueran en general tan ignorantes como la gente se empeñaba en creer:

–Yo desde luego no lo era.

Charlie señaló que no tenía nada de raro, porque Nealie y sus hermanas se habían criado en una granja de Estados Unidos, en medio de la nada, pero que para las señoritas inglesas de buena familia el caso era muy distinto.

–El norte del estado de Nueva York nunca fue «la nada», ni en mis tiempos ni en los de tu madre. La tía Lizzie tuvo una educación excelente, lo mismo que nosotros.

–Te lo he oído decir muchas veces, y también que los indios eran muy ladinos y se presentaban en la casa con la mayor cortesía para pedirle a nuestro abuelo que se largara de sus tierras.

Nealie replicó que para nada había sido así, y Charlie, cuando no intentaba hacerse el gracioso, lo sabía perfectamente.

–El caso –Charlie hizo como si no la oyera y siguió contándonos– es que la señora Marsden pasó un mal trago con Lydia. La chica, no es de extrañar, estaba totalmente desbordada. Supongo que hubo lágrimas y puede que histeria. En mitad de esta escena tan dolorosa salió a la luz (Lydia no había dicho nada hasta entonces) que estaba enamorada de ese otro hombre. Le dijo a su madre que, convencida de que tenía la obligación de hacer honor a su compromiso con Cecil, había borrado al otro hombre de sus pensamientos. Creo que pensaba que él hacía muy mal en hablar con ella sabiendo que iba a casarse con mi hermano.

–Muy noble –asintió Nealie–. Ya se sabe que los jóvenes siempre tienen elevados ideales. Supongo que es natural. Como han vivido menos tiempo que nosotros han tenido que enfrentarse a menos cosas.

Le dije a Charlie que me extrañaba que el coronel Marsden le hubiera contado tanto:

–Al fin y al cabo, con la carta de sir David tenía un motivo más que suficiente para dar por anulado el compromiso.

–Dijo que prefería que supiéramos la verdad, y que también ese era el deseo de su hija. Tenía la seguridad de que no saldría de nosotros, y entonces le pedí permiso, y me lo dio, para contárselo a Nealie. Tenemos que decidir hasta dónde le contamos a Cecil.

–¿Qué vas a hacer? –preguntamos Nealie y yo a la vez.

–No lo sé, y por supuesto está fuera de lugar decirle nada mientras siga tan enfermo.

–Pase lo que pase –dijo Nealie–, ¿no le dirás a Edythe que había otro hombre?

–Yo no, pero Cecil, si se entera, puede que se lo diga.

–¡Si ella no hubiera puesto tantos obstáculos desde el principio! –exclamé.

Pensaba en el día, hacía cuatro años, que pasamos en The Manor–. Cecil estaba feliz y Lydia también, y su madre y vosotros, y yo. –Me volví hacia Charlie–. Iban a casarse en junio y no pudo ser, por culpa de la viruela.

–Lydia habría podido irse con él a Francia, y el viaje de convalecencia habría sido su luna de miel.

Miré a Nealie y vi que estaba llorando.

Capítulo VIII

La enfermedad que arrastró Cecil a raíz de su dolorosa pérdida fue larga, como decía lady Guthrie en *Cartas y diarios*. Por supuesto ella nunca supo, o no creo que lo supiera, que su hijo no sufría solamente por las secuelas del golpe emocional sino también por los efectos adversos de una sobredosis de cloroformo.

Charlie, cuando al día siguiente nos aseguramos de que no había peligro inminente, escribió a lady Guthrie. ¿De qué servía, dijo, preocupar a su padre, cuando no sabía nada de la carta que supuestamente había escrito? Charlie le contó a lady Guthrie que la carta había acarreado la ruptura del compromiso. Añadía que, como a ella no le sorprendería saber, había sido un golpe tremendo para Cecil, que estaba con nosotros. El médico había recomendado reposo absoluto, y Thompson estaba cuidando de él maravillosamente. No dijo –como siempre para no preocupar a nadie innecesariamente– que de noche lo atendía una enfermera de guardia.

El viernes, al parecer se encontraba algo mejor, Charlie decidió que tenía que hablar con él. El momento elegido fueron las once de la mañana. Me pidió antes de entrar en el dormitorio que no saliera, porque después de hablar con Cecil quizá quisiera consultarme algo.

–Supongo que estarás en el gabinete.

–Escribiendo cartas aburridas a gente aburrida. Siempre son las más tediosas las que esperan respuesta. Las interesantes parece que se escriben solas, sin que me dé cuenta.

Llevaba menos de media hora escribiendo cuando volvió Charlie.

–No has tardado mucho.

Se sentó con aire cansado y muy triste.

–No sé si le he hecho bien o mal. Cuando has ido a verlo, ¿te ha dicho algo?

–Nada importante, y cuando me ofrezco a leerle algo lo agradece, porque así evita la conversación.

Charlie estaba con los codos en las rodillas y la barbilla apoyada en las manos.

–En cuanto he abierto la boca se ha desmoronado y ha empezado a culparse de todo. No había forma de pararlo.

–Y, sin embargo, lo que hizo es natural. Supongo que hay muchos jóvenes que viven solos en París que habrían hecho lo mismo en su situación.

Charlie dudó antes de responder.

–Ya sabes que mi hermano se ha criado en el extranjero y en muchos aspectos piensa como un francés. Para él un hombre soltero (no le he preguntado cuál habría sido su principio como hombre casado) tiene todo el derecho a divertirse como ha hecho él. Sin embargo, cree que su caso es excepcional.

–¿Por qué se considera distinto de los demás? –Me levanté del escritorio y me puse a dar vueltas.

Charlie dijo que, ahora que empezaba a aclarar las ideas, Cecil creía que su error era haber tentado al destino deliberadamente.

–Dice que toda su vida ha estado marcada por la mala suerte y que, cuando Dios por fin le hizo ese regalo maravilloso, le exigió un sacrificio a cambio. Cree que a él se le exige pagar por lo que a otros se les concede gratuitamente.

–Pero eso son puras supersticiones.

–No sé –suspiró Charlie–. Supongo que sí. Aunque sigo sin estar seguro de haber entendido bien lo que intentaba decirme. Todo estaba mezclado con sus sentimientos por su madre. No sé si tiene la sensación de no haber pagado aún el precio por el honor de ser su hijo.

–Seguramente ella se ha dado cuenta de que le ha destrozado la vida al impedirle que se casara cuando era más joven, cuando Lydia y él estaban tan enamorados.

Charlie se encogió de hombros.

–Ya sabes que Cecil se niega a oír una palabra en contra de ella y tampoco va a criticarla personalmente en ningún sentido.

–¿Le has hablado de Lydia directamente? Supongo que si va a anunciar su compromiso con otro hombre sería mejor que esté advertido.

–No creo que Lydia vaya hacer eso por ahora, y al ver lo mal que se ponía en cuanto la he nombrado he preferido dejarlo en paz. Volveré a intentarlo a última hora de la tarde. Ya veremos si puedo escaparme del Parlamento, justo después del té. –Se levantó–. Supongo que estarás aquí a esa hora, o ¿hay comité benéfico hoy?

–No, es un buen día: no hay comité benéfico ni recepciones, y no tengo que hacer ninguna visita que no pueda esperar hasta mañana. Hace un tiempo horroroso y pasaré la tarde sola con tres libros de Mudie.[1] Llevan más de una semana en casa y aún no he tenido tiempo de abrirlos.

Charlie dijo que el plan parecía delicioso y que me envidiaba.

Cuando se fue, volví a mis aburridas cartas. Me habían educado en la ilógica creencia de que leer novelas no es una ocupación apta para la mañana, y nunca había sido capaz de desprenderme de ella.

Justo después de comer subí al dormitorio de Cecil. Llamé, y Thompson abrió la puerta diciendo que justo estaba acomodando al señor para su siesta. Tuve la impresión de que el mayordomo parecía cansado y le propuse que fuera a descansar

un rato, que yo me quedaría con Cecil mientras dormía.

–Puedo leer lo mismo aquí que abajo, y si pone usted el biombo entre la cama y la ventana no le molestaré.

Thompson dijo que ya lo había hecho, porque el señor no soportaba tener las cortinas cerradas de día.

Cecil, desde la cama, dijo que no hacía falta que nadie se quedara con él. De todos modos, agradecía mi ofrecimiento, porque sin él no habría podido convencer a Thompson para que lo dejase solo.

–Si no sale pronto de esta habitación va a acabar mucho más enfermo que su paciente.

Fui a buscar mi libro y, cuando volví sigilosamente, cinco minutos después, Cecil casi se había quedado dormido. Me instalé en la butaca, al lado de la ventana, y pasé la siguiente hora muy feliz en compañía de la señorita Rhoda Broughton.[2]

Entonces oí gemidos al otro lado del biombo. Me acerqué y vi que Cecil se había deslizado hacia los pies de la cama y no tenía la cabeza apoyada en la almohada. Estaba inquieto, dando vueltas bruscamente de un lado a otro, y los gemidos acabaron siendo gritos de angustia. Al verlo tan colorado pensé que la fiebre, que esa mañana era leve, le había subido varios grados. Estaba tumbado boca arriba, muy quieto, mirándome, aunque era evidente que sin plena conciencia de la realidad. Puso entonces cara de reconocerme y, subiendo mucho la voz, me pidió que no me asustara tanto.

–Parece que hubieras visto tres fantasmas y un accidente a la vez y no supieras qué hacer.

Por alguna razón, su tono –que era el de una persona sana y no el de un enfermo– y la sonrisa que lo acompañaba me preocuparon más que los gemidos anteriores. En un intento de ocultar mi intranquilidad, me incliné con la idea de acostarlo bien. No parecía capaz de hacer gran cosa para ayudarme, y tardé un rato en poner en su sitio las almohadas y a él.

–Hemos hecho mal en dejar que Thompson se fuera –Cecil seguía sonriendo–, porque él me levanta como a un niño. De todos modos, no tenía ni idea de que fueras tan fuerte.

–Soy una buena enfermera y tengo mucha experiencia.

–La verdad, creía que Charlie nunca estaba enfermo. En eso toda la suerte fue para él, porque nació cuando mi padre tenía solo cuarenta y seis años, que no son tantos. Cuando llegué yo, mi padre ya empezaba a estar viejo.

–¡Cecil! –En realidad no sabía qué decirle.

–Otra vez pareces asustada, pero yo solo estaba hablando de cosas hereditarias. Puede ser un tema muy interesante. En nuestra familia, como te iba diciendo,

Charlie ha tenido más suerte que yo. Una madre estadounidense fuerte, aunque muriese en el parto, era mejor propuesta que una pobre irlandesa enfermiza. Una chica que, cuando se casó, aún estaba en edad de ir al colegio. Seguro que ella te lo habrá contado. Hay quien dice que el colegio estaba en un pantano, aunque por supuesto no es cierto.

Lo miré con impotencia, sin saber qué hacer. ¿Avisar al doctor Symonds? Y, si viniera, ¿decirle que su paciente se había puesto a hablar de males hereditarios? Observé a Cecil atentamente. Las señales de fiebre que le había notado poco antes habían desaparecido. Con idea de tomarle el pulso, intenté cogerle la muñeca, pero apartó la mano bruscamente.

–No creo que seas tan buena enfermera como dices. Mi temperatura es normal, aunque si insistes en provocarme terminará subiendo. Pero estábamos hablando de mi madre. –Se le quebró la voz al pronunciar esta última palabra.

–¿Puedo darte un poco de agua de centeno? –Hice ademán de acercarme a la mesa donde estaba el agua. La cama, que habíamos movido para facilitar la tarea a la enfermera, estaba ahora en el lado contrario al de la cuerda de la campanilla.

Apenas había dado un paso cuando oí un grito de rabia.

–Anne, te he dicho que no me provoques. No llames a nadie. –Debió de adivinar que mi meta era la campanilla–. Siéntate, por favor, y déjame hablar contigo tranquilamente. –Señaló una silla que había cerca de la cama, gritando a pleno pulmón.

Dudé, pero me pareció preferible hacer lo que me pedía.

–Llevo dos días en cama y ni tú ni Charlie os habéis acercado a mí. Ahora que por fin tengo la oportunidad de hablar contigo te pones a dar vueltas por la habitación como pollo sin cabeza.

–Es una desconsideración decir que no hemos venido a verte.

–¿Lo es? Sí, supongo. –Se pasó la mano por la frente–. Es que entre la enfermera y Thompson no hemos podido hablar sin interrupciones.

Asentí, alegrándome al ver que parecía más calmado.

–No es culpa de Charlie haberse llevado toda la suerte. Estoy seguro de que, si por él fuera, la compartiría conmigo. Aunque no sé yo: su madre era muy rica. Si hubiera habido que dividir su fortuna entre dos, no creo que a Charlie le hubiera hecho gracia.

Le pedí que habláramos de otra cosa, si quería que hablásemos.

–Sí, por supuesto. No era eso lo que quería decirte. –De pronto, a pesar de que minutos antes apenas era capaz de moverse, se sentó en la cama–. ¿Tú crees que Lydia me ha querido todos estos años?

–Claro que sí, querido.

–Entonces eres tan idiota como Charlie. –Se desmoronó–. Me quiso tres años, puede que cuatro, y luego empezó a cansarse. Empezó a darse cuenta de que yo era débil, y quería a alguien más fuerte. O sea –hizo un gesto con la mano en el aire–, que cuando se anunció el compromiso y se publicaron las amonestaciones, ya se había hartado.

Sus palabras eran tan diametralmente opuestas a lo que le había dicho a Charlie esa misma mañana que no supe qué decir.

–Aunque ella dejó de quererme yo seguía queriendo que fuera mi mujer. Quería que nos casáramos más que nada en el mundo, y habría dado cualquier cosa por hacerlo realidad.

Se quedó callado, y pensé que se estaba acordando de las cosas que no le había dicho al coronel Marsden.

–Ha sido muy divertido hablar con Charlie. –El tono de burla, que Cecil había recuperado, me rechinaba–. Ha intentado decirme las cosas con tanta delicadeza que al final no ha dicho nada. Le ha entrado el pánico y se ha ido corriendo, a hablar contigo, supongo, porque he oído que entraba en tu salita.

–¡Cecil!

–Tu lealtad es admirable, pero no por eso Charlie deja de ser un pelma. Aunque eso es bueno para los taquígrafos del Parlamento. Debe de facilitarles mucho el trabajo saber lo que va a decir antes de que abra la boca.

Me levanté de un salto y le dije que no estaba dispuesta a seguir escuchando.

–Yo creo que sí, porque lo que voy a decirte ahora tiene que ver con mi madre. Y tú siempre te has interesado mucho por ella, ¿verdad?

Nos miramos a los ojos hasta que yo aparté la vista.

–Eso está mejor. –La voz de Cecil, que poco antes parecía teñida de tonalidades siniestras, había recuperado la normalidad–. Y te pido disculpas por lo que acabo de decir de Charlie. Siempre ha sido muy bueno conmigo, y lo cierto es que no tiene ni un pelo de tonto. Solo lo he dicho porque estoy celoso.

Me senté, muy confundida.

Cecil, que me miraba de vez en cuando para comprobar el efecto de sus palabras, siguió hablando. Dijo que había sospechado desde el principio que fue su madre, no su padre, quien escribió al coronel Marsden. Le había dicho a Charlie lo contrario para poner a prueba la conjetura.

–Cuando vi que Charlie se iba sin contestar supe que estaba en lo cierto.

–Pero, Cecil, Charlie no lo sabía. Solamente lo sospechaba, igual que tú.

–¿Sospecha o certeza? Da igual, cuando todos sabemos que fue mi madre, aunque no podamos demostrarlo.

–Supongo que...

Pero Cecil no me hizo caso y siguió a lo suyo.

–Lo que ninguno de vosotros sabe es si lo que decía mi madre es verdad.

Repliqué, horrorizada, que nadie en el mundo haría una cosa tan diabólica.

Cecil, casi en tono de aburrimiento, me preguntó si creía que había en el mundo alguien tan diabólico para atreverse siquiera a insinuar que una persona había hecho eso si no era cierto.

–¿Cuál de las dos cosas es verdad?

–No creo que lleguéis a descubrirlo nunca. –Se tendió de nuevo en las almohadas con las manos entrelazadas en el pecho.

–Si no es verdad, ¿por qué has dejado que el coronel Marsden lo creyera?

Me preguntó si había olvidado que Lydia había dejado de quererlo mucho antes de que se escribiera esa carta.

–En cierto modo se habrá alegrado, porque le ofrece un motivo irrefutable para la ruptura. Pero si te paras a pensarlo un momento, verás que, aunque la carta fuese mentira, Lydia tenía una razón casi igual de buena para hacer lo que ha hecho. Solo el diablo, como acabas de decir, o alguien que esté loco podría haber escrito esa carta. La locura en la familia es otra razón muy respetable para negarse a contraer matrimonio. Me parece improbable que a Lydia le haga especial ilusión tener hijos trastornados.

Hablaba cada vez más deprisa, levantando la voz en cada palabra, hasta que se echó a reír de un modo espantoso.

–Pero, Cecil, ¿qué pasa?

–La gracia está en que nunca lo sabréis. –Siguió riéndose histéricamente.

Aterrorizada, corrí a tocar la campanilla. Tiré de la cuerda cuatro o cinco veces, imaginando, aunque era imposible, que la oía repicar en la casa.

De repente entraron varias personas. Ordené a una que avisara al médico. Di media vuelta y vi a Thompson arrodillado al lado de la cama: sostenía a Cecil en los brazos y le acariciaba el hombro, intentando calmarlo como una niñera a un niño con un ataque de llanto.

Volvió la cabeza para decir que el médico había señalado tal posibilidad.

–Hay unas pastillas en la caja azul que está en la mesa, para que se las diéramos si le pasaba algo así.

Encontré las pastillas y las acerqué a la cama con un vaso de agua.

Cecil, que seguía riéndose, se negó a tomárselas, y Thompson, firme pero con mucha ternura, acabó convenciéndolo.

Volví a dejar el vaso en la mesa y esperé. La risa dio paso primero a los sollozos y luego a unos ruidos que no eran ni una cosa ni la otra, hasta que por fin dejaron de oírse. Thompson acomodó a Cecil en las almohadas: estaba plenamente consciente

pero completamente inmóvil.

La semana que siguió a tan angustioso día Cecil estuvo muy enfermo. Tenía oscilaciones de temperatura, entre extremadamente alta y muy baja. Supongo que lo que presencié cuando se despertó con una fiebre evidentemente alta que remitió en cuestión de minutos fue la primera señal del proceso.

A finales de semana se operó un claro cambio a mejor. Los médicos –el doctor Symonds había decidido recabar una segunda opinión– estaban contentos. Si no se producía una recaída, la enfermedad, al menos en sus síntomas físicos, podía darse por superada.

Mientras Cecil tuvo fiebre no hubo manera de tener una conversación con él, aparte de preguntarle si quería algo. Incluso cuando mejoró un poco, el doctor Symonds dijo que no lo incitáramos a hablar de nada que pudiera alterarlo.

Hicimos lo posible por seguir las instrucciones. Al menos en mi caso, esto se tradujo en una serie de visitas breves a la habitación del enfermo, en las que intentaba hacer observaciones alegres sobre los temas más aburridos que quepa imaginar. Cuando ya no se me ocurría nada, le decía que seguramente lo estaba cansando y me retiraba.

Cecil, como es natural, nunca decía nada para impedírmelo. En realidad, nunca daba muestras de que la conversación le cansara más que el silencio. Se pasaba el día acostado o, a medida que iban pasando los días, sentado delante de la chimenea, en bata, y siempre cansado. Aunque nunca me olvidaba de facilitarle libros –tanto los que creía que podían gustarle como otros de los que le había oído hablar–, me fijé en que apenas leía.

Este estado de depresión profunda duró al menos tres semanas. Ya empezaba yo a perder la esperanza cuando, una mañana, al entrar en su dormitorio, vi que la apatía que ya me esperaba, por costumbre, era mucho menos visible. Estaba sentado en una butaca, recuperándose del esfuerzo agotador que había sido para él lo que Thompson llamó prepararse para el día.

Le di los buenos días y con la voz falsamente animada de siempre le pregunté cómo se encontraba.

Dijo que mejor y añadió que me agradecería que dejara de dirigirme a él como a un grupo de ancianos indigentes en un hospital.

–Lo siento, cariño.

Me senté al otro lado de la chimenea.

–Todo el mundo hace lo mismo –dijo–. Creo que es porque cuando uno está enfermo puede parecer mucho más idiota de lo habitual. La única esperanza de darse a entender con los idiotas o los extranjeros es gritar; por eso grita la gente.

Repetí que lo sentía y él me contestó que no pretendía reprochármelo pero que

había estado reflexionando sobre las relaciones humanas y las visitas a los enfermos.

–Me pone nervioso –explicó–, a menos, claro está, que la visita haga algo por el paciente, como ahuecarle las almohadas y cosas así. Aunque entonces deja de ser una visita y se convierte en una enfermera. Tú, querida Anne, eres maravillosa en los dos casos, y muy buena. Sé la lata que os he dado a Charlie y a ti estas últimas semanas.

Intenté que se callara, pero me interrumpió para insistir en darme las gracias y añadir que, si me negaba a escucharlo, volvería a subirle la fiebre y nunca me libraría de él.

–¿Te imaginas la escena? Tres viejos: uno de ellos yo, inválido y postrado en esta habitación dentro de cincuenta años; y vosotros dos, Charlie y tú, cojos, viniendo a verme a todas horas. –De pronto cambió de actitud–. Anne, hay algo que quiero preguntarte, algo que pasó justo después de que cayera enfermo. –Se calló, frunciendo el ceño–. Me cuesta mucho acordarme de las cosas.

Según la recomendación del médico, me pareció imprudente fomentar ninguna reflexión que desembocara en un recuerdo de la crisis de tres semanas antes. Intenté cambiar de conversación, pero él no estaba por la labor.

–Cuando se tiene fiebre alta es imposible distinguir las conversaciones reales de las que aparecen en sueños.

Creía que todo el mundo había tenido esa experiencia en algún momento, contesté. Cogí una novela que estaba a mano en la mesa –una de las que había elegido para él– y le pregunté si ya la había empezado.

–Ya estamos otra vez en el asilo. Los pobres viejecitos, tan agradecidos a la señora caritativa que los hace felices, con su sonrisa radiante y su alegre disposición.

–Ellos al menos lo agradecen –señalé, con una mueca–, y si sigues hablando de ellos voy a cogerles cariño.

–Recuerdo parte de esa conversación. Fue real. Empecé diciéndote que no eras una buena enfermera y luego insulté a Charlie, ¿no? Tú te enfadaste mucho y dijiste que no estabas dispuesta a escucharme.

–Todo esto lo has soñado. –Le insté a que me creyera.

–¿Estás segura? –Me examinó atentamente, supongo que con la intención de averiguar la verdad–. No creo que Lydia sea tan distinta de muchas otras chicas.

No era esta respuesta, por suerte, la que yo esperaba. Creyendo que podía hacerle bien hablar de ella, asentí y esperé a que añadiese algo.

–Era distinta en la medida en que me quería y en que ha sido ella, y no cualquier otra posible, que además no existe, la que me ha hecho perder cinco años de mi vida.

–No creo que los hayas perdido.

–No los he dedicado a lo que tendría que haberlos dedicado. Dejé que pasaran los meses a la deriva, sin hacer nada en serio. Nunca creí que valiera la pena

emprender nada siendo soltero. A lo largo de estos cinco años, siempre faltaban apenas unos meses para la boda. Me prometía a mí mismo que cuando nos casáramos las cosas serían diferentes. Y, mientras tanto, decidí disfrutar y complacer a mi madre, pasando el mayor tiempo posible con ella.

–Lo entiendo.

–Como mi padre es tan mayor, es ella quien tiene que cargar con todo el peso. Me parecía muy cruel privarla de mi apoyo antes de que otros vínculos lo hicieran necesario.

Con la mayor amabilidad posible, señalé que, en mi opinión, siempre llevaba demasiado lejos la consideración que le debía a su madre.

–Imposible, teniendo en cuenta lo generosa que ha sido siempre en todo. No dejaba de hablar de nuestra felicidad, la mía y la de Lydia, sin pensar nunca en la suya. Esta mañana he recibido otra de sus maravillosas cartas. Está destrozada y aun así, enferma como está, insinúa que debería venir.

No dejaba de observarme mientras hablaba, pero yo no dije nada.

–Quizá sea imposible para quien no haya vivido tan cerca de ella como yo apreciar su valor, el alcance de sus múltiples sacrificios.

Sabía que Cecil esperaba de mí un comentario elogioso de lady Guthrie, pero no me venían las palabras.

–He dicho que quería preguntarte una cosa. Cuando dije esas tonterías de Charlie, ¿hablé de mi madre?

–¿Cuando estabas delirando? Sí, es posible: dijiste muchas incoherencias.

Se quedó un momento callado. Levantó la vista de repente. Aunque miraba hacia mí, no apartaba los ojos de algo que estaba por encima de mi cabeza.

–Si dije algo (no voy a repetir lo que creo que pudo ser), quiero negar que fuese cierto. Según tú dije incoherencias, y no tengo forma de saber si dices la verdad.

–Decías incoherencias.

Nos miramos, y la palabra «verdad» quedó suspendida en el aire. Nos unió tanto que, por un momento, nos convertimos en una única persona, aunque cada cual seguía a solas preguntándose algo para lo que nunca encontraría respuesta.

Capítulo IX

Dos días después de aquella inconclusa y fascinante conversación, Cecil se marchó a Francia. Fui a la estación a despedirlo. Seguía estando muy frágil y, mientras esperaba en el andén a que el tren arrancase, confié en que el largo viaje a Cannes no le resultara demasiado agotador.

Me sonrió desde la puerta del vagón.

–Sabes que nunca podré agradecerte lo que has hecho por mí.

–Ya quedamos en que no ibas a intentarlo.

Se volvió hacia Thompson, que estaba detrás de él, y me lanzó a los brazos un enorme ramo de rosas envueltas en papel de seda.

–¡Ay, Cecil, yo creía que las flores se regalaban a los viajeros!

Se agachó para darme un beso, pero el ramo era tan grande que nos impidió abrazarnos. El tren –Cecil, como de costumbre, lo había cronometrado a la perfección– empezó a moverse. Un empleado corrió por el andén para cerrar la puerta del vagón de un sonoro portazo. Tres años más tarde, ese ruido seguía recordándome a Cecil.

Poco después de su llegada a Cannes, recibí una carta de lady Guthrie. Decía que Cecil tenía la salud destrozada de tanto sufrir, y que ella y su marido lo estaban animando a hacer un largo viaje por el Mediterráneo en el Thalassa: «Será muy triste para sus padres perderlo tan pronto de nuevo, pero los dos coincidimos en que su herida se curará mucho antes si puede pasar una temporada solo. A vosotros, que lo conocéis tan bien, no os sorprenderá saber que lo único que ha dicho de la que ha sido su prometida los últimos cinco años es que espera que sea feliz».

No dejé la carta enseguida después de leerla, sino que estuve un rato mirando la letra familiar. ¿Cómo interpretarla a la luz de lo que Cecil me había dicho, aunque después se retractara?

En diciembre emprendió Cecil su viaje de recuperación. En sus *Cartas y diarios,* lady Guthrie, que como de costumbre exponía las actividades de su hijo en la parte que la afectaban a ella, no cuenta, como habría hecho casi todo el mundo, qué países visitó. Dice que «las cartas que Cecil envió a su madre venían de España, Argelia, Sicilia, Corfú y Albania».

El curioso relato continúa: «En Grecia participó en cacerías, montó a caballo, hizo fotografías y empezó colecciones... Mientras duró esta separación relativamente

larga, de cuatro meses, Cecil tuvo una preocupación constante: las cartas de su madre y a su madre; buscaba puertos y ciudades a fin de establecer comunicación; a cualquier hora del día o de la noche en que fuese posible despachar un correo, aprovechaba la siempre preciosa oportunidad de enviar unas palabras a su madre, a quien siempre tenía en sus pensamientos y con quien compartía cuanto encontraba de deseable o hermoso en los lugares que visitaba».

Qué difícil es formarse una imagen completa de las personas, incluso de aquellas a las que conocemos muy bien, a partir de los retazos que ellas mismas nos dejan ver. Pasando de las palabras de lady Guthrie a los pasajes de las cartas de Cecil, escogidos por ella, veo que parecen corroborar en buena parte lo que ella dice. Aun así no me convence. La verdad aparece y desaparece como una sombra cuando las nubes velan el sol.

«Queridísima madre... Tu hijo, Cecil... A bordo del Thalassa, Orán, 10 de diciembre. Madre querida, el libro sobre Argelia que voy a llevarte te permitirá hacerte una idea mucho mejor de estas bellezas que cualquier descripción mía. He hecho también un par de instantáneas con mi Kodak, pero me temo que el día estaba muy nublado... El tiempo está muy revuelto, y creo que es posible que nos retrasemos un par de días. Es una lástima, porque aquí hay pocas cosas de interés, por no decir ninguna. De todos modos, la espera no me pesa. Entre las cartas y revelar fotografías casi no doy abasto... Thalassa, Argel, 15 de diciembre. Querida madre, leer tus cartas sigue siendo muy triste, pobrecita mía, para cualquiera que sepa el valor con que resistes el dolor y la preocupación... Thalassa, Siracusa. Queridísima madre... Me encantaría enseñarte Túnez, aunque La Goletta es un sitio horroroso... Te he comprado un aceite esencial de rosas y una exquisita esencia de violetas; también ámbar para nuestro café turco. Si quieres que te envíe las telas y un precioso cojín bordado, escríbeme, por favor, a Corfú. Tu hijo, Cecil.»

En todas las cartas, tal como están editadas, encuentro solo una frase breve en la que Cecil habla abiertamente de su amor perdido: «Ya me siento algo más animado: el aire puro y los paisajes nuevos me ayudan a olvidar y al menos hoy a perdonar».

Es difícil saber si esta era la única referencia o si había otras que se borraron, porque revelaban demasiado del remitente o eran demasiado dolorosas para la destinataria.

Sobre las mujeres en abstracto, Cecil tenía mucho que decir: «Estoy cada vez más convencido de que la deliciosa tarea de las mujeres es mitigar el dolor y el ajetreo de la vida, compartir sus alegrías y dividir sus penas». Y acto seguido, en francés, lamenta que, si bien ya se ha dicho todo sobre la mujer, nadie ha sido capaz por el momento de definir el inexpresable placer del hombre por la que ama ni el odio y la amargura con que ansía destruir a la que antes amaba: «Pero el odio estará siempre

entreverado de arrepentimiento; arrepentimiento por el tiempo pasado, cuando aún la querías, cuando sus besos siempre estaban en tus pensamientos, envolviendo todo tu ser en un total olvido de ti mismo, si tal cosa es posible para el varón egoísta».

En otras cartas habla de las ganas de ser escritor: «Thalassa, Corfú, 6 de enero de 1892. Mi querida madre, ¡cuánta ilusión me hace tu casita en la Provenza! ¿Iremos de excursión o nos quedaremos a dormir? Y ¿permitirás que me acompañe Thompson, cargado con toneladas de papel y tinta? Parece el sitio perfecto para escribir; y también hablaremos y me contarás historias que yo convertiré en *nouvelles,* y te gustará saber que, como en todo, también has enriquecido y guiado mi obra literaria... Mis diminutos garabatos me recuerdan que tal vez te esté obligando a forzar tus pobres ojos. Deseo de todo corazón que se encuentren bien, porque leer es lo único que te distrae. A lo mejor puedo leerte, si estás con fuerzas. Tú estarías tendida en el sofá y yo (setenta y cinco kilos y uno ochenta de estatura) cómodamente tumbado a tu lado, cerca de la lámpara gris y verde, donde haya mejor luz, como en los viejos tiempos, cuando ya soñaba con los bonitos libros que escribiría. A la época de Browning siguió la de Rossetti, y la de Balzac y la de Bourget... Hasta hoy».

La estampa que evoca el párrafo anterior es muy agradable. La frase que viene a continuación lo libra de caer en la pedantería: «Anoche disfrutamos de una excelente caza de patos: abatimos quince, aunque perdimos unos cuantos en la oscuridad... Tu hijo, Cecil».

¡Una correspondencia grata y tranquila! Leyéndola, una se desespera por entender la relación que existía entre esta madre y su hijo. Los jóvenes normales y corrientes ¿expresan sus pensamientos sobre el amor y las mujeres en las cartas que escriben a su madre? ¿Se toman la molestia, cuando la compañera propuesta va a ser su madre, de dibujar con tinta encantadoras escenas de un imaginado *déjeuner sur l'herbe*?[1] Mis hijos, desde luego, nunca han hecho nada por el estilo, pero ¿eso qué demuestra? Claro que lady Guthrie diría que he fracasado como madre.

«Una mujer sin un hijo es digna de lástima, pero una madre que no cuenta con la plena confianza de su hijo es casi igual de penosa. Me resulta imposible imaginar lo duro que sería.»

Me la imagino sentada en un sofá, muy erguida, mientras pronuncia esta máxima. Tiene los ojos tristes, pero también un halo de orgullo, pues ¿no es dueña de un hijo que siempre la tratará como a una confidente y un ser humano?

La puerta del vagón se cerró de un portazo en octubre de 1891, y el tren que vi salir de la estación se llevó a Cecil de mi vida hasta casi tres años después, y no volví a verlo hasta el verano de 1894. Esos años los pasó en Cannes, viajando –unas veces con sus padres y otras veces solo–, y en París, donde empezaba a tener muchas

amistades en los círculos literarios.

Sus ambiciones de ser escritor recibieron un impulso notable cuando *Le Gaulois*[2] decidió publicar dos de sus *nouvelles*. Estos fueron los primeros textos de Cecil que vieron la luz. Como es natural, estábamos todos muy contentos y empezamos a confiar en que Cecil, por fin, iba a centrarse en una profesión.

En esa misma época ocurrieron en mi vida dos acontecimientos que trastocaron considerablemente la rutina doméstica. Me refiero al nacimiento de mi hijo menor, en diciembre de 1893, y a la «presentación en sociedad» de Sybil el año siguiente. No considero que la elección del momento –siempre inferior a la de Cecil, en cualquier caso– fuera «oportuna», y el hecho de que coincidiera con las elecciones generales, en las que Charlie volvía a presentarse por Hastings, no facilitó nada las cosas, como cabe imaginar.

Fue una inmensa alegría para mí que, a finales de julio, con un hijo recién nacido, una hija adulta y un marido nuevamente instalado en su escaño parlamentario, consiguiéramos ir a Kildonan. Teníamos por delante casi dos semanas de paz y tranquilidad antes de la cacería y sus diversiones aparejadas. A nuestra primera fiesta, prevista para el día 12, vendría Cecil, y yo tenía muchas ganas de verlo después de tanto tiempo.

Unos diez días antes de la fecha en la que esperábamos la llegada de todo el mundo recibí una carta de lady Guthrie con el correo de la tarde.

Inesperadamente, estaba en Inglaterra. Su madre había caído enferma de repente y, a pesar de su delicadísima salud, se había sentido en el deber de venir a verla: «Afortunadamente, mi querida madre se encontraba mucho mejor cuando llegué y, ya que estoy en Inglaterra, me gustaría aprovechar la oportunidad (quién sabe si no será la última para mí) de ver una vez más la querida casa de Kildonan. Si os va bien a ti y a Charlie, Cecil y yo podríamos llegar la noche del día 6, y él me llevaría a Londres una semana después. Estoy segura de que, si me acompaña hasta Dover, seré capaz de arreglármelas sola, aunque cruzar Europa con este calor y, sobre todo, sin buena compañía será muy duro».

–¡Ay! –Le pasé la carta a Charlie–. No se me ocurre cómo librarnos, así que tendremos que poner al mal tiempo buena cara. En realidad, una semana no es tanto.

–¡Qué típico de ella! –Charlie puso cara de resignación–. Y ¿por qué todo lo que quiere hacer interfiere siempre con algo que afecta a Cecil? Va a permitirle que pase unos días aquí cazando antes de llevárselo otra vez al sur para que la acompañe a coger un barco.

Lady Guthrie y Cecil llegaron, cumpliendo la amenaza, el 6 de agosto. Como ya he dicho, yo llevaba casi tres años sin ver a Cecil y siete a lady Guthrie. En ese

intervalo, mis impresiones sobre ella, principal y lógicamente por las circunstancias que rodearon la ruptura del compromiso, habían experimentado un cambio considerable. Mientras esperaba el coche caí en la cuenta de que, si antes la tenía por una mujer egoísta y en general boba, ahora la veía como una auténtica ogresa. En mi imaginación, a falta de contacto con la imagen real, los rasgos dulces eran ahora los de una bruja; los kilos de más se habían convertido en repulsivas capas de carne. Mi primera impresión de lady Guthrie, como no es de extrañar, me demostró que estaba muy equivocada. La mujer que entró en el salón difería muy poco de la que salió de allí por última vez en 1887.

–Hija, ha sido un viaje abominable. –Lady Guthrie se paró justo inmediatamente después de cruzar el umbral y me tendió los brazos–. ¡Qué maravilla volver a verte! En los últimos años he pensado muchas veces que no viviría este momento.

Me estrujó un buen rato contra su ramillete de violetas mientras yo murmuraba unas palabras de bienvenida. Liberada, me volví hacia Cecil, que esperaba justo detrás de ella.

–¿Verdad que mi madre está espléndida, tan joven y guapa como siempre?

Asentí, repitiendo los adjetivos que él había dicho. No vi ninguna necesidad de esforzarme en pensar otros nuevos.

Lady Guthrie nos pidió a los dos que no fuéramos tan tontos.

–Me estoy haciendo vieja y lo sé. –Con un leve estremecimiento, se sentó al lado de la parrilla vacía–. ¡Qué agradable estar aquí! –Echó un vistazo al salón–. Y no ha cambiado nada en estos años. Da un poco la sensación de volver a casa. Supongo que el hecho de que mi querido David viviera aquí tanto tiempo de pequeño es un motivo más para esa sensación. Es una lástima que no haya podido venir con nosotros: los médicos se lo han prohibido tajantemente.

–¿Cómo está sir David?

–Bien, dentro de lo que cabe para sus años. Fue una alegría inmensa para él ver a Charlie unos días el mes pasado, aunque, naturalmente, le habría gustado una visita algo más larga. También le habría gustado veros a ti y a su nieta.

–¡Querida lady Guthrie! ¡En plena temporada, después de su presentación en sociedad!

–Puede que su abuelo no viva muchas más temporadas –contestó, moviendo la cabeza con gesto de reproche–. Pero, bueno, ya que mi querido David no puede ver a su familia, tendré que describírsela. ¿Cómo está el pequeñín? Le he traído un regalo precioso. Te lo daré en cuanto deshaga el equipaje.

Le di las gracias y dije que Ian estaba muy bien.

–¿Y el pobrecito Alistair? Espero que vaya mejor con los estudios. Sería una

enorme lástima que tuviera que dejar Eton.

Le dije que Alistair, que ya no era tan pequeño, se estaba esforzando mucho: de hecho le iba tan bien que, por primera vez en varios años, sus profesores no habían recomendado un tutor para las vacaciones de verano.

–Charlie y yo estamos muy contentos con él, y si sigue así no cabe duda de que le espera un gran futuro en la Academia Militar de Sandhurst.

Lady Guthrie señaló que era una pena que nunca se hubiera presentado la oportunidad de que Alistair entrase en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

–De pequeño parecía muy inteligente, y a mi querido David le habría hecho mucha ilusión que su nieto siguiera sus pasos.

No le dije que a sir David probablemente le habría alegrado aún mucho más que Cecil hubiera hecho exactamente lo mismo. En su lugar, le ofrecí a Ian como futuro ministro británico de apellido Guthrie.

Seguimos charlando un rato y, por casualidad, hice un comentario sobre los nuevos asilos que se estaban construyendo en el pueblo a iniciativa de Charlie. El proyecto nos parecía precioso, y los ancianos tendrían muchas más comodidades en estos que en los antiguos, que de hecho habían dejado de ser habitables.

Lady Guthrie, manifestando un gran interés, dijo que Charlie era un hombre bueno y caritativo.

–Casi, casi tan bueno como tú, cariño –miró a Cecil con una sonrisa–, aunque ya sé que te saca de quicio que lo diga.

–Como ves, sigue siendo la misma de siempre. –Cecil se levantó–. Incorregible cuando se trata de elogiar a su «adorado hijo».

Se acercó a ella, le cogió una mano, y vi la mirada de complicidad que cruzaban. Aunque no sabría decir por qué exactamente, me sentí un poco incómoda. Me pareció –es lo más ajustado que se me ocurre– como si hubiera entrado en una habitación en la que dos personas se creen que están a solas.

Me levanté y, con más brusquedad de la que la ocasión justificaba, le pedí disculpas a lady Guthrie por haberla entretenido tanto tiempo con chismes; qué egoísta de mi parte, con lo cansada que estaría después de un viaje tan abominable.

–Tendrás ganas de darte un baño y descansar antes de comer, o ¿prefieres pasar el día en la cama?

–Bueno, puede que sí. –Y, convirtiendo la tarea en un esfuerzo titánico, lady Guthrie dejó que Cecil la ayudara a levantarse.

Mientras subíamos las escaleras, hablando de cosas triviales, me pareció muy extraño que el trato de Cecil con su madre no hubiera cambiado aparentemente en nada desde que era pequeño.

–El dormitorio de siempre. –Abrí la puerta–. Espero que tengas todo lo que

necesites.

Dicha en presencia de Louise, que habría sido capaz de echar la casa abajo antes que permitir que a su señora le faltase algo, una frase tan convencional sonó si cabe más tonta que de costumbre.

–Y no ha cambiado nada. –Lady Guthrie examinó el dormitorio con aire satisfecho.

Falta de cambio: ¿por qué era tan importante para ella? Me acordé de las cosas casi increíbles que dijo Cecil cuando deliraba. «La gracia está en que nunca sabréis si lo que decía de mí era verdadero o falso.» Después, Cecil intentó averiguar torpemente si de verdad lo había dicho. Si lo había dicho, quería negarlo. O ¿sabía desde el principio que, al perder el control, por una vez la había acusado abiertamente?

–Todo exactamente igual. –Lady Guthrie estaba mirando por la ventana. No habría sido lógico esperar que el contorno de las montañas hubiese cambiado–. Luego quie-ro hablar contigo tranquilamente.

Era una frase muy familiar, y esperé la consabida coletilla –«Creo que Charlie tendría que hacer algo»–, pero esta vez no la dijo.

–Cuando quieras. Ya te he dicho que la casa está prácticamente vacía, así que no necesitamos buscar una hora especial para la conversación.

Volví a la puerta, salí y cerré. Y, como los pensamientos de los últimos minutos me habían alterado mucho y tenía una gran necesidad de estar sola, me fui a mi dormitorio. ¿Qué pasaba exactamente entre aquellos dos, que no alcanzaba a entender?

Capítulo x

La mañana siguiente, mientras esperaba en la terraza a que bajase lady Guthrie, llegó Sybil.

–Madre, ¿no has recibido ninguna nota de la señora Anderson?

–No, ¿esperabas una?

Miré a mi hija y pensé que estaba muy guapa con su vestido de verano: radiante, joven y, al mismo tiempo, consciente de que ya era una adulta. Se sentó a mi lado.

–No esperaba una carta exactamente, pero Robert y Geordie me dijeron que le pedirían que escribiera lo antes posible, para que podamos organizarnos con tiempo y no tengamos que correr en el último momento.

–¿Qué será esta vez? ¿Un baile improvisado o un teatro improvisado?

–Una carrera de bicicletas improvisada seguida de un baile.

–Bueno, supongo que saldrá muy bien.

–Calla. –Sybil se sobresaltó–. ¿Eso es un coche?

–¿Preguntas si es el carro de los Anderson?

Sonreí, y Sybil me acusó de burlarme de ella.

–No me estaba burlando, cariño. Te lo prometo. Y ¿cuándo será el gran acontecimiento, si finalmente se celebra?

–Pasado mañana, y vamos a decir que es en honor a Julie, porque será la única a la que los demás no conocen todavía.

Julie Wrottesley, que llegaría al día siguiente por la mañana, era una chica bastante mayor que Sybil, a la que había conocido en Dresde. Yo nunca estuve segura de que fuese una buena influencia para ella, que la consideraba muy atrevida.

–Espero que a Julie esto no le parezca aburridísimo, sin una fiesta –añadió Sybil–. Ya sé que siempre podemos ir a casa de los Anderson, y es probable que celebren el baile, pero no es lo mismo que tener a la gente alojada en casa. A partir del día 12 todo irá mejor.

–Pero si tenemos gente alojada en casa, y uno es un chico guapo... No creo que Julie lo pase tan mal.

–Ah, dices el tío Cecil. Es muy mayor.

–El tío Cecil tiene exactamente veintiocho años.

–Y ¿eso a ti te parece muy joven?

Sybil hizo la pregunta de buena fe, obligándome a tomar conciencia una vez más

de la infinita distancia que separa los dieciocho años del resto del mundo. Oí pasos a mi espalda y, al volver la cabeza, vi a Cecil, que entraba en la terraza seguido de un lacayo.

–¿Esperan respuesta? –preguntó Sybil, moviendo los pies con impaciencia mientras me tendían la bandeja con la ansiada nota.

Antes de abrir el sobre, le pedí a Sybil que tomara asiento, para que Cecil, que seguía de pie, pudiera sentarse también.

–Es que solo voy a quedarme un momento, porque si todo va bien tendré mil cosas que hacer.

Se sentó en el borde de una *chaise-longue* como un pájaro preparado para alzar el vuelo.

La nota de la señora Anderson, que leí en voz alta, decía que los chicos la habían convencido para dar un baile y habían organizado otras diversiones para la tarde. Confiaba en que nos sumáramos todos los que pudiéramos.

–No creo que al tío Cecil le apetezca lo de las bicicletas –Sybil lo miró atentamente–. Y lo del baile... no sé si tendrán tiempo de encontrar una buena orquesta. En realidad seguro que todo se reduce a la institutriz con el piano para los valses y a su gaitero para los carretes.[1]

–Creía que habíamos quedado en que ahora que eres adulta dejarías de llamarme tío.

–Me va a costar mucho acordarme mientras Alistair te siga llamando así.

–Pues que Alistair deje de llamármelo también.

Después de comer y de discutir un buen rato si salíamos o no a dar un paseo en el coche, lady Guthrie y yo decidimos quedarnos y pasar la tarde en la rosaleda. Es uno de mis rincones favoritos y, si el gabinete de Berkeley Square siempre parece el sitio más indicado para las confidencias, en Kildonan ese lugar lo ocupa la rosaleda. Está bastante lejos de la casa, libre de interrupciones de la gente que entra a cambiarse para ir a la pista de tenis o que baja al patio a hablar con un criado; y está cercada por los cuatro costados por un seto de hayas alto y frondoso.

Lady Guthrie, después de que Thompson se ocupara de todo lo necesario, se puso a pintar una acuarela de la estatua de Apolo que había en una esquina, mientras yo, sentada en un banco de hierro cerca del taburete de campo de mi suegra, hojeaba el último número de *The Illustrated London News*. Al principio, mientras ella se ocupaba de las complejidades de la perspectiva, casi no dijimos nada, pero cuando le tocó el turno a las rosas emperatriz Eugenia que iban a formar el primer plano, lady Guthrie empezó a hablar.

Estaba contentísima con los artículos de Cecil que se habían publicado en Francia. ¿No creía yo –y esperaba de mí una respuesta sincera– que eran muy

inteligentes? A algunos podría parecerles extraño que hubiese optado por escribir en francés, en vez de inglés, pero si se pararan a pensar que Cecil conocía esa lengua –además del alemán y el italiano– desde muy pequeño, en realidad no era tan sorprendente.

–Charlie dice –naturalmente no le conté en qué circunstancias se había hecho el comentario– que Cecil piensa como un francés en muchos aspectos.

–Es muy cierto –asintió lady Guthrie, complacida–, y ha vivido más tiempo en Francia que en ningún otro país. Lo que no me gusta del todo –y se volvió a mirarme a la cara, con el pincel suspendido en el aire– es que ahora sea París y solo París donde quiere estar.

–Me ha dicho que tiene un piso allí.

–Era solo para el invierno y la primavera. Era un *apartement meublé,* no de su propiedad, y ya lo ha dejado.

–¿No tiene intención de volver?

–Este –volvió a ocuparse de sus rosas– es mi temor.

–¿Pero...?

–Sí, no sé cómo explicarlo, y por supuesto que no se lo diría a nadie más que a ti, pero estoy asustada. –Dejó el pincel y se llevó la mano al pecho. Era un gesto que hacía siempre que se inquietaba o enfadaba–. Lo digo por sus amistades, por la gente con la que se relaciona, con la que por lo visto pasa la mayor parte del tiempo. Ya sé que los escritores tienen que conocer gente de todo tipo. No soy ni una mojigata ni una esnob: si estoy asustada es por algo mucho más grave.

–¿Por qué?

–Seguro que sabes, o a lo mejor no lo sabes, porque siempre has vivido muy protegida, que en París hay mucha gente, sobre todo alrededor de los artistas y escritores, con hábitos de vida muy nocivos que terminan inevitablemente en la destrucción de la salud.

Esperé a que continuara, sin entender del todo qué quería decir.

–No digo ni por un momento que Cecil haya adquirido estos hábitos, pero, para alguien que sufre tanto como él, que cae enfermo con frecuencia y tiene dolores, la tentación seguramente es muy grande.

La insinuación de que Cecil corriera peligro de volverse adicto al alcohol o a alguna droga era de lo más inquietante. Miré a lady Guthrie, preguntándome si lo sabía a ciencia cierta o se trataba simplemente de una posibilidad que temía.

–¿Has hablado con él?

Me miró con una cara que no supe interpretar y siguió hablando vagamente de bebedores de absenta y artistas a los que conocía o de los que había oído hablar, que habían empezado de una manera casi inocente, incluso por pura curiosidad, y habían

muerto indignamente, con el cuerpo consumido y la razón destrozada por las drogas que, una vez que se adueñaron de ellos, fueron incapaces de dejar.

–No quiero que creas que a Cecil puede pasarle algo así. Su firme conciencia del bien y del mal lo vuelve sumamente improbable, incluso imposible.

La escuché con la sensación de que después de haberse desahogado, se arrepentía de habérmelo contado.

–Es facilísimo, como seguramente sepas por propia experiencia, temer por nuestros hijos mucho antes de que algo los amenace.

Yo no estaba de acuerdo, por lo que me tocaba personalmente, pero me parecía del todo posible que fuera su caso. Y ¿no era típico de ella temer por su hijo cuando no estaba pegado a sus faldas o disfrutaba en compañía de otros? Con la mayor delicadeza, le contesté que en mi opinión se preocupaba demasiado por Cecil.

–Además, si tus temores fueran ciertos, seguramente habría señales de deterioro físico.

Cuando Cecil se marchó con los chicos después de comer, yo había pensado que tenía los ojos tan vivos y era casi tan joven como ellos.

–Exacto.

Lady Guthrie volvió a estudiar mis facciones con gesto suspicaz, como si fueran mis secretos, y no los de Cecil, los que intentaba descubrir.

Hacía un día tan bonito que, a pesar de sus recelos por las probables corrientes –a su entender el más leve movimiento del aire–, pedí que nos sirvieran el té debajo de los árboles que daban sombra al extremo de la terraza. Viniendo de la rosaleda, poco después de las cinco, vimos que los chicos aún no habían vuelto de casa de los Anderson.

–No tiene sentido que esperemos. Ninguno de los dos tiene la menor noción del tiempo.

–¿No creerás que les haya pasado algo?

–Claro que no, pero ya sabes cómo son los jóvenes cuando están juntos. Solo espero que no retrasen a todo el mundo para la hora de cenar.

En cuestión de segundos iba a demostrarse que el temor era infundado, pues casi no había terminado de decir esto cuando Sybil, seguida de Cecil, Alistair y un joven desconocido doblaron la esquina de la casa. Sybil apretó el paso, sin correr demasiado, y nos alcanzó unos segundos antes que los demás.

–Os traemos una sorpresa, y no os voy a pedir que adivinéis quién es porque no se parecen en nada. –Se volvió hacia el joven, que en realidad no lo era tanto (de cerca aparentaba algo más de treinta años), que ahora estaba a su lado, esperando a que lo presentaran.

–Madre, este es el señor Frederic Helbert, hermano de *nuestro* señor Helbert, y

resulta que él y el tío –o sea, Cecil– creen que se han visto una vez en París.

«Nuestro señor Helbert» era el tutor a quien, como creo haber contado antes, contratamos en varias ocasiones para Alistair. Saludando a su hermano, dije que suponía que el señor Helbert no había caído en que los Anderson vivían tan cerca de nosotros.

–En tal caso seguro que nos habría avisado de que estaría usted aquí.

–Es que no está en casa de los Anderson –explicó Alistair–. Solo ha ido a pasar la tarde: se aloja en ese hotel horrible, el que está al lado de casa de los Soames.

–Porque ha estado enfermo –añadió Sybil.

–Y si no tienes cuidado empeorarás –le advirtió Alistair–, como ese hombre que el año pasado se envenenó con tomaína y cogió la difteria al mismo tiempo, y tuvieron que llevárselo en una ambulancia para operarlo en Perth.

Le dije a Alistair que no fuera tonto y también que entrara en casa y pidiera que trajeran otra taza y más agua caliente. Después presenté al señor Helbert a lady Guthrie, y le indiqué que se sentara a su lado. Como ella le pidió inmediatamente que la ayudara a mover su silla un poco más a la sombra, se quedaron algo apartados de los demás.

Mientras servía el té tuve tiempo de sobra, porque Cecil y los chicos enseguida se pusieron a discutir los pormenores de la tarde, para observar al hermano del señor Helbert. Era, como había dicho Sybil, físicamente muy distinto del tutor, de hecho mucho más guapo. Unos ojos grandes, de color avellana, dominaban la cara delgada y algo estrecha, y, aunque solo de mediana estatura, por su porte parecía mucho más alto de lo que era en realidad.

–¿No te parece mal, madre, que lo hayamos traído? –me preguntó en voz baja Sybil, que se había sentado a mi lado.

–Claro que no, cariño.

–Pensé que te alegraría. Es mucho más animado que el señor Helbert, aunque quizá sea porque está en el Ejército en vez de ser director de colegio; nos ha ayudado muchísimo esta tarde, y tiene unas ideas increíbles para todo, ¿verdad, Cecil?

–Lo cierto es que gracias a él la institutriz y el piano ahora corren peligro de ser derrotados por un sexteto.

–Ojalá lo consiga –dijo Sybil–, porque el sexteto es una orquesta de verdad, o parte de una que está aquí de vacaciones. El señor Helbert conoce muy bien a los músicos y va a verlos esta noche para organizarlo todo. Ha sido una suerte que estuviera en casa de los Anderson precisamente hoy.

–Supongo que será amigo de alguno de los chicos.

–De los gemelos –contestó Sybil–. Fue a verlos, y al llegar resultó que habían salido y se vino con nosotros.

–¡Los gemelos! –Lady Guthrie, deteniéndose en mitad de la frase que le estaba diciendo al señor Helbert sobre un asunto totalmente distinto, se sumó a la conversación en tono histriónico–. ¿No fue con unos gemelos Anderson con los que Cecil tuvo esa experiencia horrible en el lago?

–Vamos, madre, sabes perfectamente que no tuvo nada de horrible; viste una barca vacía en el agua y se te metió en la cabeza que me había ahogado.

–Para mí –le explicó lady Guthrie al señor Helbert– fue horrible. No se hace usted una idea; nadie se hace una idea de mis sentimientos.

–Me acuerdo –dijo Alistair– de que te enfadaste mucho y no disfrutaste de la comida a la que ibas.

–No sé cómo la soporté. –Lady Guthrie, sin hacer caso a Alistair, dirigiéndose al señor Helbert–. El miedo en sí no duró más de un par de minutos, pero tardé muchas noches en sentirme en paz o poder dormir más o menos bien.

El señor Helbert dijo que se lo imaginaba perfectamente y que se acordaba de que su madre le había hablado de una experiencia muy parecida, una vez que su hermano se vio en apuros nadando en Eastbourne.

Hubo una pausa de un segundo, y me imaginé que lady Guthrie estaba haciendo el esfuerzo mental necesario para aceptar la posibilidad de que la madre del señor Helbert hubiera experimentado las mismas emociones que ella. La batalla interior, si se libró, terminó en una clara victoria, pues al momento manifestó su simpatía por la señora Helbert.

–Nadie, ni siquiera nuestros propios hijos, sabe lo que pasamos. Pero... –porque esta era una ventaja de la que ella sin duda disfrutaba y la señora Helbert no– cuando se trata de un hijo único... hay, tiene que haberla, una gran diferencia...

–Yo nunca lo he sido –se lamentó Alistair, sin dirigirse a nadie en particular.

Sybil le recordó que al menos hasta hacía unos meses había sido el único chico.

–Pero mamá nunca ha sufrido por mí, ¿o sí? –se volvió hacia mí– , sin que yo lo supiera.

Le dije que creía que no y luego, pensando que la conversación se acercaba peligrosamente al punto en que habría que clasificarla como «burlarse de la tía Edythe», le sugerí que hablase de otra cosa.

Alistair, deteniéndose justo un segundo para hacerme un guiño de complicidad, miró de reojo a lady Guthrie y volvió a mirarme. Yo también la había mirado, y a los dos nos quedó claro que volvía a estar enfrascada en su conversación con el señor Helbert y, aunque hubiéramos seguido burlándonos de ella un buen rato, no se habría dado cuenta.

Esa noche, en la cena, se habló mucho del señor Helbert. Todo el mundo intervino para describírselo a Charlie, que no había vuelto a casa a tiempo de

conocerlo. Por lo visto a todos les había parecido encantador y esperaban verlo mucho mientras estuviera en Escocia. Creo que fue lady Guthrie la primera que dijo cuánto lamentaba imaginárselo solo en ese hotelucho, más aún teniendo en cuenta que el pobre hombre había estado tan enfermo.

Alistar, que se había tomado el trabajo de indagar qué le había pasado exactamente al señor Helbert y si había estado a punto de morir, aunque nadie fue capaz de proporcionarle esa información, dijo que de todos modos no pasaría la noche solo.

–Seguro que ha cogido la bici, con este diluvio, y estará dando vueltas por ahí, buscando a esa orquesta bestial para Sybil y cogiendo de paso la neumonía que lo matará.

Desde el otro lado de la mesa, Charlie me preguntó por qué no había invitado al señor Helbert a quedarse en Kildonan.

–Sí, madre. ¿Podemos? –Sybil me miraba con expectación, y me dio la impresión de que la idea de invitar al señor Helbert ya se le había ocurrido hacía rato.

Dudé, y me sorprendió darme cuenta de que, aunque el señor Helbert me había caído bastante bien, no me apetecía demasiado tenerlo en casa. Incapaz sin embargo de ofrecer, siquiera de encontrar, un motivo válido para mi reticencia, que por lo visto nadie compartía, dije que le escribiría en cuanto termináramos de cenar, como Charlie había propuesto.

«Estimado señor Helbert: Sería un inmenso placer para nosotros...» Me sentí un poco avergonzada al sentarme en mi escritorio. Qué mezquino de mi parte no haber dicho nada. Alojar en casa al señor Helbert, convaleciente de una larga y probablemente costosa enfermedad, sin duda era lo mínimo que podíamos hacer por su hermano, a quien tanta gratitud debíamos por lo mucho que había ayudado a Alistair.

Frederic Helbert y su equipaje llegaron a Kildonan a la mañana siguiente, poco después del desayuno; en adelante, con el fin de evitar confusiones, lo llamaré capitán en lugar de señor. Lo cierto es que alcanzó este rango muy poco después de que lo conociéramos, y siempre pienso en él como capitán Helbert.

La mañana, afortunadamente, volvía a ser espléndida y todo prometía un día magnífico. Justo antes de las once, lo más pronto que cabía esperar la llegada del coche que había ido a recibir el tren de Londres, Sybil y yo estábamos en la terraza. Cecil y el capitán Helbert no tardaron mucho en sumarse.

–Creí que en el desayuno dijiste que irías a pescar. –El tono con que Sybil se dirigía a Cecil sonaba agresivo.

–Pero después de desayunar –Cecil se acomodó en una hamaca y cerró los ojos– decidí que había demasiada luz y también que hacía demasiado calor, y que sería más

divertido echar un vistazo a tu amiga.

–Espero no haberla pintado tan maravillosa que ahora os llevéis una decepción.

–Aunque así fuera, puedes contar con que ni a Helbert ni a mí se nos note. Estamos acostumbrados a ver mujeres muy guapas en París, pero en cualquier caso podemos ser indulgentes.

–No hace falta que seáis tan indulgentes porque Julie es muy guapa.

–Me encanta oír eso, y a Helbert también, solo que es demasiado tímido para reconocerlo.

El capitán Helbert, que había elegido la silla que estaba más cerca de la de Sybil, dijo que siempre le habían enseñado que era de pésimo gusto elogiar la belleza de una mujer delante de otra.

Sybil, creo que bastante incómoda, le preguntó si conocía bien París.

–Bastante bien. Voy por allí siempre que tengo la ocasión, que no es demasiado a menudo.

Cecil, saliendo al rescate de Sybil, dijo que, como seguramente ya sabía, aunque no paraban de destinar regimientos a la India por períodos de seis años, a París nunca los enviaban más de una semana.

Poco después oímos las ruedas de un carruaje que se acercaba a la puerta principal.

–Por fin –Sybil se levantó–. Ya empezaba a pensar que había habido una avería en la línea. O que Julie había perdido el tren.

Los hombres ya se estaban poniendo en pie y también yo me levanté en ese momento. Esperamos callados a que Julie Wrottesley entrara en la terraza. Pasamos entonces a intercambiar saludos y hacer presentaciones. Cuando le presenté al capitán Helbert, vi que se le iluminaba la cara de admiración. Miré a la muchacha, que posó unos segundos la mano en la del capitán, y por un instante tuve la sensación de estar viéndola a través de los ojos del joven. Poco antes había pensado que era una chica guapa y bastante más alta que Sybil. En ese momento me pareció guapísima y con una figura verdaderamente soberbia. Tenía una presencia imponente. El pelo, muy abundante, era casi negro, y el cutis no tenía un solo defecto.

Mi reacción inmediata a tanta perfección fue ratificarme, con más firmeza que nunca, en que Julie Wrottesley no era la mejor amiga que podía tener Sybil. No había, como mi conciencia me obligaba a reconocer, nada impropio en su actitud ni *outré*[2] en el corte de su chaqueta y su falda color crema, pero la impresión general que me causó no era tranquilizadora. Me bastó un vistazo para ver que Cecil, lo mismo que el capitán Helbert, estaba totalmente *épris*[3] de la chica.

De común acuerdo entramos en la casa. En el salón, Sybil se cogió del brazo de

Julie.

–Voy a llevarte arriba, porque supongo que querrás cambiarte. Y espero que no vengas cansada del viaje, porque tenemos un montón de planes para esta tarde y mañana por la noche habrá un baile en tu honor.

Las chicas se retiraron. Cecil y el capitán Helbert volvieron a la terraza y me dejaron sola. Viendo que ya era casi la hora en que lady Guthrie hacía su primera aparición del día, pensé que no valía la pena ponerme a hacer nada especial, ni siquiera empezar otra desganada conversación con Cecil y el capitán Helbert. Me puse a dar vueltas por el salón, cambiando de sitio los adornos en las mesas auxiliares y arreglando las flores para darles una forma más artística, o al menos más cuidada. Pensé si no habría sido algo dura en la idea que me había hecho de Julie. Al fin y al cabo, la chica no tenía la culpa de ser una belleza indiscutible, y yo sabía que su familia, en lo esencial, era muy respetable. Es verdad que el padre tenía fama de ser bastante pícaro. La suya era la típica historia, tan común entre la gente de nuestra clase, de un hijo menor criado en las comodidades y el lujo de la casa paterna, que, llegado el momento de salir al mundo, se desmelena y se encuentra con una asignación que le es insuficiente. Se casó con una chica guapa y todavía más pobre que él, y desde entonces la pareja había pasado enormes apuros para salir adelante con sus dos hijos. El chico, que vivía de una pensión de su tío, había ingresado en el Ejército sin pena ni gloria, y me imaginé que toda la familia estaría esperando que Julie encontrase un buen marido. Que con casi veintiún años aún siguiera soltera era probablemente un motivo de decepción para sus padres.

Los dos días siguientes transcurrieron naturalmente de maravilla, con la carrera de bicicletas y el baile de los Anderson como plato fuerte. Los jóvenes, es decir, el capitán Helbert, Cecil, Julie y Sybil, al parecer se llevaban bien y se divertían. La mañana anterior a la partida de lady Guthrie, estaba yo esperándola en el salón, como ya era costumbre. Como otros días, no creí que valiese la pena dedicarme a ninguna actividad importante, y estaba abriendo y cerrando la tapa de alguna de las cajitas de esmalte cuando por fin la vi aparecer. Digo «aparecer» porque, creo que por deferencia a su invalidez, llevaba siempre zapatillas de suela blanda y sus pasos rara vez anunciaban su llegada.

–Por fin te encuentro a solas.

Teniendo en cuenta que los últimos días casi nunca habíamos estado acompañadas, el comentario me pareció curioso. Le di los buenos días y le pregunté, en contra de lo habitual, si le apetecía sentarse en la terraza.

–Creo que no. –Se había acercado a una ventana y estaba mirando fuera–. Además, veo que Sybil y la señorita Wrottesley se nos han adelantado.

Volvió al centro del salón y se sentó en un sofá.

–Quiero hablar contigo.

No me parecía que el salón, por el que en verano todo el mundo pasaba para salir a la terraza, fuese el mejor sitio de la casa para las confidencias, pero me senté de todos modos y esperé a oír lo que tuviera que decir. Como siempre, tardó bastante en ir al grano. Fueron muchos los temas que tocó y dejó en el aire. Creo, aunque no sé si ella era consciente, que había desarrollado este método de acercamiento indirecto como una defensa. Si hablaba de muchas cosas, ¿cómo sabrían los demás cuál era la que en realidad le interesaba? Además, de este modo podía inducir a su interlocutor a manifestar su opinión sobre algo sin llegar a saber nunca si para ella era importante o no. Esa mañana, aunque con lady Guthrie era imposible estar seguro, no me dio la impresión de que el asunto guardara relación con Cecil. El tema principal, si es que lo había, al parecer era Frederic Helbert. Lo encontraba interesantísimo y, para tratarse de un soldado, asombrosamente inteligente.

–Me sorprende que no eligiera otra profesión, aunque tengo entendido que hubo dificultades para pagar la universidad. Creo que en su momento le dolió mucho, y aun así habla con mucho cariño y sin ningún egoísmo del hermano mayor que sí pudo estudiar. Es una lástima, como decimos tantas veces mi querido David y yo, que el clero esté tan mal pagado.

Sin saber todavía de qué quería lady Guthrie hablarme en realidad, dije que el padre de los Helbert había sido muchos años párroco en un barrio del este de Londres. Aunque nunca llegué a conocerlo, tenía entendido que era un hombre encantador y estaba segura de que había hecho cuanto estaba en su mano por dar a sus hijos la mejor educación posible.

–Y estoy convencida de que, si Charlie tuviera la amabilidad de intervenir, eso se podría arreglar muy fácilmente. Sé que Reggie y él eran grandes amigos de jóvenes.

¡Por fin, como en tantas ocasiones, conseguí seguir el hilo de lo que quería decir lady Guthrie!

–Reggie Cameron. Supongo que lo conoces.

–Sí, claro, pero...

–Nunca lo sugeriría si no creyera que, en última instancia, Charlie se haría un gran favor a sí mismo, además de hacérselo al capitán Helbert. No es tan fácil como la gente imagina encontrar soldados jóvenes e inteligentes que dominen varios idiomas. Aunque, ahora que se ha anunciado su nombramiento, seguro que todas las madres de Londres que bailaron alguna vez con él hace veinte años estarán instigando a alguien para que interceda por su hijo. La verdad es que es vergonzoso que estas cosas tengan que conseguirse siempre por influencia.

Influencia –ya empezaba yo a ver por dónde iban los tiros– era, cómo no, lo que lady Guthrie sugería que Charlie ejerciese para ayudar al capitán Helbert.

–Mi querido David, por supuesto, nunca lo consentiría. Como embajador siempre vivió asediado por las hermanas, las primas y las tías de gente que buscaba un puesto, pero nunca se dejó influir y siempre hizo un esfuerzo enorme para encontrar a los hombres más capaces: el mérito, ni que decir tiene, fue siempre su criterio.

Asentí: estaba de acuerdo. A estas alturas ya tenía claro que lo que quería lady Guthrie era que Charlie convenciera a su antiguo amigo, el general Cameron, a quien acababan de nombrar agregado militar británico en París, para que reclamase al capitán Helbert como ayudante. Ella misma, según me explicó a continuación, había escrito por la mañana una carta al embajador.

–Da mucha pena que un joven tan inteligente y encantador no cuente con nadie para recomendarlo. Los hombres como él acaban arrinconados porque nadie ha oído hablar de ellos, y los puestos que deberían ocupar se los dan a tontos del bote que no saben decir dos palabras seguidas en inglés, y mucho menos en alemán o en italiano.

Le contesté que apreciábamos mucho al señor Helbert y eso, naturalmente, predispondría a Charlie, si la idea le parecía buena, a hacer lo posible por el hermano de nuestro antiguo tutor. Sabía que era inútil preguntarle el motivo de que de repente pusiera tanto afán en ser de utilidad al capitán Helbert. ¿Una tendencia natural a ofrecer protección? ¿Simple caridad?, porque caridad, mientras no fuera en contra de sus intereses personales, tenía más que de sobra. Cualquiera de las dos razones era posible, o ¿había conseguido el capitán de algún modo, como dirían los niños, «camelarla»? La idea, ya que a fin de cuentas el capitán Helbert era un simple invitado en nuestra casa, me producía cierta inquietud.

Capítulo xi

El año siguiente, el 3 de junio de 1895, sir David murió en Baden. Inmediatamente, lady Guthrie y Cecil acompañaron sus restos mortales a Inglaterra y se quedaron unas semanas en The Manor.

Lady Guthrie pasó la mayor parte del tiempo, según se nos dijo, postrada de dolor y recluida, pero justo antes de su regreso a Cannes con Cecil, donde pasarían el verano, Charlie y yo estuvimos una tarde en Windsor. Fue una reunión triste: lady Guthrie estaba hundida, y Cecil, aunque se esforzaba en animarse por nosotros, parecía muy triste y deprimido. Había estado enfermo varios meses esa primavera y, aunque me aseguró que ya estaba plenamente recuperado, me dio la impresión de que no tenía ni mucho menos buena cara.

A finales de septiembre recibí una carta de lady Guthrie en la que me decía que Cecil se había marchado a Italia y me pedía que fuese a verla. Cuando llegó la carta estábamos en Kildonan. Teníamos la casa llena de gente y no era nada oportuno que yo me marchara en ese momento. En cuanto terminamos de desayunar busqué a Charlie para hablar con él a solas, le enseñé la carta y, de mala gana, coincidimos en que probablemente era mi obligación hacer lo que lady Guthrie me pedía. Me deprimía solo de pensarlo, y Sybil, que apareció mientras deliberábamos, protestó a voz en grito y preguntó por qué, si se sentía tan sola, la tía Edythe no venía con nosotros, en vez de obligarme a ir a Cannes.

–Te olvidas de que está de luto y delicada de salud para viajar.

–Siempre está igual, desde que yo recuerdo, y no parece que eso le haya impedido nunca hacer algo cuando le interesa de verdad.

Charlie, que también estaba de mal humor, regañó a Sybil por semejante falta de respeto y por dar su opinión sobre un asunto que no era de su incumbencia.

Sybil, roja de ira, salió sin decir nada más. Charlie dijo entonces que la situación era inaceptable, y tampoco entendía por qué Cecil, que no tenía absolutamente nada que hacer, no se quedaba en casa cuidando de su madre. Dicho esto se fue con los invitados, que iban a pasar el día en el páramo, y yo me senté a escribir a lady Guthrie.

–Madre, ¿sabías que cuando estuvimos aquí, el verano pasado, Cecil se enamoró de Julie y le pidió que se casara con él?

Cuando terminé de escribir la carta fui a buscar a Sybil y la encontré sola, en la

sala que antes era el cuarto de estudio.

–No, no lo sabía. ¡Qué cosa tan extraordinaria!

Me senté a la mesa, sin entender por qué Sybil elegía precisamente ese momento para decírmelo.

–Yo no lo veo nada extraordinario, y creo que el capitán Helbert también estaba enamorado de ella, pero lógicamente no pasó nada.

Escuchando a Sybil, me acordé de cómo había mirado el capitán a Julie cuando los presenté.

–Y ¿qué hizo Julie?

–Bueno, al principio no sabía qué hacer, cuando Cecil se le declaró. Se lo pidió la misma noche que volvió de llevar a la tía Edythe a Dover. Se conocían desde hacía solo una semana, y a mí me pareció una de las cosas más románticas del mundo. Yo entonces era una sentimental sin remedio, ¿verdad, madre?

–¿Lo eras, cariño? –No sabía si esperaba que yo lo negase.

–Fueron a dar un paseo después de cenar y, en un banco de la rosaleda, Cecil le pidió que se casara con él.

–¡La rosaleda! Ahí es donde la prima Nealie quería que Cecil se declarase a Lydia.

–Y cuando se enteró de que se lo había pedido en el campo de cróquet se disgustó mucho. Me acuerdo de que me lo contaste.

Dije que no recordaba haberle contado nada por el estilo y que, si era verdad, había sido muy indiscreta.

–El caso es que con Julie sí fue en la rosaleda.

–Y ¿ella lo rechazó?

–Bueno, no exactamente. Quería aceptar, pero sabía que a sus padres probablemente no les parecería bien y harían todo lo posible por impedir la boda.

Esto último no me costó imaginarlo. Era evidente que los Wrottesley, tan venidos a menos, esperaban para su hermosa hija algo mucho mejor de lo que podía ofrecerle Cecil, un hombre sin tierras y con una renta relativamente modesta. Si además se tenían en cuenta su salud delicada y su modo de vida bohemio, las perspectivas de que lo aceptaran como yerno eran prácticamente nulas.

–Pero, si Julie no dijo ni sí ni no, ¿qué pasó?

–Al final aceptó que se prometieran en secreto. Lo que no entiendo –Sybil me miró de repente– es que no supieras nada. Seguro que cuando Julie fue a pasar una temporada en Villa Victoria sospechaste algo, ¿no?

–No sabía que hubiera ido.

Sybil, sin ocultar su sorpresa, dijo que en su momento prometió no decir nada, pero creía que yo me habría enterado por la tía Edythe.

–Nunca me dijo nada.

–¡Qué raro! Creía que siempre te hablaba de Cecil y de lo que más le convenía.

Le pregunté a Sybil si lady Guthrie estaba al tanto del compromiso secreto.

–Claro, porque Cecil se lo contó en octubre, cuando volvió a Francia. Pensó que era una crueldad no decírselo, y ella le escribió a Julie una carta muy bonita, en la que le decía que le hacía mucha ilusión que Cecil sentara la cabeza y se casara; y por lo visto no le preocupaba en absoluto que no tuviese dinero. Para entonces Julie y Cecil ya habían decidido –y a Sybil se le encendieron los ojos al recordar la emoción– salir corriendo si hacía falta.

–¿Fugarse, dices? Pero no lo hicieron.

–No, porque la tía Edythe estaba tan contenta que no les pareció necesario. Dijo que, como, legalmente hablando, nada impedía a Julie casarse cuando quisiera, era mucho mejor organizar las cosas bien. Dijo que seguro que el abuelo, cuando la conociese, estaría dispuesto a aumentar la asignación de Cecil. La tía Edythe le pidió a Julie que no hiciera ninguna tontería, que si huía con Cecil para casarse en secreto solo conseguirían complicar mucho más las cosas en el futuro.

Reconocí en las palabras de Sybil, o eso me pareció, la vieja táctica de «ganar tiempo».

–Y entonces, en su siguiente carta, la tía Edythe invitó a Julie a pasar las Navidades en Cannes, para hablarlo todo tranquilamente.

–Y ¿a Julie le pareció buena idea?

–Sí, porque no veía cómo iban a vivir si no era con ayuda del abuelo. Cecil le dijo que podían arreglarse con lo que él tenía, sobre todo si vivían en París, pero ella pensó que si el abuelo estaba dispuesto a darles más probablemente les vendría muy bien.

–Y sus padres, aunque supongo que Julie aún no les había hablado del compromiso, ¿no pusieron pegas a que pasara unos días con los Guthrie?

–Qué va, y reconozco que la tía Edythe estuvo listísima. Lo planteó de tal modo que los Wrottesley nunca pudieran adivinar que pasaba «algo». La verdad –Sybil se rió– es que creo que casi le dio a entender a la señora Wrottesley que tendría la casa expresamente llena de gente, con dos o tres millonarios de Estados Unidos y sus herederos, para que Julie tuviera ocasión de conocerlos y elegir al que más le gustara.

–Y ¿la señora Wrottesley se lo creyó?

–Supongo que sí, porque incluso antes de que la tía Edythe volviera a escribir y enviara el dinero para el viaje, ya había decidido que Julie iría a Francia.

–Pero ¿en realidad no era verdad?

–En realidad solo hubo otro invitado, el capitán Helbert, que había venido de París con Cecil. Fue justo después de que la tía Edythe le consiguiera el puesto en la Embajada. No sé cómo lo conseguiría, porque estoy segura de que ahí no lo querían.

–Necesitaban a alguien, y el puesto de secretario del secretario del agregado militar no es demasiado importante. De todos modos, creo que no deberías insinuar que el responsable del Ministerio de Asuntos Exteriores se deja influir para nombrar al personal de una Embajada.

–Supongo que, en todo caso (y seguramente es muy agradable), cuando da igual una cosa que otra hará un favor a alguien de vez en cuando. Lo que no entiendo es *por qué* quería la tía Edythe que le hicieran un favor al capitán Helbert. Tiene que haber una razón, pero no se me ocurre cuál.

Dije que no me parecía necesario buscar una razón desagradable para todo lo que hacía lady Guthrie.

–Pues normalmente la hay.

Le recordé a Sybil que teníamos como mínimo la obligación de intentar querer al prójimo y, cuando nos resultara verdaderamente imposible, abstenernos al menos de criticar a todas horas.

–Lo sé, y lo procuro, pero siempre he pensado que la tía Edythe es el caso que nos pone a prueba. El tipo de prueba, *bien entendu,*[1] que nadie espera superar.

Tentada de darle la razón, no añadí nada más, pero sí le pregunté a Sybil qué había impedido, pues no me imaginaba que siguieran prometidos, que Julie y Cecil se casaran.

Sybil dudó, dijo que no conocía todos los detalles y luego me contó lo que sabía de la triste historia. A partir de su relato, y de las cosas que desde entonces han llegado a mi conocimiento, creo que he sido más o menos capaz de deducirlo.

Parece ser que, cuando Julie llegó a Cannes, al principio se habló mucho de dónde viviría la pareja y cómo obtendría los ingresos suficientes para casarse. Las conversaciones, con uno u otro pretexto, se alargaban, y la fecha de la boda, que Julie inicialmente esperaba que fuese muy pronto, siempre se aplazaba por una u otra cosa. Tengo la impresión –aunque no es más que eso– de que en algún momento de esas largas semanas Julie permitió a Cecil adelantar la noche de bodas. Él creyó entonces más que nunca que tenía que casarse con ella, aunque es posible que perdiera la sensación de urgencia.

A principios de febrero Cecil contrajo la escarlatina y lady Guthrie dispuso que ingresara en una clínica, en lugar de cuidarlo en casa. Cuando se encontró algo mejor se fue a pasar una temporada con unos amigos en España. Mientras tanto, Julie, que había pasado la enfermedad de Cecil con lady Guthrie, fue objeto de muchas atenciones por parte de un francés. No creo, porque sigue vivo, que haya ninguna necesidad de dar su nombre, pero era un gran *parti,*[2] tenía uno de los apellidos más antiguos de Francia y los Wrottesley no habrían dado crédito si su hija lo pescaba. En cuanto se anunció que Cecil estaba fuera de peligro, Julie volvió a

Inglaterra. El *duc* la siguió y los Wrottesley, sin hacer las indagaciones necesarias sobre sus intenciones, lo animaron y permitieron que acompañara a Julie a todas partes. Lo cierto es que la atención que le prestaba el *duc* empezó a ser del dominio público e, inevitablemente, Cecil se enteró. Entonces escribió a Julie y la acusó de serle infiel. Puesto que ella había sido capaz de entregarse a él, supongo que pensó que habría ocurrido lo mismo con el otro hombre. Julie le contestó indignada, negándolo, y le dijo que si era eso lo que pensaba de ella ni en sueños se casaría con él. No sería de extrañar que para entonces hubiera empezado a desencantarse de Cecil. Eran tantas las dificultades que se interponían en su camino, que la idea de ser la duquesa de..., vivir rodeada de lujos y ser admirada y respetada para el resto de su vida debió de parecerle un *avenir*[3] más tentador. Comoquiera que fuera, Cecil decidió interpretar la carta de Julie como una ruptura de su compromiso. Muy poco después se anunció formalmente la boda del *duc* con una mujer elegida por sus padres. En Francia, como todo el mundo sabe, los matrimonios son normalmente concertados, y creo que este del *duc* y la *duchesse* de... llevaba mucho tiempo sobre la mesa.

Los Wrottesley, desengañados, se volvieron contra su hija y la mandaron a Irlanda, a casa de unos primos, según me contó Sybil, donde trabajaba como institutriz sin sueldo.

–Hace tiempo que no sé nada de ella, pero la última vez que escribió lo estaba pasando muy mal.

Sybil terminó su relato –como ya he dicho, no conocía toda la historia– y nos miramos un momento sin decir nada. Al final le pregunté si creía sinceramente, o mejor dicho si lo creía Julie, que lady Guthrie había querido alguna vez que se casara con Cecil.

Sybil reflexionó, con el ceño fruncido.

–Es difícil saberlo con certeza. Julie cree que sí, y la verdad es que parecía que la tía Edythe estaba haciendo todo lo posible para ayudarla, pero también fue ella quien le presentó al *duc* y quien lo invitaba continuamente a la casa, incluso cuando Cecil ya no estaba. Aunque puede que lo hiciera solo porque eran casi vecinos y no quería que Julie se aburriese con ella y el abuelo. Es todo muy raro porque, aunque parecía que la tía Edythe intentaba ayudarla, no puedo quitarme de la cabeza que en realidad estaba conspirando para impedirlo.

–Pero ¿Julie no lo cree, verdad?

Estaba pensando que, si lady Guthrie efectivamente lo había planeado todo, era una trampa diabólica la que le había tendido a la chica. Me habría gustado saber si tenía previsto algo parecido desde el momento en que vio en Julie una amenaza para el *statu quo*. También era posible que solo intentase aplazar el mal momento y que la

aparición del francés hubiera sido totalmente fortuita. En tal caso, el destino se lo había servido en bandeja en el momento más oportuno.

–Si no tuviera que irme podíamos haber invitado a Julie unos días. ¿A lo mejor quieres invitarla de todos modos?

Caí en la cuenta de que una vez más intentaba reparar los corazones rotos con meriendas campestres y excursiones por el páramo, y se lo dije a Sybil. En ese momento se abrió la puerta y entró Nealie.

–Estáis aquí. Os he buscado por toda la casa, y por lo visto estáis enfrascadas en una conversación interesante.

Nealie se sentó a la mesa y nos miró con curiosidad, primero a mí y luego a Sybil, que con la mirada me indicó que no dijera ni una palabra de lo que habíamos hablado. Yo no tenía la más mínima intención, y en vez de eso le hablé a Nealie de la carta de lady Guthrie y le conté que Charlie y yo habíamos decidido que tenía que ir a verla.

Nealie, que era capaz de cruzar el mundo para ayudar a cualquier ser humano angustiado en busca de auxilio, afirmó que la idea de que fuese a ver a lady Guthrie era totalmente ridícula.

–Es más que comprensible que Cecil, que no se ha separado de ella ni un momento desde que murió su padre, se haya largado a Italia, pero eso no es razón para que tengas que sacrificarte en su lugar.

–Y ¿si está sola?

–Ni se me pasa por la cabeza que lo esté. De hecho, creo que la hija de Margot, que sé que estaba en Cannes, sigue con ella. Además, tiene como mínimo cuatro hermanas y una madre: ¿por qué no cumple alguna de ellas con su deber, como tú lo llamas?

–La única a la que quiere es Margot, y está demasiado enferma para viajar.

–Qué casualidad. –Y entonces, cambiando bruscamente de actitud, Nealie anunció que, si estaba decidida a ir a Cannes, y así se lo parecía, vendría conmigo–. No pienso quedarme en casa de Edythe, líbreme Dios, y ella tampoco me querría; buscaré el modo de ir desde allí a Pau: le debo una visita a mi hermana Nannie. Y creo que voy a intentar que Willie nos acompañe. Será menos aburrido que si viajamos solas y tenemos que pasarnos el viaje traduciéndole a Copley lo que le dicen los maleteros franceses.

Nealie, que evidentemente había decidido acompañarme en misión de piedad –aun cuando no estuviera de acuerdo–, intentaba convertir la ocasión en un viaje de placer con el mayor número de personas posible.

Al día siguiente Nealie partió. En una carta que se notaba escrita deprisa y corriendo, y que recibí dos días después, me decía que no me preocupara de nada,

que los planes para nuestro viaje ya estaban *en train*.

Una semana después estaba con ella y con Willie en la estación Victoria. En cuanto nos instalamos en nuestro compartimento, me contó que Willie estaba totalmente de acuerdo con ella en que era de un egoísmo atroz por parte de lady Guthrie separarme de mi familia sabiendo que yo prefería estar con ellos.

Willie me aseguró que él no había dicho nada de eso.

–¿Ah, no? Yo creía que sí. De todos modos –Nealie se volvió hacia mí– a mí me parece egoísta y me alegra mucho, por tu bien, saber que no estaremos demasiado lejos de ti, porque un país extranjero sin más conocidos que Edythe puede ser mortal.

Capítulo XII

«Llegamos bien, buen viaje, os quiero Anne»: terminé de escribirle el telegrama a Charlie y se lo di a Thompson. Tendiendo la bandeja para recogerlo, Thompson dijo que lady Guthrie había insistido mucho en que se ocupara de todo en cuanto yo llegara.

–Ya sabe usted que les da mucha importancia. Lo mismo que toda la familia. En los últimos veinte años habré mandado un par de miles de telegramas. He tenido que ir remando a la costa por encargo de sir David y el señor Cecil en todos los puertos del Mediterráneo. –Cambió de expresión–. Claro que ahora que sir David ya no está habrá que mandar menos. Es muy triste, y su final fue muy repentino... Nos cogió a todos por sorpresa.

Le dije que lo entendía perfectamente y estaba segura de que había hecho todo lo posible por Cecil y lady Guthrie.

–Seguro que fue un gran consuelo para los dos que estuviera usted con ellos.

Eché un vistazo al gran *salon* en penumbra al que me habían llevado directamente desde la puerta de la casa. Las *jalousies*[1] impedían que entrara un solo rayo de sol: ciertamente estaba tan oscuro que, al mirar las escasas palabras que había escrito en el impreso del telegrama, me costó verlas.

–¿Quiere que la acompañe a sus habitaciones o prefiere esperar a que la doncella acabe de deshacer el equipaje?

Sin tomar una decisión inmediata sobre el particular, volví a preguntarle –ya lo había hecho cuando fue a recogerme a la estación– si creía que lady Guthrie estaba muy enferma.

–Es difícil decirlo, señora. Se tomó muy mal la muerte de sir David y ahora parece que el dolor le viene a rachas, por así decir. Un día está perfectamente y al siguiente no sale del dormitorio, como si hubiéramos vuelto al principio.

–Supongo que es de esperar.

Thompson, algo nervioso, coincidía conmigo, pero por desgracia justo ese día era uno de los malos.

–Tiene altibajos desde hace años, ya los conocemos todos, pero anoche estaba casi lo que el señor Cecil dice «contenta». Tanto, en realidad, que cuando mademoiselle bajó esta mañana y dijo que la señora no se encontraba bien me sorprendió mucho.

Suponiendo, por la alusión a mademoiselle, que Nealie había acertado al suponer que Lilian, la hija de Margot, seguía en la casa, me sorprendió que no hubiera bajado a saludarme. No le dije nada a Thompson y tampoco, bastante ofendida por lo que me pareció un desaire, tuve la cortesía de preguntar por ella.

–¿Cree que lady Guthrie se encontrará bien para verme esta noche?

–Es el recado que han dado, señora.

No parecía inclinado a dar más explicaciones, así que me levanté y le dije que me gustaría ir a mi dormitorio.

–Si hace el favor de seguirme.

Thompson, con una reverencia, me llevó al vestíbulo y encabezó la marcha por las escaleras. Me aclaró que me habían acomodado en el «ala nueva» y que la tendría toda para mí sola.

–Se construyó cuando el señor Cecil iba a casarse con la señorita Lydia.

El comentario me recordó la época en que Cecil estaba tan ocupado y feliz, preparando The Manor para recibir a su novia, y lady Guthrie hacía obras de mayor envergadura en Villa Victoria con idea de acoger a la pareja. ¿Cómo habría terminado todo, si Cecil y Lydia se hubieran casado? ¿Cuántos meses al año les habrían permitido pasar en su propia casa? ¿Habría podido Lydia imponer su voluntad y obligar a Cecil a enfrentarse con la mujer ante la que siempre acostumbraba a ceder?

Una vez en el rellano de la escalera, Thompson giró a la izquierda y, después de pasar por delante de varias habitaciones, abrió una puerta que daba a un saloncito. Era precioso: estaba decorado con *toile de Jouy*[2] y comunicado con un dormitorio por una puerta, que estaba abierta.

–Si quiere que le traigan algo...

Contesté que de momento no necesitaba nada. El mayordomo se retiró y me acerqué a una de las ventanas. Ofrecía una vista del mar lejano, donde centelleaba el sol, y me pareció distinguir una nubecilla de velas blancas. Me imaginé, aunque estaba demasiado lejos para asegurarlo, que se estaba celebrando una regata y pensé en las muchas cartas en las que lady Guthrie me hablaba de los yates en su curso por el agua y de la tristeza que siempre la invadía cuando Cecil no figuraba entre los navegantes. Me habría gustado saber por qué se le habría ocurrido irse a Venecia; probablemente más de cuatro meses de la particular variedad de tristeza que aquejaba a su madre hubieran sido demasiados para un hijo tan devoto como él; y, con un leve vuelco en el corazón, empecé a pensar si las dos semanas que había prometido pasar en Villa Victoria no serían demasiado para mi propia capacidad de resistencia. Lamenté sinceramente que Nealie hubiera emprendido ya su viaje, y me consolé con la idea de que en Pau, al fin y al cabo, no estaría excesivamente lejos.

Llamaron a la puerta suavemente. Estaba tan ensimismada que me sobresalté. Me aparté de la ventana y di permiso para entrar a quien llamaba. La puerta se abrió y, con la más profunda sorpresa, me encontré delante de mí con Julie Wrottesley.

–Hija mía, pero ¿qué narices haces aquí?

Enseguida me planteé qué narices me había impulsado a hablarle a la chica de ese modo. No la conocía cuando tenía dieciséis o diecisiete años: siempre la había considerado una mujer adulta.

Julie, entrando en el saloncito con su seguridad habitual, manifestó a su vez su sorpresa por que yo no supiera que estaba en la villa.

–Y le ruego que me perdone por no haber venido antes, pero es que Edythe estaba tan hundida hace un momento que no podía dejarla sola. Afortunadamente se ha tranquilizado y he llamado a Louise para que se quede con ella.

–Me alegro de que lady Guthrie esté mejor.

Fue lo único que se me ocurrió decir, e incluso a mí las palabras me sonaron frías y antinaturales.

–Ha sido solo una *crise de nerfs,*[3] creo, aunque ahora se altera muchísimo.

Me preguntó entonces si me apetecía tomar algo y le dije que antes de nada me gustaría darme un baño.

–Se ensucia una mucho en los viajes, y las instalaciones para asearse en los trenes no son del todo buenas.

–En ese caso la esperaré abajo. Estaré en el *grand salon,* porque hace demasiado calor para salir fuera. Espero que cuando esté preparada para bajar Edythe se encuentre en condiciones también de hacerlo, o al menos pueda recibirla en su dormitorio. Una vez pasan estas *crises,* parece que se recupera muy deprisa.

Me sonrió con la mayor amabilidad antes de retirarse. Parada en el saloncito, miré como una boba la puerta que acababa de cerrarse. ¿Qué narices hacía allí Julie, llamando a lady Guthrie por su nombre de pila y comportándose como si fuera la dueña de la casa y yo su invitada?

Justo cuando iba a bajar recibí un recado de lady Guthrie. Se encontraba un poco mejor: ¿le daría la alegría –si no estaba durmiendo o descansando– de ir a verla a su dormitorio?

Su doncella me llevó hasta su presencia con tremenda solemnidad.

–Cuánto te agradezco que hayas venido.

La voz venía de la cama en la que lady Guthrie estaba acostada, entre un montón de almohadas. Como de costumbre, toda ella desprendía lujo: la mujer mimada y la viuda inconsolable coexistían en una forma única; la fragancia de las rosas se mezclaba con el olor más sofisticado de su perfume. Llevaba el pelo recogido en una trenza –cuántas veces la he visto así peinada– y me tendió los brazos, como una nube

de encaje. Me acerqué a darle un beso y me aparté, fijándome en su rostro todavía atractivo y siempre inescrutable.

–Me alegro de que estés algo mejor. –Temí parecer fría y antinatural.

–Lo de estar mejor –se encogió de hombros– en mi caso es un simple formalismo, un modo de hablar; probablemente dirán lo mismo cuando esté metida dentro de un ataúd, aunque entonces por fin será cierto.

Movió la cabeza con pena y empezó a mirar la fotografía de sir David que, junto a un libro de oraciones, una Biblia abierta y dos retratos de Cecil, tenía en la mesilla, al lado de la cama.

–Aún me cuesta creer que nunca volveré a ver a mi querido David en este mundo, ni a oír su preciosa voz, ni a sentir el roce de su mano.

Era un comentario para el que no había respuesta posible. Seguí su mirada hasta la fotografía, y estuvimos un minuto entero, o eso me pareció, en silencio total.

Al oír un suspiro largo y profundo en la cama la miré de nuevo. Se removía con inquietud contra las almohadas y, en tono lastimero, casi quejumbroso, me preguntó por qué no me sentaba. Señaló una silla que estaba cerca de la cama.

–Louise va a traernos un poco de chocolate, aunque a lo mejor prefieres té o *limonade*. Hace mucho calor. No sé: puede que pronto caiga una tormenta y refresque un poco.

La doncella entró con una bandeja y sirvió el chocolate. Decliné el ofrecimiento de té y *limonade,* y también el de los pastelitos pegajosos, una especie de *petit fours*[4] que trajo Louise. Lady Guthrie le indicó que dejara en la cama el plato de los pasteles y siguió sirviéndose mientras charlábamos.

En cuanto nos quedamos solas me pudo la impaciencia.

–Me ha sorprendido mucho encontrar a Julie aquí. Tenía entendido que solo estaba Lilian.

–Seguro que te lo he dicho en alguna de mis cartas... –contestó, abriendo los ojos como sorprendida–. A Lilian la tuve aquí un par de semanas, para hacerle un favor a mi hermana, pero al final me pareció demasiado y pensé que era mejor que volviera a casa. Mi hermana, Margot, lo comprendió perfectamente. ¿No te parecerá raro –su voz había cobrado un tono admonitorio– que Julie esté aquí?

–Claro que no.

–Al fin y al cabo fue en tu casa donde nos conocimos. Una amiga de la querida Sybil, aunque no me dio la impresión de que tuvieran mucho en común. Julie parece mucho mayor; casi (aunque es absurdo, claro) de nuestra generación. Estuvo mucho tiempo con nosotros el invierno pasado, y mi querido David y yo teníamos grandes esperanzas de que Cecil se casara con ella; desgraciadamente, por una indiscreción de Julie, de lo más inocente, estoy segura, la cosa se torció.

–Pero creo, de hecho lo sé, que Cecil y ella estaban prometidos. ¿No es una situación muy incómoda?

–Pobre Julie... No entiendo que sus padres pudieran ser tan crueles, que la enviaran a Irlanda con unos primos horribles. Me contaba unas cosas tan tristes que pensé que lo menos que podía hacer, por humanidad, era invitarla.

–Pero ¿Cecil...?

–Cecil está en Italia –dijo lady Guthrie, en un tono que no admitía más indagaciones.

Eso significaba que Julie había llegado a Cannes después de que él se marchara. Pero ¿por qué, si estaba con Julie, me había invitado?

–¡Es tan buena y tan amable! Cuánto me habría gustado que las cosas hubieran salido bien y Julie fuese ahora mi hija.

Estaba segura de que, en su última carta, lady Guthrie no solo decía expresamente que estaba triste sino también que estaba sola. Me había ocultado que Julie estuviera con ella, o al menos que la esperaba, y –por largas y ambiguas que se volvieran sus frases– no iba a convencerme de lo contrario.

–Amabilísima, pero cuando una lo está pasando mal siente una necesidad profunda de estar cerca de sus familiares. Por eso, puede que egoístamente, te pedí que vinieras. –Me tendió la mano.

Pensé que nos había escrito a la vez, a Julie y a mí, para no quedarse sola en caso de que alguna de las dos no aceptara.

–Querida Anne, siempre te he sentido muy cerca, sin saber por qué exactamente. Tengo un disgusto tremendo, estoy muy angustiada.

Pensé que iba a hablar de su marido. Me equivoqué, ya que era Cecil, como siempre desde el día que nació, quien ocupaba por completo sus pensamientos. Habló de él con tanto cariño como de costumbre, aunque, y no me di cuenta hasta pasado un buen rato, algo había cambiado finalmente. Antes siempre parecía segura de que, fuera cual fuera la causa de las crisis de Cecil, ella era la única que sabía qué era lo mejor para él. Siempre se había visto no solo como su madre sino también como su ángel de la guarda y consejera omnisciente. Eso había cambiado, y la noté insegura y desorientada.

–Ha llegado un punto en el que necesito desesperadamente hablar con alguien de las cosas que tengo en la cabeza.

Dudó, hizo muchos aspavientos para incitarme a probar un pastelito, cambió de postura en la cama y, por fin, entre muchas observaciones irrelevantes, consiguió decirme lo que la preocupaba. Lo esencial del caso era que Cecil se había liado con una mujer de mala vida.

–No sé hasta qué punto tiene que ver con el desengaño que se ha llevado con

Julie. El caso es que esta primavera estuvo en París (se quedó allí hasta dos días antes de que muriera su padre), y fue entonces cuando conoció a esa mujer. Por lo visto está locamente enamorado; ninguno de sus amigos entiende la influencia que ejerce sobre él. De hecho, creen que si no se casa con ella es porque ya está casada.

Empecé a decir una obviedad sobre los jóvenes solteros, pero lady Guthrie me cortó en seco.

Por supuesto no la creía tan boba como para esperar que su hijo viviera como un monje o una colegiala de convento. Era, o había sido, un joven sano y normal. Había tenido amantes desde los diecisiete años, pero esto era totalmente distinto. Esa mujer lo tenía dominado.

–Le ha escrito a diario los meses que estuvo aquí conmigo y, aunque dice que está solo en Venecia, tal vez esté con ella. No lo sé, porque ya no sé si me dice la verdad.

Se le quebró la voz en las últimas palabras, porque decían lo más doloroso de todo. Hasta el último acto y pensamiento de su vida cotidiana se habían basado en un entendimiento pleno con su hijo; si le quitaban eso su mundo se venía abajo. Se había acostumbrado a enorgullecerse de saber todo lo que él pensaba, de ser su confidente, el alma gemela a quien él jamás había querido ocultar nada. Había vivido con él en una intimidad de espíritu más estrecha que la que se da entre los amantes más pasionales. Una intimidad que espantaría a la mayor parte de la gente, que a cualquier persona imparcial habría repugnado.

–¿No es horrible? –La voz de lady Guthrie había recuperado su tono habitual–. Tiene que dejar a esa mujer para siempre: si pudiera acercarme a ella la estrangularía con mis propias manos.

Levantó a la altura de la cara las manos menudas y bien cuidadas. Al ver los dedos vueltos hacia dentro, una se los imaginaba sujetando un cuello blanco en el que no tardarían en aparecer moratones. Una se imaginaba la expresión vacua, los rasgos agradables aunque vulgares, el pelo rubio en el momento de soltarse y caer sobre los hombros de la mujer.

–No sé cómo ha podido dejarse arrastrar así por el mal camino. Por otro lado –la sonrisa de comprensión consciente y cariñosa seguía jugando en los labios de lady Guthrie– es muy fácil entender la tentación. Ha sufrido muchísimo con su última enfermedad. No dormía, y los médicos no podían quitarle ese dolor de cabeza atroz. ¿Te acuerdas –me miró para ver si lo entendía– de algo de lo que te hablé una vez en Kildonan? Entonces solo me parecía una posibilidad, pero ahora...

En el silencio que sobrevino recordé la conversación que tuvimos en la rosaleda, mientras lady Guthrie dibujaba la estatua de Apolo hablando de Cecil; lo que entonces era una sombra se había vuelto realidad y Cecil ahora era adicto a los

narcóticos.

–Y estoy convencida de que la culpa es de esa mujer. Me han dicho que tiene el hábito desde hace tiempo. Lo ha arrastrado al pozo, y ya solo un final es posible. Viviré para ver a mi hijo postrado en su lecho de muerte.

–Pero seguro que... Tengo entendido que esas adicciones se pueden curar si se cogen a tiempo, que los médicos hoy...

–¿Qué saben los médicos? –interrumpió ella con desprecio–. Dan drogas a los pacientes para que no tomen otras, y mientras tanto la voluntad y la inteligencia se siguen debilitando. El único remedio es alejarlo de esa mujer... incalificable, degradada.

–¿Crees que podrás?

–Podré, aunque me cueste las pocas fuerzas que conserva este cuerpo frágil. –Dobló los dedos un poco más hacia dentro, casi hasta que rozaron las palmas de las manos–. No puedo permitir que esa horrible mujer destruya lo único hermoso que hay en mi vida. Es más indigna de su amor que... no hay comparaciones posibles. –Dejó las manos sobre la colcha, inertes y abiertamente inofensivas. De pronto levantó la cabeza. Me miró con los ojos encendidos–. Ya no sé cómo ayudarlo.

Sus palabras eran de derrota, una petición de socorro que yo no sabía cómo ofrecer.

–Ya no estoy segura de si me dice la verdad...

Había tardado todos esos años en descubrir que Cecil había dejado de confiar en ella. Desde la ruptura con Lydia, nunca había vuelto a contar con su plena confianza, a pesar de que, y esa era la tragedia de Cecil, había conservado su poder sobre él. Aunque ahora no estaba segura, el poder seguía ahí, en las manos regordetas donde no se detectaban los huesos ocultos bajo la carne blanca.

La mujer de París sería para Cecil una aliada temporal, alguien que lo ayudaría a huir. Pero en última instancia –yo estaba segurísima– no podría imponerse a una madre cuyo amor acababa siempre venciendo sobre cualquier otro.

Aquel día de septiembre de 1895, en el dormitorio de lady Guthrie, por un momento tuve la sensación de que era yo quien buscaba desesperadamente una salida... y todas las puertas se me cerraban. No había escapatoria; solo las drogas. Ellas al menos me crearían la ilusión de ser libre; me llevarían a un lugar donde nadie podría alcanzarme con su amor o su odio.

Capítulo XIII

El telegrama llegó a primera hora de la tarde, el 10 de junio de 1896. Cecil había muerto y lo habían enterrado en el mar. La falta de detalles sobre la causa de la muerte amortiguaba el efecto de la noticia.

–¡Muerto!

Charlie y yo nos miramos con horror.

–¿Y lady Guthrie?

Era –tenía que serlo– lo primero que a uno le venía a la cabeza.

–El mismo telegrama ha llegado a Cannes –dijo Charlie, mirando el trozo de papel arrugado–. Esperemos que Helbert haya tenido el sentido común de no enviarlo a nombre de mi madrastra.

–No creo que el modo de enterarse cambie demasiado las cosas.

Me quedé mirando por la ventana las formas vagas de los edificios atenuados por los visillos. Era imposible aceptar lo ocurrido y, sin embargo, a lo largo de todo el invierno y la primavera anterior, a pesar de las noticias normalmente alegres que lady Guthrie daba en sus cartas, yo había tenido la premonición de que nos acechaba una sombra aterradora.

Cecil había pasado el invierno en París, trabajando, decía su madre, en una novela. Parecía muy contenta y contaba que, según su editor, monsieur Lucien, Cecil avanzaba a buen ritmo, tranquilamente, y de seguir así era obvio que le esperaba un brillante futuro literario. En ninguna de las cartas se hacía alusión al consumo de drogas ni a la mujer que, según lady Guthrie me había asegurado en Cannes, estaba destrozando su vida. Disculpaba que no hubiera ido a verla en todos esos meses porque ella misma le había pedido que no fuese: «Le hacía mucha ilusión venir unos días en Navidad, pero dejar su trabajo en este momento habría supuesto retroceder en todo. En París cuenta con la guía de Lucien, y eso lo es todo. Mi sacrificio de soledad, el desgarro que me causa su ausencia, es la contribución que gustosamente hago a su éxito. Qué orgulloso habría estado mi querido David si hubiera vivido para verlo: qué orgulloso, y qué triste para mí que ese día llegue demasiado tarde para que su padre lo vea».

En marzo me contaba que Cecil había terminado el libro: «Faltan las revisiones necesarias, pero el primer borrador está completado». Por fin, pensé, Cecil irá a verla; pero la visita volvió a posponerse, esta vez por motivos de salud. Lady Guthrie

escribió para decir que su hijo no se encontraba nada bien: «No te resultará muy difícil adivinar la causa, porque es lo de siempre. Sabiendo lo mucho que me angustia, ha intentado ocultármelo, pero lo sé por Frederic Helbert, que es un buen amigo. Ahora no se separa de mi querido hijo. Dice que el médico quiere ingresarlo en un hospital, pero *yo estoy dispuesta a evitarlo a toda costa si es posible*».

En su siguiente carta, había decidido que Cecil pasara una temporada viajando por Estados Unidos con el capitán Helbert: «El cambio de aires le sentará bien, y estoy segura de que lejos de esas compañías que frecuenta le resultará fácil dejar el hábito de consumir morfina. Estoy convencida, y los médicos me respaldan, de que el viaje contribuirá a restablecer la salud de mi querido hijo: rezo a todas horas. Afortunadamente, porque al principio quería hacer el viaje solo o con Thompson, he conseguido convencerlo de que acepte la compañía de Frederic Helbert, que se toma tan a pecho su bienestar. Seguro que en cuestión de unas semanas estará curado. Pasaremos en The Manor lo que queda del verano y en otoño haremos un viaje a la India y Ceilán. Qué alegría será para los dos estar juntos de nuevo sin que nadie nos moleste. En una carta dice que tiene muchas ganas de que llegue el momento. Mientras tanto sigo en esta casa triste, llena de recuerdos, que espero vender pronto. No tengo más compañía que la de Julie. Es una chica muy paciente y cariñosa, mucho más cercana a mí de lo que nunca lo serían mis hermanas o mis sobrinas. La quiero mucho y no sé qué habría hecho sin ella estos meses tan tristes».

La carta más reciente, que recibí solo un par de días antes, decía que Cecil y el capitán Helbert habían embarcado en el vapor St Paul el sábado, 30 de mayo. Le daba mucha pena pensar que su querido hijo se iba tan lejos, pero cada día que pasaba los acercaba un poco más al momento de volver a verse.

Y cuatro días después de que zarpara el barco, el 3 de junio de 1896, en el primer aniversario de la muerte de su padre, Cecil había muerto.

Miré a Charlie. Él también, estoy segura, estaba pensando en el pasado.

–¿Qué narices ha podido pasar?

–¿Cómo vamos a saberlo?

Eso era lo peor, no saber, y pasaron diez largos días hasta que a lo que ya sabíamos se añadió algo esencial. Entre tanto, lady Guthrie se negó rotundamente, según supimos por los telegramas y las cartas que escribía Julie, a permitir que se publicara en *The Times* la noticia de la muerte.

Diez días después de que llegara el telegrama, Charlie fue a Southampton a esperar el barco en el que Frederic Helbert volvía de Nueva York. Tuvo que salir por la mañana, muy temprano, y cuando pasó por mi dormitorio a despedirse le pregunté, puede que por milésima vez, qué creía que había pasado.

–Cecil estaba mal de salud antes de emprender el viaje, o eso dice Edythe.

–¿Las drogas? Ay, espero que no haya sido eso.

–Puede que hoy lo sepamos.

Había llegado un segundo telegrama, que hablaba de un accidente, pero eso no nos aclaraba nada.

–Volveré a primera hora de la tarde y procuraré traer a Helbert conmigo.

Charlie salió y cerró la puerta. Eran cerca de las seis cuando volvió, y subió directamente al gabinete, donde yo estaba con Nealie.

–Creíamos que no ibas a venir nunca. ¿Se retrasó el barco?

–He estado en Londres desde las dos de la tarde y he pasado las tres últimas horas en el despacho de Willie.

–¡Con Willie! –La respuesta de Charlie no me decía nada, más allá de su significado superficial.

–Con él y con sir Terrence.

–¡Dios mío!

Nunca había oído a Nealie invocar a Dios de tal manera, y la miré con sorpresa.

–Legalmente no se puede probar nada. –Charlie se desplomó en una silla–. Solo puedo contaros lo que sé, y es muy poco.

Explicó entonces que había esperado a Helbert en el muelle, según lo acordado, y de allí fueron juntos a Londres en tren, en un compartimento reservado.

–Al principio no vi nada extraño en su relato. Me contó que Cecil pasó los tres primeros días de viaje con excelente ánimo y salud, y muchas ganas de conocer Estados Unidos. Por cierto, no dijo ni una palabra de drogas: solo para señalar de pasada que, en su opinión, Edythe era dada a exagerar todo lo que tuviera relación con su hijo.

Charlie añadió que la cuarta noche después de zarpar de Southampton la pasaron en la sala de fumadores, en compañía de varias personas a las que habían conocido a bordo. A la una de la madrugada, se despidieron y Helbert y Cecil se fueron cada uno a su camarote, que estaban comunicados una puerta. Helbert dejó en la cama a su compañero y cerró la puerta antes de retirarse a descansar.

–Me dio a entender que Cecil había bebido más de la cuenta y tuvo que ayudarlo a desnudarse y acostarse en la litera.

–Pero si Cecil no bebía –observó Nealie–. No lo entiendo.

Charlie le recordó que se limitaba a repetir lo que le habían contado.

–Helbert dijo que se despertó alrededor de las cinco y oyó gemidos en el camarote de al lado. Fue a ver qué pasaba y encontró a Cecil muy angustiado. Se encontraba muy mal, y por lo visto tenía un dolor de estómago muy fuerte. Helbert dice que vio un vaso con restos de un líquido oscuro al lado de la cama. Muy asustado, llamó a un camarero y ordenó que viniera el médico inmediatamente. El

médico tardó un rato en llegar. Por fin apareció, según Helbert de muy mal humor y con tendencia a achacar los males del enfermo a haber bebido demasiado whisky la noche anterior. Él le enseñó el vaso al médico y llamó su atención sobre el olor amargo del líquido. En ese momento, Cecil, que seguía consciente, señaló un frasco de medicamento, o eso dice Helbert, que había entre otros en un estante, al lado del lavabo. Era un tónico que le había recetado su médico de París. El médico de a bordo, aún convencido de que el malestar de Cecil era consecuencia del alcohol, no manifestó el menor interés. Más tarde, porque Helbert le insistió mucho, se hizo cargo del frasco. Parecía que el dolor iba en aumento, y el médico, según Helbert con idea de tranquilizarlo y evitar que molestara a los pasajeros de los otros camarotes, dijo que iba a ponerle una inyección de morfina. Fue a buscarla y tardó diez minutos en volver. Helbert se quedó a solas con Cecil en el camarote.

»Me dijo que al principio intentó tranquilizar a mi hermano y evitar que se cayera de la cama. Parece que el dolor era tan fuerte que Cecil no podía estarse quieto, gritaba e intentaba darse cabezazos contra el mamparo. Al cabo de unos minutos se calmó un poco y fue entonces cuando Helbert, que seguía abrazándolo, dice que se fijó en que el frasco del líquido que utilizaba Cecil para revelar sus fotografías estaba medio vacío.

Me acordé de las cartas que escribió a bordo del Thalassa: «Orán, 10 de diciembre de 1893. A pesar de que el tiempo no nos permite salir, y de que aquí hay pocas cosas de interés, por no decir ninguna, no me pesan las horas, porque casi no doy abasto con todas las fotos que tengo que revelar. En Argel tuve ocasión de hacer un par de instantáneas, aunque me temo que el día estaba un poco oscuro».

–Helbert dice que el frasco estaba lleno cuando subieron a bordo, y está seguro de que Cecil no reveló nada durante el viaje.

Es decir, que debió de confundir un frasco con otro. Cecil se había tomado el revelador creyendo que era su medicamento. El error, si es que lo era, fue la causa de su muerte, que se produjo la mañana del 3 de junio de 1896. Afortunadamente, poco antes del final y probablemente gracias a la inyección, entró en coma y murió por tanto sin dolor. El médico no dudaba de que la causa de la muerte había sido la ingestión de cierta cantidad de revelador, que la víctima ingirió por error, y en el cuaderno de bitácora el fallecimiento quedó registrado como muerte accidental. Por estar en junio, el cadáver se arrojó al mar a la mañana siguiente y el capitán del barco leyó un responso.

Charlie hizo una pausa y repitió que al principio no vio nada raro en el relato de Helbert.

–Lo contó de un tirón y me enseñó el certificado de defunción. Creo que es el mismo que figura en el cuaderno de bitácora, y no había motivo para dudar de la

veracidad de ninguno de los dos.

–¿Entonces?

–Entonces nos quedamos un rato callados. Me puse a pensar en las circunstancias de la muerte de mi hermano, en lo innecesario que había sido todo. Pensé en su madre, y en las consecuencias que sin duda tendrá para ella. Como es lógico, se me pasó por la cabeza la posibilidad de que fuera un suicidio, pero la descarté inmediatamente. No se me ocurría ninguna razón para que Cecil se quitara la vida. Y aun si fuera esta la decisión que tomó, es evidente que el método no era el que habría elegido ni él ni nadie que conociera la naturaleza y los efectos del veneno administrado. Acepté la situación tal como me la presentaban: como un trágico accidente. Sentí lástima de Helbert y agradecí que hubiera cumplido con la dolorosa obligación de recordar para mí las últimas horas de Cecil. Pensé en lo duro que sin duda había sido para él presenciar la muerte de su amigo y en lo impotente y solo que debió de sentirse en ese barco, sin poder comunicarse con nadie de la familia y rodeado de personas a las que conocía solo de un par de días. Le di las gracias por lo poco que había podido hacer por Cecil, y por ofrecerse a ir directamente a Cannes, por si Edythe quisiera verlo.

»Supongo que me sumí en una especie de triste ensoñación de la que me sacó la voz de Helbert. Fue la voz, no lo que dijo al principio (porque ni siquiera lo recuerdo), lo que me llamó la atención. Su tono era muy distinto del que había empleado hasta ese momento. No quiero decir que fuera más fuerte ni más alto ni nada por el estilo, pero era tan distinto que adiviné que iba a decirme algo terrible. Lo que me dijo, y voy a citar literalmente sus palabras, fue: "Tengo que decirle que antes de salir de París Cecil hizo testamento y me dejó toda su fortuna". Esto dijo, y antes de que hubiera terminado supe que a mi hermano lo habían asesinado. Supe también, sin ningún género de duda, que tenía a su asesino delante de mí, su pie casi tocando el mío. Podría haberlo matado en ese momento, y sigo sin saber por qué no lo hice. El caso es que me levanté y fui a sentarme en el otro rincón del compartimento, lo más lejos posible. No fui capaz de volver a mirarlo ni de dirigirle la palabra y, cuando llegamos a Londres, cogí un coche y fui directo al despacho de sir Terrence.

Capítulo XIV

Sir Terrence Lucas era, como ya he señalado y como todo el mundo sabe, el mejor abogado de su tiempo. Murió en circunstancias algo tristes, justo antes de la guerra, y he esperado hasta hoy, cuando también su mujer y su hijo han muerto –este en la batalla del Marne–, para sentirme en libertad de contar la siguiente parte de mi historia.

No había forma, así se lo dijo sir Terrence a Charlie en la entrevista que tuvieron ese día de junio de 1896, de llevar a Helbert a los tribunales. El asesinato quedaría impune. En cuanto a la herencia, no había nada, si el testamento era válido, que impidiera al asesino recibir el dinero por el que había matado al hombre que lo tenía por un amigo.

«Legalmente no se sostiene, pero déjalo en mis manos», fueron las palabras de sir Terrence cuando Charlie le expuso el caso; y, según nos contó, no consiguió sacarle nada más en esa primera reunión.

–Pero tuvo que decir *algo más* –insistió Nealie.

Charlie le aseguró a Nealie que ya sabíamos las dos tanto como él de la conversación que había tenido con el abogado.

–Ahora hay que decidir qué hacemos con Edythe –nos miró a las dos.

–¿Habrá que decirle lo del testamento?

–Naturalmente. Lo que ahora mismo me preocupa es que Helbert intente verla.

–No puede hacer eso –dijo Nealie–. Sería horroroso.

Coincidí en que era impensable que Helbert volviera a ver a lady Guthrie.

–¿Tú crees –le preguntó Nealie a Charlie– que ese canalla habrá decidido ir directamente a Cannes? ¿Te dijo algo antes de que os despidierais en la estación?

–Ya os he dicho que no volvimos a cruzar palabra desde que me contó lo del testamento. Supongo que podría haberle obligado a prometer que *no* iría a verla, pero ¿qué posibilidades tenía de cumplir su palabra? El mero hecho de adivinar que yo no quería que la viese probablemente lo habría empujado a ir cuanto antes.

–¿Crees que tendría que ir alguno de nosotros –le pregunté a Charlie– o escribir a Julie y contarle lo que ha pasado y que has visto a sir Terrence...? No hay nada que podamos decir en un telegrama, ¿verdad? ¿No hay manera de advertir a Julie?

–Si Helbert va a Cannes –dijo Nealie–, seguro que Edythe quiere verlo. Tendrá muchas ganas de conocer los detalles del trágico accidente, que es lo que ella cree que

ha sido; de hablar con la última persona que vio a su hijo con vida.

–Supongo –Charlie se levantó– que puedo escribirle un telegrama a Julie y rogarle que no reciba a Helbert, que lo aleje de Edythe a toda costa hasta que reciba mi carta.

–¿Ya la has escrito?

–No, pero la escribiré ahora mismo y, si os parece buena idea, mandaré ese telegrama a Julie. Si Helbert llega antes de que reciban mi carta, no sabemos si servirá de algo o no.

Charlie ya estaba llegando a la puerta cuando esta se abrió.

–Lady Guthrie, señora.

Fue la única vez, en todos los años que estuvo con nosotros, que detecté asombro en la voz siempre formal de Purvis y comprendí, pues así lo delató por no más de un semitono, que al fin y al cabo también él estaba expuesto a la emoción humana.

–¡Edythe! –Charlie, recuperándose de la sorpresa, cogió a lady Guthrie de las manos.

Nealie y yo nos pusimos en pie, murmurando unas palabras que expresaban una mezcla de compasión y sorpresa. No teníamos la menor idea de que estuviera en Inglaterra, de que la mujer a la que imaginábamos postrada de dolor en Cannes hubiera sacado fuerzas para un viaje tan largo, y de que, una vez tomada la decisión, no nos hubiera avisado de que venía.

–¿Dónde está? –Echó un vistazo por todo el gabinete, como si esperase encontrar a otra persona.

Fue un momento terrible para todos, porque estaba claro que la persona a la que esperaba ver era Frederic Helbert.

Miré con impotencia a Charlie y a Nealie. Quería saber quién se lo contaba, qué parte de lo que ya sabíamos convenía decirle.

–No está aquí.

Charlie acompañó a lady Guthrie al sofá, donde se sentó muy erguida, como con la intención de despegarse en cuanto supiera dónde encontrar a Helbert.

–Cuando recibí el telegrama en el que me anunciaba que hoy llegaba a Inglaterra, no pude quedarme quieta. Necesitaba saber lo antes posible todo, absolutamente todo lo que le pasó a mi querido hijo. Ha llegado, ¿verdad? –Miró a Charlie, con inquietud en la voz–. ¿No habrá ocurrido nada que se lo impida? Envió el telegrama desde Nueva York, justo antes de zarpar.

–Sí, llegó esta mañana –Charlie se sentó en el sofá, al lado de lady Guthrie–, y fui a recibirlo a Southampton, como te dije. Y ahora –calló unos momentos– tengo que contarte una cosa horrible.

–¿Más horrible de lo que ya ha pasado?

Lady Guthrie seguía muy erguida, como preparada para alzar el vuelo; había en su voz una nota extrañamente teatral. Me pregunté si no presentía lo que iban a decirle.

Charlie, con mucha delicadeza, se lo contó lo más deprisa que pudo.

–Sabes que Helbert estaba solo con Cecil cuando empezó a sentirse mal, y, por razones que te explicaré a continuación, creemos, y me temo que no cabe la menor duda, que a mi hermano lo asesinaron.

–Comprendo.

Lady Guthrie aceptó la revelación sin preguntar nada; sin las lamentaciones o las lágrimas que cabía esperar. Yo me había acercado, con la idea, creo, de abrazarla, de ofrecerle el hombro para que llorase en él, y el consuelo que supuestamente dan las inútiles palmaditas en la espalda o los apretones de manos.

–Por favor, cuéntame lo que ha pasado, o lo que sepas, porque supongo que no lo sabrás todo.

Charlie volvió a contar, más o menos con las mismas palabras, lo que ya sabíamos Nealie y yo: el momento en el tren en que Helbert le habló del testamento, y su reunión posterior con sir Terrence. Lady Guthrie lo escuchó sin interrumpir. No cambió de postura en el sofá; la serenidad que poco antes se había apoderado de ella seguía en apariencia intacta.

Tan poco habitual, tan totalmente inesperada era su reacción, que me sorprendí mirándola casi sin compasión. La mujer que tenía delante acababa de recibir la noticia de que había enviado a su hijo a la muerte –el hijo a quien desde hacía treinta años había querido con locura– y, sin embargo, la aterradora revelación no producía ninguna señal de angustia. ¿Era posible que no fuera consciente de que solo en las circunstancias que el viaje facilitaba se habría atrevido Helbert a acabar con la vida de Cecil, o habría tenido al menos la esperanza, si es que estaba tan loco para concebirla, de que nadie sospechara que había cometido un asesinato?

Mientras la observaba, recordé que fue ella quien indujo a Cecil a hacer el viaje y quien decidió que Helbert lo acompañara. Sin querer había allanado el camino al asesino de su hijo, a quien quizá la idea del asesinato no se le ocurrió hasta que ella le brindó la oportunidad de cometerlo.

–¡Qué malvado! ¡Qué perverso!

Charlie había terminado su relato y las palabras de lady Guthrie resonaron en el silencio del gabinete.

–Y ¿de verdad no hay forma –añadió–, más allá de apelar a su conciencia, de castigarlo?

–Parece ser que no.

–Tal vez sea lo mejor. No creo que debamos buscar venganza. Sé que mi querido

hijo no la querría para sí, que no la querría, que está en paz.

–No sé cómo puedes decir eso. –Nealie, indignada, levantó la voz.

Charlie se levantó bruscamente.

–Dime si hay algo que pueda hacer por ti, Edythe. Mientras tanto, supongo que estarás de acuerdo en que sigamos el consejo de sir Terrence.

–Nada de lo que pueda hacer me devolverá a mi hijo.

–Quizá pueda hacer *algo* al menos para impedir que Helbert se quede con el dinero.

–En eso haz lo que mejor te parezca.

Charlie, visiblemente exasperado, salió del gabinete. Nealie y yo, que de buena gana habríamos huido también de haberse presentado la más mínima oportunidad, nos quedamos a solas con lady Guthrie. Seguía con una insultante sonrisa de santa resignación en las comisuras de los labios. Para mí había dejado de ser real. No era una mujer en una situación terrible, sino una actriz a quien su papel le exigía «no ser ya de este mundo». Su público tenía que comprender que la muerte de su hijo la había transportado a un estado de existencia superior, que ya caminaba con los ángeles, que las preocupaciones humanas, la tristeza o el deseo de venganza no formaban ya parte de ella. Sin embargo, otras personas tienen que ocuparse en la vida normal de quienes creen que su alma se ha vuelto etérea pero siguen teniendo un cuerpo tangible. Lady Guthrie, que había llegado a Inglaterra inesperadamente, necesitaba un sitio donde dormir y cabía suponer que más adelante querría cenar.

Le pregunté si se había alojado en un hotel y sugerí que quizá prefiriese quedarse con nosotros. No apartaba de mí los ojos, grandes y bonitos, como si tardara un poco en volver a la realidad, hizo una pausa considerable antes de responder.

–Me alojo en el Coburg, y estoy con Julie además de con Thompson y Louise.

Inmediatamente, sintiéndome algo mezquina, acepté la respuesta como una negativa.

–A lo mejor Julie y tú queréis venir a cenar, si no estáis muy cansadas del viaje.

–No estoy cansada pero tengo cosas que hacer.

Que lady Guthrie admitiera no estar cansada era tan increíble y tan impropio de su carácter como todo lo que hizo y dijo esa tarde.

–Y esto me recuerda que he dejado a Julie en el coche y no debería hacerles esperar tanto. –Se puso en pie.

Le pedí que me dejara avisar a Julie para que entrase.

Pensé que, teniendo en cuenta que el Coburg estaba a solo un minuto de casa, y que Julie llevaba un buen rato esperando en la puerta, lady Guthrie, aunque hubiese cambiado en todo lo demás, conservaría intacto su egoísmo.

–Eres muy amable, pero no tenemos tiempo. Tengo que reflexionar sobre lo que

acaba de decirme Charlie. Supongo que hay que cambiar lo que pensaba hacer por Helbert.

–Claro que sí –dijo Nealie–. ¿Es que no has entendido que *mató* a Cecil?

La mirada que todo lo perdonaba se volvió hacia Nealie.

–Lo que he entendido es que Charlie y sir Terrence Lucas creen que lo mató, y por eso necesito reflexionar.

El lacayo vino a ayudarla a bajar las escaleras y, después de abrazarme y despedirse de Nealie con una reverencia algo fría, lady Guthrie se retiró despacio. La puerta se cerró. Nealie empezó a hablar en cuanto calculó que lady Guthrie, con toda seguridad, no nos oía.

–La pobre idiota envía a su hijo a la muerte y ni siquiera lo ve. «Cecil está en paz y Helbert es malvado y perverso.» ¿De verdad es tan tonta que no entiende que, si no se hubiera entrometido, Cecil seguiría vivo, en París, con su amante, negándose, como en invierno y primavera, a encarcelarse en Cannes? Esto es lo que no podía tolerar, por supuesto: que él pudiera ser feliz lejos de ella; que huyera con otra mujer. Bueno, al menos ya no tiene que preocuparse más. Cecil está muerto y es suyo.

–La verdad, Nealie, hablas como si lo hubiera hecho a propósito, como si todo estuviera planeado.

–Claro que no. No creo que Edythe tenga maldad suficiente para planear su muerte. Pero, ahora que ha ocurrido, no reconocerá que haya podido tener alguna culpa. Me horroriza su falta de honradez y espero no volver a verla en la vida.

–¿No crees que a quien intenta engañar es a sí misma, más que a otras personas?

–Cualquier otra persona –señaló Nealie, sin prestar atención a lo que acababa de decir– no habría dejado de culparse desde que tuvo noticia de la muerte. Incluso antes de saber que Helbert lo había matado, no habría dejado de darle vueltas, de pensar que, si no lo hubiera mandado de viaje, Cecil nunca habría muerto. Y es muy cierto. Solamente en un camarote pequeño cabe la posibilidad de que el tónico y el revelador fotográfico estuvieran cerca. En cualquier casa, en París por supuesto, eso nunca habría pasado. Para empezar, Thompson no lo habría permitido.

–Sí, es verdad, pero si somos justas con ella tenemos que reconocer que no sabía, hasta que Charlie se lo dijo hace un momento, que fue así como creemos que ocurrió. Y en realidad no sabemos, ¿o sí?, que alguien se equivocara de frasco. Evidentemente, si lo mató Helbert no se equivocó.

–Puede que no fuera el revelador –dijo Nealie–, aunque evidentemente nunca lo sabremos.

–Supongo que el médico estaba convencido de que lo era; de lo contrario habría armado un buen lío.

–No había ningún motivo para que el médico sospechara. En realidad, ¿quién

podía sospechar, sin saber lo del testamento?

–¡Qué lástima que Thompson no estuviera con ellos! No sé cómo se las arreglaría Helbert para impedirlo. Cecil casi nunca viajaba sin él.

–Parece –dijo Nealie con astucia– que esta vez fue bastante fácil convencer a Cecil para que dejara a Thompson en tierra. Cecil sabía perfectamente que, si conseguía subir a bordo con un poco de morfina escondida, Thompson registraría el camarote palmo a palmo hasta dar con ella. Y el de Helbert también, si creyera que era él quien se la suministraba a Cecil.

–Ojalá supiéramos qué va a hacer sir Terrence, ¡si es que puede hacer algo!

–Tal vez Willie nos lo pueda decir. Va a cenar conmigo esta noche, y le pediré que me lo cuente *todo*.

Estaba a punto de proponer a Nealie que viniese con Willie después de cenar cuando Charlie, que estaba esperando a que lady Guthrie se marchara, volvió al gabinete.

–Me sorprende que os hayáis librado de Edythe tan deprisa. –Me miró con temor–. ¿No la habrás invitado a cenar o algo así?

–La invité, pero afortunadamente no aceptó.

–Menos mal. Gracias a Dios. ¿Crees que es posible que haya perdido la cabeza?

Dije que no lo sabía.

–Habría sido peor que se pusiera histérica; peor para nosotros, al menos.

–Habría sido más natural. –Charlie se sentó.

–Siempre os he dicho que era odiosa –nos recordó Nealie– y nunca habéis querido creerme.

–Yo sí te creía –dijo Charlie–. De hecho, no hacía falta que nadie me lo dijera.

Dije que no podía imaginarme cómo sería la vida de lady Guthrie sin Cecil y sin Villa Victoria, que ya estaba casi vendida. ¿Dónde decidiría vivir?

Nealie, levantándose para marcharse, contestó que suponía que quizá intentase recuperar la villa o, más probablemente, se mudara a París.

–¿Por qué a París? Iba a instalarse en The Manor con Cecil.

–Porque París fue la última ciudad en la que vivió Cecil.

–Es una idea rara –observó Charlie–, pero no me sorprendería que tuvieras razón.

Por la noche, después de cenar, Charlie y yo nos fuimos a leer a la biblioteca, porque habíamos comprobado que, si hablábamos, la conversación volvía inevitablemente a la tragedia. En cierto momento entró el lacayo para anunciar que el mayordomo de Cecil estaba en la puerta y quería ver al señor Guthrie.

–¡Thompson! ¡Qué demonios...!

Le expliqué que había venido de Francia con lady Guthrie.

–Sí, claro. Dígale –le dijo Charlie al lacayo– que enseguida estoy con él.

–¿No prefieres recibirlo aquí? Me imagino que viene solo a darte el pésame, pero si quisiera tratar algún asunto personal puedo dejaros solos.

–¿Seguro que no te molesta?

–Me gustaría mucho verlo de todos modos. Nunca olvidaré lo bien que se portó cuando Cecil estuvo aquí enfermo. Su muerte ha tenido que ser un golpe tremendo para él.

Trajeron a Thompson a la biblioteca. Charlie lo invitó a sentarse y, pasados los primeros y dolorosos momentos del pésame, insistió en que tomara un vaso de oporto.

–Un asunto terrible, la verdad. Cuando recibimos el telegrama no podía dar crédito. Estaba seguro de que sería de Cecil, para que la señora supiera que había llegado bien.

Charlie preguntó a quién iba dirigido el telegrama.

–A la señora. A ese diablo... disculpen... al capitán Helbert, ni siquiera se le ocurrió enviarlo a nombre de la señorita Wrottesley. Afortunadamente, la señora había salido y fui yo quien lo abrió.

Charlie dijo que al menos eso era un motivo para dar gracias.

Dije que creía que lady Guthrie había encajado el golpe mejor de lo que nadie se habría imaginado.

–Sí. –No había ninguna expresión en su rostro y tampoco intentó añadir nada más. Luego, cambiando radicalmente de actitud, le dijo a Charlie–: Esta tarde, cuando la señora volvió al hotel, me dijo que el señor Cecil había muerto por beber del frasco de revelador fotográfico. Dice que lo confundió con el tónico que le recetó el doctor Marbon antes de salir de París.

–Así figura en el informe del médico del barco –contestó Charlie con prudencia–. El capitán Helbert me lo enseñó en el tren esta mañana y se lo conté a lady Guthrie cuando vino.

–Y precisamente por eso quería yo verlo a usted, señor.

Thompson me miró de reojo, con inquietud. Era evidente que temía el efecto que pudiera causarme la revelación que estaba a punto de hacer.

–Puede continuar –le indicó Charlie–, y creo que ya sé lo que va a decir.

–Bueno, es lo siguiente. Es imposible que eso sea cierto, porque los frascos no se parecen en nada. Para empezar no tenían la misma forma, y el de revelador fotográfico era cuatro veces más grande que los demás. Yo hice el equipaje y lo sé.

–¿Había más de un frasco de tónico?

–Lo necesario para todo el viaje.

–Seguro que eso le facilitó las cosas al capitán Helbert llegado el momento.

–Entonces, usted piensa lo mismo que yo –dijo Thompson–. ¿Cree que Helbert mató al señor Cecil?

–Francamente, sí. Pero no creo que nos convenga ir diciéndolo por ahí si no podemos demostrarlo.

–Sí podemos –insistió Thompson–. Puedo declarar lo que acabo de explicarles. Es suficiente para demostrar que el señor Cecil, aunque no se encontrara muy sobrio en el momento en que se dice que bebió el líquido, no habría podido confundirse.

–El informe del médico afirmaba inequívocamente que los frascos del medicamento y el revelador eran casi idénticos.

–No puede ser.

–El médico los vio. Y no me cabe la menor duda de que el capitán Helbert, si llegaran a interrogarlo, diría que fue el señor Cecil quien pasó parte del revelador a un frasco de medicina.

–¿Por qué iba a hacerlo?

–Usted y yo no creemos que lo hiciera, pero el capitán Helbert probablemente diría que lo hizo para manejarlo con más comodidad o algo por el estilo.

–¿Quiere decir que quedará impune?

–Me temo que tiene la pinta.

Thompson manifestó su indignación: no era posible; se negaba a creer que la justicia británica pudiera estar tan lejos de la *verdad*. Entonces añadió que no le extrañaría que el señor Cecil hubiera dejado al capitán una buena cantidad de dinero.

–Al menos él lo esperaba; de lo contrario no tendría ningún sentido que lo matase, ¿no?

Charlie, sin entrar en detalles, contestó que era posible que este hubiera sido el móvil del capitán Helbert.

–¡Cuando pienso en la cantidad de dinero que le sacó mientras estaba vivo! Si me lo preguntan diré que siempre se aprovechó de él, pero estos últimos tres o cuatro meses prácticamente vivía a su costa. Ya saben cómo era el señor Cecil a la hora de ayudar a alguien en apuros.

–¿En qué apuros estaba el capitán Helbert?

–Bueno, ya no trabajaba en la Embajada y luego, en abril, no creo que ustedes se fijaran, pero salió en los periódicos, dejó el Ejército. O sea, dejó de tener fuentes de ingresos.

–¿Excepto la de mi hermano?

Thompson dijo que sí; al menos esta idea se había hecho, con mucha sagacidad, porque, como es lógico, nunca se habló nada abiertamente. Aun así, a pesar de que le estaba dando mucho dinero, no era seguro dejar al capitán Helbert en ningún sitio

donde hubiera dinero a mano, fuera dinero francés o inglés.

–¿Se lo dijo usted a mi hermano?

Thompson contestó que se lo había insinuado en varias ocasiones, pero el señor Cecil no lo aceptaba.

–¿Tenía plena confianza en el capitán Helbert?

–Supongo que sí. –Había cierta vacilación en su tono–. Pero yo no, y creo que nadie que hubiera estado en París con nosotros y visto lo que estaba pasando podría tenerla.

–Es evidente que fue muy listo.

–Era listo cuando se trataba de mirar por sus intereses, y además tenía a la señora en el bote. Hacía con ella lo que quería. Había muchas cosas que ella tampoco sabía, y era inútil intentar avisarla.

Thompson se quedó callado y luego, recordándonos que llevaba veinte años con la familia y habría hecho cualquier cosa por cualquiera de los tres, sobre todo, deduje, por sir David o Cecil, continuó su relato.

Se retrotrajo a la larga enfermedad de Cecil, en la primavera de 1895, que fue cuando los médicos –Thompson creía que no pudieron evitarlo– lo habituaron a la morfina.

–Y una vez desarrollado el hábito, como supongo que ustedes sabrán, es difícil dejarlo. Yo diría que llegó a su mayor grado unos meses después de la muerte de sir David. O sea –Thompson se volvió hacia mí–, cuando el señor Cecil se fue solo a Venecia y usted fue a Cannes a pasar unos días con la señora.

Asentí, recordando la dolorosa visita: vi de nuevo a lady Guthrie recostada en las almohadas mientras me hablaba de esa «mujer horrible, degradada» que incitaba a Cecil a tomar drogas y, de paso, quizá intentaba sin éxito alejarlo de su madre.

–Bueno, Cecil volvió a la villa a finales de octubre, pero dos días después volvió a París, solo que esta vez me llevó con él. No sé si fue la señora quien lo convenció, pero así fue.

–¿Estaba Cecil muy mal entonces? –interrumpió Charlie.

Thompson, después de pararse a pensarlo un momento, dijo que creía que sí; que lady Guthrie, antes de que se marcharan, le pidió que vigilara al señor Cecil y le anunció que este iría a ver a un médico muy listo en París que iba a curarlo.

–Dijo que sabía que el señor Cecil iba a curarse porque *ellos* –Thompson hizo una pausa muy expresiva– se lo habían dicho.

–¿Ellos?

–Bueno, los espíritus que ella cree que vienen a decirle cosas cuando mueve ese tablero. Cree que sir David se comunica con ella a través del tablero, solo que funciona mejor si hay un médium: entonces no necesitan el tablero para nada. Lo

llaman «la voz directa» y naturalmente es más fácil de entender.

Charlie soltó un bufido con el que dio a entender el profundo rechazo que sentía por tales cosas, y preguntó por el médico de París. ¿Había ido Cecil a verlo y de verdad le había hecho algún bien?

–Pues sí, todo iba estupendamente –asintió Thompson.

De hecho, para las Navidades, en opinión de Thompson, Cecil volvía a encontrarse bien y estaba trabajando mucho en su libro. Trabajando de verdad, no dedicándole apenas un rato por las noches y aparcándolo luego varios meses. Y monsieur Lucien, el caballero que iba a ocuparse de publicar el libro en cuanto lo terminara, estaba encantado con su trabajo.

–El señor Cecil había dejado para entonces el hotel y vivía en ese piso que había alquilado, y yo tenía una habitación cerca de él y pasaba a verlo todos los días. Solo para cumplir con mis tareas de mayordomo, porque todo lo demás estaba organizado.

Interpreté la última frase como un modo delicado de decir que la amante de Cecil, aunque no viviera en el piso, se había hecho cargo de las rutinas domésticas.

Charlie preguntó a Thompson si creía que Cecil había dejado definitivamente el hábito de la morfina.

Thompson contestó que, a principios de enero, el doctor Marbon le había dicho que ya no había que ponerle a Cecil ninguna inyección.

–Hay que hacerlo poco a poco, porque cuando una persona se acostumbra y lo deja de repente se pone peor de lo que estaba. Tampoco es fácil para el médico si la persona no está en un sitio vigilado, porque muchas veces se droga a escondidas. Por eso el doctor Marbon confiaba en mí; en que estuviera atento, discretamente, claro, y le avisara si encontraba algo.

–Y ¿nunca lo encontró?

Thompson dijo que estuvo mucho tiempo sin encontrar nada. Cecil seguía teniendo buena salud y no había ningún motivo para sospechar que tomara drogas, aparte de las que le recetaba el médico. Luego, en marzo, poco después de que empezara a relacionarse tanto con el capitán Helbert, hubo indicios de una posible recaída.

–Y juro que fue el capitán quien le facilitaba la sustancia y le animaba a tomarla.

–¿Qué le hace pensar eso?

Thompson dijo que en realidad no podía demostrarlo. Era más bien una sensación, porque Cecil siempre estaba peor después de que el capitán se pasara por el piso.

–Alterado, y como si no supiera bien lo que decía. Además, aunque es difícil expresarlo, parecía depender del capitán de un modo que nunca había dependido de

nadie. Y le daba cada vez más dinero: eso lo sé a ciencia cierta.

Charlie dijo que entendía que lady Guthrie hubiera llegado a creer que alguien animaba a Cecil en su adicción, que de hecho lo había iniciado en el hábito.

–¿Se refería –Thompson me miró y bajó la voz automáticamente– a una mujer?

–Exacto.

–Bueno, esta vez no fue ella, porque cuando vio los efectos que tenía en el señor Cecil y lo mucho que mejoró al dejarlo, se puso rotundamente en contra. De hecho, fue ella quien encontró la hipodérmica y me la dio para que se la llevara al doctor Marbon.

–¿Qué pasó después?

–Bueno, ya no teníamos la menor duda, y el médico insistió mucho en que el señor Cecil ingresara en una especie de residencia y lo organizó todo. Y entonces, de la noche a la mañana, el señor Cecil cambió de opinión. Recibió una carta de la señora, aunque no sé cómo llegó a enterarse de que su hijo estaba otra vez mal. El caso es que la señora escribió para decirle que había leído, en la enciclopedia creo que era, que lo mejor en tales situaciones era hacer un largo viaje por mar.

–Y ¿esa fue la decisión que tomaron, en contra de la recomendación del médico?

–Así se alejaría de París, que yo creo que es lo que la señora quería desde hacía mucho tiempo. Sabía que el señor Cecil estaba con una mujer, y no le gustaba. Al capitán Helbert le pareció una idea excelente, y en ese momento el señor Cecil hacía prácticamente todo lo que decía el capitán.

–Es curioso –dijo Charlie– que todo saliera justo como quería el capitán Helbert. Hasta lady Guthrie fue la primera en sugerir el viaje.

–Sí, es muy raro, señor, solo que, y esto se me acaba de ocurrir, en el último mes, según me ha contado hoy Louise, la señora había recibido muchas cartas del capitán Helbert. Qué se decían, no lo sabemos, claro; pero era imposible –Thompson quiso exonerar rápidamente a la doncella– no reconocer la letra del capitán. Es distinta de cualquier otra, una letra que no es de hombre... No sé si me entienden.

Capítulo xv

Nunca hubo la menor duda para quienes tuvieron pleno conocimiento de los hechos, en la medida en que fue posible, de que a Cecil Guthrie lo asesinaron a bordo del vapor St Paul la noche del 3 de junio de 1896: de que el asesino, quien según lo estipulado en el testamento de la víctima se llevaría quince mil libras, era su compañero de viaje, Frederic Charles Helbert, hasta poco antes tercer secretario del agregado militar británico en París.

No tener duda de algo es, sin embargo, muy distinto de poder demostrarlo ante la ley. No era posible llevar a juicio a Helbert, que legalmente obtendría un beneficio sustancial de un asesinato bien calculado y a sangre fría. Ahora bien, sir Terrence Lucas estaba determinado a impedirlo. Varios días después de su primera reunión, le pidió a Charlie que pasara a verlo y le dijo que había decidido presentar una denuncia contra Helbert, con la intención de demostrar que el testamento se había redactado bajo una influencia indebida.

No había ninguna certeza, nos previno sir Terrence, de que el caso prosperara. No se podía demostrar que las disposiciones del testamento fueran irracionales. Cecil no tenía personas a su cargo ni por tanto obligación de hacer ninguna provisión para ellas. El capital correspondiente le había devengado unos ingresos que representaban aproximadamente la mitad de sus gastos anuales: la cantidad restante la completaba con una asignación que recibía de su madre. Por tanto, la situación económica de lady Guthrie mejoraba a raíz de la muerte de Cecil, y no se podía afirmar que el dinero que dejaba de percibir fuera un gran perjuicio para ella.

De hecho, aunque fuera por casualidad, se encontró un documento en el despacho del señor Goodenough, el abogado de nuestra familia, donde Cecil manifestaba la voluntad, en caso de que falleciera, de que tanto su dinero como The Manor, en Old Windsor, pasaran a nuestro hijo menor. Muy típicamente, cuando le enseñaron el documento, lady Guthrie señaló que por supuesto Cecil nunca pensó que pudiera morir antes que su achacosa madre.

Los casos de «influencia indebida» se dan normalmente cuando el testador, en el momento de firmar el testamento, bien por no estar en su sano juicio, bien por encontrarse demasiado enfermo o bajo los efectos de las drogas, no tiene plena conciencia de sus actos. La impugnación suele ir acompañada de la sospecha de que la persona designada como beneficiaria ejerciera la influencia indebida valiéndose de

su poder sobre el testador o del temor que inspiraba en él. En tales casos cabe suponer que las disposiciones del testamento se han dictado bajo coacción del beneficiario, y el tribunal puede declarar su nulidad. Entonces, si no existe un testamento anterior, corresponde al Estado resolver, como si se tratara de un caso de sucesión intestada.

En el caso de Cecil se conocía su adicción a las drogas, y sir Terrence comunicó a Charlie que el abogado de París que había preparado el testamento estaba dispuesto a declarar bajo juramento que el señor Guthrie, en el momento de dictar su voluntad, se encontraba aturdido. La reputación del abogado, si la tenía, quedaría salvaguardada por la afirmación expresa de que había instado vivamente al señor Guthrie –a quien nunca había visto con anterioridad– a esperar un momento más propicio, y sus reservas merecieron todo tipo de insultos del señor Guthrie.

En conjunto, la historia de la firma del testamento era, según se exponía en la reclamación de sir Terrence, extremadamente perjudicial para Helbert. Desconozco cuánta verdad encerraba la denuncia, pero soy de la opinión, aunque dudo en manifestarla por escrito después de tanto tiempo, de que al abogado francés le pagaron por su testimonio. El precio se diluyó convenientemente entre los gastos generales de preparación del caso, que, como cabe imaginar, fueron enormes. De lo contrario no veo motivo alguno para que el abogado en cuestión, que admitió haber conocido a Cecil a través de Helbert, decidiera cambiar de bando, pues a eso se reducía todo.

El testimonio que ofrecería el abogado, aunque sin duda levantaría graves sospechas contra Helbert, difícilmente habría bastado por sí solo para inducir a un tribunal a considerar la nulidad del testamento. Por fortuna, pudimos reforzar el caso con el testimonio de dos hombres cuya palabra, por su posición social e integridad incuestionable, era casi imposible impugnar. Era inconcebible que ninguno de los dos aceptara testificar sobre un hecho que no creyera cierto.

La primera señal de que contaríamos con dicho testimonio la tuvimos un día en que Charlie se encontró con Reggie Cameron en el club. El general Cameron era el agregado militar británico en París. Dieciocho meses antes, lady Guthrie –bien es cierto que sin la ayuda de Charlie, a pesar de que contaba con ella– le había presionado para aceptar a Helbert en su oficina.

Mucha gente, como es natural, manifestó su pesar por Helbert: debía de ser terrible para él pensar que, si hubiera entrado un poco antes en el camarote de Cecil, habría podido salvarle la vida. El general Cameron era de la misma opinión. Se refirió a su antiguo subordinado llamándolo «ese sinvergüenza» y añadió que, si alguien había tomado un veneno en vez de un medicamento, era una enorme lástima que no hubiera sido Helbert.

–¿No le fueron útiles sus servicios? –Charlie hizo la pregunta con la esperanza de que el general se explayara–. Hace tiempo que dejó la Embajada, ¿verdad? Y ahora he oído decir que ha dejado el Ejército.

El general Cameron explicó que le pidieron a Helbert que dimitiera. El motivo, que nunca se hizo público, fue la desaparición de ciertos documentos a los que el capitán tenía acceso. Helbert se había endeudado hasta las cejas y tenía la esperanza de venderlos, pero no lo consiguió.

–Cuando lo expulsamos siguió viviendo en París y, como se puede usted imaginar, no le quitamos el ojo de encima; por eso sabemos que veía a su hermano Cecil muy a menudo. Nunca se interesó tanto por él cuando las cosas le iban bien, a pesar de que debía su puesto en la Embajada enteramente a su familia de usted. Intenté prevenir a Cecil, a través de uno de los otros secretarios, de que Helbert no era trigo limpio, pero parece que se negaba a oír una sola palabra en su contra. Por el secreto que envolvía el caso, lógicamente no era posible dar detalles concretos.

Charlie contestó que, aunque los funcionarios de la Embajada le hubieran dicho a Cecil qué pensaban exactamente, probablemente más ganas habría tenido de seguir siendo amigo de Helbert.

–Tenía un talante muy de hacer justicia, ya sabe, y si nadie iba a acusar abiertamente a Helbert y a darle la oportunidad de defenderse, no cabía para Cecil sino considerarlo víctima de una injusticia burocrática. Estoy seguro de que se indignó en nombre de Helbert y, sin que tuvieran ustedes conocimiento, es posible que entre los dos urdieran un plan para readmitir a Helbert y destruirlos a todos.

El general Cameron señaló que era poco probable que hubieran llegado demasiado lejos por ese camino.

–Para ser totalmente justo con mi hermano, no creo que Cecil hubiera querido saber nada de semejante idea, ni de Helbert, a menos que lo creyera inocente. Helbert podía ser muy persuasivo, como ahora sé por experiencia, y supongo que ustedes también. Pasó unos días con nosotros en Escocia hace dos años y a mí me cayó muy bien. Ahora veo que era demasiado simpático, pero reconozco que entonces me engañó completamente.

El general Cameron coincidió en que Helbert era muy convincente y añadió que en la Embajada, hasta el último momento, nadie había tenido la menor duda de su lealtad.

–Me imagino perfectamente que, al verse despedido y con deudas todavía sin saldar, decidió jugar con los sentimientos de Cecil. Cuando llegó a la conclusión, como presumo, de que Cecil era su mejor baza, por no decir la única, para sacar un poco de dinero, me apuesto a que se aprovechó del «trato miserable» que había recibido de nosotros a pesar de su valía. Tampoco dudo de que encontrara el modo

de hacerse útil.

–¿Sabía usted que alrededor de un año antes de morir Cecil se hizo adicto a la morfina?

El general Cameron admitió que el caso era más o menos de dominio público.

–Y estoy seguro de que Helbert no dudó en explotarlo. Así iba a serle mucho más fácil influir en Cecil, aunque, por lo que oído, nunca llegó a saldar todas sus deudas, y los acreedores todavía lo persiguen.

Fue entonces cuando Charlie decidió contarle al general Cameron qué decía el testamento.

–Todo encaja demasiado bien, ¿no le parece? Helbert convence a Cecil para que le deje su dinero, posiblemente como una disposición puramente temporal, en el caso de que le ocurriera algo en el viaje; a juzgar por lo que sabemos, quizá consiguiera sacarle la promesa de pagarle las deudas en alguna fecha futura. Probablemente, si acierto en lo de la promesa, Cecil cumpliría su palabra al recibir su parte de la venta de Villa Victoria. Helbert, con la seguridad del testamento firmado, lo envenena luego en mitad del Atlántico, consciente de que en el mes de junio y con el barco aún a seis días de Nueva York, se le dará sepultura en el mar. ¿No es raro también que se eligiera ese barco en particular, cuando los de la naviera Cunard hacen la travesía en cinco días?

El general Cameron, al conocer el testamento, se quedó lógicamente horrorizado, y creo que fue entonces cuando se ofreció a testificar contra Helbert, si finalmente se llevaba el caso a los tribunales.

Charlie, hablando conmigo después, me dijo que esperaba que, llegado el momento, Reggie no reculase.

–Será muy complicado para él hablar de los motivos de la dimisión forzada de Helbert sin desvelar secretos del gobierno o exponerse a una querella por calumnias. Va a decir que Helbert necesitaba dinero desesperadamente y no lo consiguió, porque la potencia extranjera a la que había ofrecido información secreta no quiso comprarla. Y Reggie, o eso imagino, no estará en posición de aportar ninguna prueba que respalde su testimonio.

–Pero seguro que no puede negarse a testificar, aunque quiera.

–A Helbert no se le juzga por delitos penales. Reggie, después de reflexionar a fondo y discutir el caso con sus superiores, puede llegar a la conclusión de que al gobierno de su majestad no le conviene desvelar un asunto que se ha decidido guardar en secreto. Pueden presentarse un sinfín de dificultades de las que no sabemos nada. El embajador alemán, por ejemplo, aunque lo de que Alemania es el país afectado es suposición mía, puede haber tomado parte en la decisión de no denunciarlo. De ser así, podría tener repercusiones graves que los británicos, después

de acordar, incluso requerir, que el asunto se «silencie» (digámoslo así), cambien de repente de opinión y permitan que se haga público.

–Y, si no puede revelarse, ¿nuestra causa sería mucho más débil? ¿No habría base suficiente para demostrar que Helbert necesitaba dinero?

–¿No ves que la publicidad sería el mejor medio para desacreditar a Helbert como testigo? Lo presenta como un hombre indigno de confianza, hasta el punto de ser capaz de cometer un acto de traición en beneficio personal. A partir de ahí, sin embargo nadie, tampoco el tribunal, puede presuponer que, al no alcanzar sus fines vergonzosos, pasa inmediatamente a cometer un asesinato. De lo único que hay que convencer es de que Helbert ejerció una influencia indebida para que Cecil hiciera testamento a su favor. Muy poca cosa, en realidad, si lo comparamos con un delito de traición.

–Entonces ¿el testimonio del general Cameron es muy importante?

–Será más revelador que cualquier otra prueba que podamos presentar. Como ves, o al menos yo me lo imagino así, el caso será en gran parte la palabra de Helbert contra la de los testigos. Si de entrada se le presenta como un canalla redomado, es muy improbable que nada de lo que diga, si otros no lo corroboran, tenga credibilidad.

Le pregunté a Charlie, porque le había dado muchas vueltas al asunto, si habría que explicarle a lady Guthrie muchos detalles del caso.

–Los menos posibles –contestó tajantemente–. Contamos con su permiso general, aunque no estoy seguro de si sabía que nos lo estaba dando, para seguir adelante con sir Terrence. Y ni él ni yo queremos que se meta en nada hasta que tengamos la cosa en el bote.

–¿Crees que vamos a ganar?

–Si Reggie no recula y Edythe no se inmiscuye, creo que sí. Gracias a Dios, ha decidido irse a The Manor. Al menos ya no puede venir a cualquier hora a dar consejos prácticos y a contarnos las memeces que se le acaban de ocurrir. También es una suerte que no vayamos a citarla como testigo. Edythe en el estrado, lloriqueando por su queridísimo hijo, seguramente nos destrozaría.

Aunque comprendía muy bien sus sentimientos y en buena medida los compartía, me dio pena que Charlie guardase tanto rencor a la desgraciada lady Guthrie. Me la imaginaba viviendo sola en The Manor, después de haber hecho planes tan felices para pasar allí el verano con Cecil, antes de emprender el viaje que los llevaría a la India y Ceilán.

–¿Crees que Helbert habrá intentado verla?

La pregunta interrumpió mis pensamientos y me sobresaltó considerablemente.

–No, Charlie. En este momento no se atrevería.

–Crees que no. Ojalá tengas razón, aunque yo lo creo capaz. Al fin y al cabo, porque como mínimo habrá adivinado que no es probable que dejemos correr las cosas sin pelear un poco, le interesa que ella se ponga de su parte.

–¿Cómo va a conseguirlo, si ella sabe que ha matado a su hijo?

–Puede haberla convencido de que no ha sido él. Ella se ha equivocado mil veces cuando Cecil estaba vivo: ¿por qué no iba a equivocarse otra vez ahora que está muerto?

–Tengo que ir a verla, tengo que hacerla entrar en razón. Repetirle una vez más todo lo que ya le has dicho. Y ¿por qué dices *«puede* haberla convencido»? ¿No creerás que ya se han visto? Yo pensaba que Helbert volvía a París al día siguiente de desembarcar.

–Es lo que creemos. No lo sabemos con certeza.

–Entonces tengo que ir a verla. Sería horrible que... No solo por la causa judicial.

Me puse a tartamudear. Había algo profundamente repugnante, incluso obsceno, en la mera posibilidad de que lady Guthrie se dejara engañar otra vez por el traidor que había matado a su hijo. Y era posible, Charlie tenía razón: necesitaba creer en la inocencia de Helbert, naturalmente. Era lo único en el mundo que mitigaba siquiera un poco su propia culpa.

Capítulo xvi

No fui a The Manor hasta pasados unos días. Después de ocho horas de sueño profundo, me desperté con la sensación de que el impulso apremiante de salir corriendo para Windsor que sentí al hablar con Charlie me había abandonado. En un estado más sereno, escribí a lady Guthrie para preguntarle si le gustaría verme. Respondió que sí, y entonces me puse en camino, no como yo propuse y habría preferido, solo a pasar el día, sino para quedarme varias noches.

De camino, en el tren, especulé, con exclusión de cualquier otro pensamiento, sobre lo que me esperaba al llegar. ¿Seguiría lady Guthrie en el mismo extraño estado en que se encontraba a su paso por Londres? ¿No habría dado ya paso la calma, antinatural en ella, al llanto y el lamento?

Llegué a The Manor, Thompson me abrió la puerta y entré en el largo vestíbulo. Ese día, por supuesto, no me recibió la chimenea encendida. En su lugar, delante de la parrilla, con reflejos de sol en los costados de la madera oscura y abrillantada, había unas tinas con flejes de bronce, llenas de hortensias azules.

Sonreí a Thompson y vi enseguida que su actitud había vuelto a su acostumbrada formalidad. Nada en él recordaba el momento de intimidad que tuvo con nosotros en Berkeley Square. Nada, tampoco, evocaba la radiante alegría con que nos recibió nueve años antes, cuando llegamos con Cecil y las Marsden.

–La señora está arriba. Quiere que tome usted el té con ella en cuanto esté lista.

Thompson, sorprendentemente –pues por sus palabras yo esperaba que me llevase directamente a mi dormitorio–, se dirigió a la puerta del salón, la abrió y anunció mi llegada. Julie, que estaba sentada justo al fondo, se levantó de un salto y vino hacia mí.

Estaba tan guapa como siempre. El vestido negro, aunque el negro no siempre favorece a la gente de pelo muy oscuro, le sentaba de maravilla.

–Edythe está encantada de que se haya ofrecido a venir. No sé si Thompson se lo habrá dicho, pero quiere que tome el té con ella. Ha pensado que sería más tranquilo... después del viaje... y yo... –Julie parecía por momentos más incómoda–, quiero decir, Edythe, creyó que quizá no quisiera usted ver al capitán Helbert.

–¡Helbert en esta casa! –Dando un respingo, busqué con la mirada, pues ese fue mi primer pensamiento, una forma de huir.

–No está aquí –se apresuró a tranquilizarme Julie–. Se aloja en Windsor, o al

menos eso creo. Ayer vino a tomar el té y hoy vuelve. Llegó después de que respondiéramos a su carta: de lo contrario, por supuesto... Pero Edythe no ha querido decirle que no venga. Al fin y al cabo, fue la última persona que vio a Cecil con vida. Le consuela un poco saber cómo fueron esos últimos días. Pero ayer se alteró tanto que el capitán Helbert no pudo quedarse mucho tiempo.

–¿Es que no se da cuenta? ¿No te das cuenta? –Me quedé sin palabras, lamentando amargamente no haber ido tres días antes, como fue mi primera intención. ¿Por qué, ya que me había retrasado, al menos no había ido con Charlie? Me habría acompañado si se lo hubiera pedido, pero no vi ningún motivo para arrastrarlo. Pasada la primera intuición, nunca creí que Helbert se atreviera a acercarse a la madre del hombre al que había asesinado. Con un arduo esfuerzo por aparentar una calma que ni mucho menos sentía, le pregunté a Julie:

–¿Cuánto tiempo tenemos antes de que llegue?

–No lo sé.

–Entonces, haz el favor de decirle a Thompson que, si sigo aquí abajo cuando llegue Helbert, lo lleve a otra sala.

Julie se levantó para tocar la campanilla y no dijimos nada hasta que apareció Thompson. Recibió las órdenes de Julie con gesto impasible y respondió con voz neutra. Sin embargo, yo sabía que detrás de esa fachada tan serena seguramente estaba tan indignado y enfadado como yo. Me pregunté cómo trataría Thompson a Helbert cuando se presentara y de qué habrían hablado el día anterior.

Mientras esperábamos a Thompson tuve tiempo de pensar. No podía contarle a Julie nada de la denuncia, nada que pudiera llegar a oídos de Helbert. Al fin y al cabo, puede que fuera mejor no hablar con ella; subir directamente a ver a lady Guthrie. Pero necesitaba la ayuda de Julie. Seguro que tenía mucha más confianza con mi suegra de la que yo había tenido nunca, y sería capaz de persuadirla ahí donde Charlie y yo habíamos fallado.

Le pregunté si no estaba al corriente de lo que Charlie le había contado a lady Guthrie.

En voz baja, Julie dijo que sí.

–Edythe me lo contó esa noche, cuando volvió al Coburg.

–Entonces, sabiendo que mató a su hijo, ¿cómo demonios se decide a verlo, y tú, que eres su amiga, cómo se lo permites?

Por primera vez desde que entré en el salón Julie me miró a los ojos.

–Es que ella no lo cree.

–¿Y tú?

–Creo que sí, no lo sé.

–Y ¿si te prometiera que es cierto?

–No puede, ¿o sí? Nadie puede *demostrarlo*.

Me levanté de golpe y me puse a dar vueltas. Agucé el oído para detectar cualquier señal de que Helbert ya hubiera llegado. No era probable que oyese nada, con las dobles puertas y el pasillo que separaba el salón del vestíbulo.

–Pero, Julie, aunque no pueda demostrarse legalmente, hay cosas, algunas han salido a la luz en los últimos días, que no dejan lugar a dudas. Helbert lo planeó de principio a fin, y lo peor es que en buena parte se sirvió de lady Guthrie.

Pensaba en las cartas que, según los criados, Helbert y ella cruzaron antes del viaje.

–¿Se sirvió de Edythe?

–¿No es verdad que le escribió varias cartas? –Intenté que pareciese que no lo sabía con certeza–. Le habló de la jeringa que encontraron cuando Cecil supuestamente ya se había curado. En ese momento, el médico propuso que Cecil ingresara en una residencia y él aceptó. Para ahorrarle disgustos, no le dijeron nada a lady Guthrie. Iban a ocultárselo porque, como ella nunca iba a París, habría sido muy fácil. Pero Helbert escribió y se lo contó. Presentó la situación como si se tratara de una conspiración entre el médico y... y la amante de Cecil, para quitárselo de en medio, quizá con la intención de quedarse con su dinero. También los acusó de sobornar a Thompson para que guardara silencio.

Observé a Julie con mucha atención, sin saber hasta qué punto Helbert había hecho estas revelaciones en sus cartas.

Asintió, sin contradecir nada.

Entonces decidí continuar.

–Como es natural, lady Guthrie debió quedarse horrorizada al recibir esa carta. No sabría qué hacer, sobre todo porque Helbert la advirtió de que bajo ningún concepto le insinuara a Cecil que estaba al tanto de lo que ocurría. Argumentó que, si Cecil llegaba a enterarse de que su madre estaba recibiendo información suya de otra persona, se volvería contra ella.

–Sí –dijo Julie–, todo eso estaba en las cartas. El capitán Helbert decía que Cecil estaba tan bajo los efectos de la morfina que su amante le incitaba a tomar que ya no atendía a razones. Decía que él mismo había intentado convencer a Cecil para que no ingresara en la residencia, donde estaría enteramente en manos del médico. Pero, cada vez que se lo sugería, a Cecil le entraba una de esas rabietas a las que son proclives los adictos. También se negaba a escuchar una sola palabra en contra de esa horrible mujer. Edythe se alteró mucho al leer la carta; cuando cayó en la cuenta de todo lo que implicaba, quiso ir a París.

Dije que era una lástima que finalmente no lo hiciera.

–Bueno, es que había acordado con Cecil que no se verían hasta que él hubiera

terminado el libro, y Edythe no quería, creo que no se atrevió, faltar a la promesa que le había hecho. Además, el capitán Helbert estaba seguro de que cualquier muestra clara de oposición a que Cecil ingresara en una clínica solo serviría para que se empeñara en hacer lo contrario.

–Y ¿fue el capitán Helbert quien propuso el viaje por mar como alternativa?

–No. Fue a Edythe a quien se le ocurrió, leyendo un artículo médico que hablaba del tema. Me acuerdo de que se puso muy contenta, porque creía haber dado con la solución. Como a Cecil le gustaba tanto viajar, estaba segura de que no le costaría convencerlo para hacer el viaje; además, como nunca había ido a Estados Unidos...

–Pero ¿no fue el capitán Helbert quien le recomendó el artículo? ¿No se lo envió o le dijo dónde encontrarlo?

Julie, a quien había interrumpido en mitad de una frase, me miró con curiosidad. Era evidente que hasta ese momento no fue consciente de que llevaba un buen rato no solo corroborando mis palabras, sino contándome cosas que yo no sabía.

Puso cara de incertidumbre. Con la esperanza de que el gesto indicara dudas sobre la inocencia de Helbert, señalé que era muy improbable que un médico titulado quisiera ingresar a un paciente en una residencia con la intención de hacerle daño. Le dije que la amante de Cecil, lejos de fomentar su adicción, llevaba tiempo insistiendo en que tenía que dejarlo.

En cuanto a la veracidad de este último dato, no solo contábamos con la palabra de Thompson, sino que más de un amigo de Cecil en París, entre ellos el editor que iba a publicar su libro, le dijo a Charlie más tarde que no cabía la menor duda de que era cierto.

Y la idea de que Thompson, que llevaba veinte años sirviendo a la familia con devoción, se dejara sobornar era tan ridícula, así se lo dije a Julie, que no valía la pena perder un segundo en considerarla.

¡Qué plan tan diabólico! Helbert, jugando con la preocupación y los temores de lady Guthrie por la seguridad de su hijo, y sus celos anormales de todo lo que se relacionara con él, la había manipulado para que le facilitara el escenario perfecto para el asesinato. Enviándole el artículo sobre la adicción a la morfina, hizo que fuese lady Guthrie y no él quien propusiera la idea del viaje por mar. Y, desacreditando a Thompson, casi se aseguró de que ella le rogara que acompañase a Cecil, como supuesto amigo leal: un plan mucho mejor, en el caso de que algo saliera mal, que si hubiera sido el propio Helbert quien hubiera ofrecido la supervisión recomendada en el artículo.

–No puede saber nunca que fue culpa suya.

–Pero si sigue confiando en Helbert...

Me detuve, viendo que era imposible que lady Guthrie llegara a admitir alguna vez que Helbert había matado a su hijo. En tal caso, tendría que aceptar la consecuencia de que –al sugerir el viaje y convencer al asesino para que acompañara a su hijo– era ella, trágica y definitivamente, la responsable de la muerte de Cecil. Si Cecil hubiera muerto accidentalmente, no tendría nada que reprocharse. Por otro lado, dadas las circunstancias sería natural que le guardara un profundo rencor a Helbert, que podría haber evitado la muerte tan fácilmente. Estaba claro que pedirle que creyera que se trataba de un asesinato era demasiado pedir: la poníamos en una situación en la que, por su bien, se veía obligada a aferrarse a la quimera de la inocencia del capitán.

Le dije a Julie que iba a ver a lady Guthrie y me acerqué a la puerta.

–Pero no...

Julie parecía asustada, conmocionada todavía por haber admitido que Helbert era culpable.

Sin darle tiempo a añadir nada, salí del salón. Había cruzado el pasillo y estaba ya en el vestíbulo cuando la puerta se abrió al fondo. Vi que el capitán Helbert venía hacia mí. Me había olvidado de que podía llegar en cualquier momento y, por su expresión de sorpresa, supe que Thompson no le había dicho que yo estaba en la casa. Nos miramos un buen rato.

–¡Lady Anne!

¿Era un saludo o una amenaza? Acompañó sus palabras de una sonrisa empalagosa. Si en ese momento se hubiera caído, le habría aplastado de un pisotón, cosa que en la vida he sido capaz de hacer ni con un insecto.

Pasé de largo sin decir palabra. Ya en la puerta que llevaba a la escalera di media vuelta. Seguía mirándome y la sonrisa no había desaparecido de sus labios.

–Si se atreve a volver a esta casa...

La sonrisa se convirtió en una mueca de desprecio. Dijo que era invitado de lady Guthrie.

–Ha cambiado de opinión: no quiere volver a verlo. Thompson –afortunadamente oí que venía– le acompañará a la puerta.

Cuando terminé la frase Thompson ya estaba a mi lado. Nos miramos, y Thompson se dirigió hacia el capitán Helbert, que parecía muy ancho de hombros con su abrigo negro. Su reacción fue la de un perro grande que se siente por fin con libertad de enzarzarse en la pelea que lleva mucho tiempo evitando. Dudó un momento, pero después de lo que yo acababa de decirle en realidad no podía hacer nada. Aceptó con docilidad el sombrero que Thompson, cogiéndolo bruscamente de la mesa en la que lo habían dejado, le ofreció.

–Si hace el favor, señor.

Thompson estaba muy cerca de Helbert, pero aparte de esta proximidad nada habría indicado a un posible testigo que algo extraño estaba pasando: un mayordomo cumplía con su tarea habitual de despedir rápidamente a un invitado que se iba.

Cuando se abrió la puerta principal seguí mi camino hacia la escalera.

Entré en el dormitorio de lady Guthrie y la encontré tumbada en la *chaise-longue,* como de costumbre cerca de la chimenea, que, por una vez, estaba apagada. Parecía frágil y estaba sorprendentemente guapa. Con un salto de cama negro de finísima batista y encajes de Valenciennes, telas que en aquella fase del luto no habría podido permitirse con un atuendo más formal, parecía casi joven. Las líneas de honda tristeza en las comisuras de los labios y las arrugas del entrecejo, tan marcadas cuando la vimos en Berkeley Square, ya no llamaban la atención.

–Querida, qué bien que hayas venido. –Me tendió una mano, mientras dejaba la otra, en la que sostenía un libro, muy cerca del suelo–. Perdóname por no levantarme.

Cogí la mano tendida, me agaché para acercar un momento mi mejilla a la suya y me vi envuelta en la nube de perfume casi visible que la rodeaba. Me señaló una silla.

–Traerán el té enseguida.

Esperé a que explicara por qué tomábamos el té en su dormitorio, a que pronunciara el nombre de Helbert, pero no dijo nada más. Tendría que haberlo imaginado: había que alejar todo lo desagradable; dejar que otros se ocuparan de eso; no permitir que la tocase directamente.

Entró Louise y dejó la bandeja del té en una mesa que tenía al lado. Se quedó un momento para acercarle a lady Guthrie su taza después de que yo la llenara; para colocar el plato de pan y mantequilla, los sándwiches, los inevitables pastelitos. La operación me dio una tregua, pero lady Guthrie no podría retener eternamente a Louise. Llegaría el momento en que nos quedaríamos solas. La doncella se retiró por fin. Miré a lady Guthrie y ella me miró.

–Me he encontrado con el capitán Helbert abajo.

El comentario no indujo ninguna respuesta. Seguía mirándome, con una expresión de infinita tristeza, y empezaron a llenársele los ojos de lágrimas.

–Julie me lo ha contado –continué–. Creo que has sido muy valiente al recibirlo cuando... cuando todos creemos que podría haberle salvado la vida a Cecil.

Vi un cambio en la expresión de sus ojos azules; las lágrimas se detuvieron sin llegar a desbordarse.

Añadí inmediatamente:

–Sé lo que vas a decir –aunque eso también era mentira, porque tendría que ser yo quien dijera lo que hubiera que decir–. Charlie te dijo –hice un esfuerzo desesperado por recordar qué le había dicho exactamente–, te dijo que creía que el capitán Helbert había...

Pensé que «asesinar» era una palabra demasiado fuerte.

–Que el capitán Helbert había sido la causa de la muerte de Cecil.

Lady Guthrie –otra vez ese gesto que recuerdo tan bien– se llevó la mano al corazón.

–Por favor, no lo soporto.

–Charlie, todos, estábamos muy alterados, y había muchas cosas que... Ahora que ha tenido tiempo de reflexionar cree que Helbert podría haberlo evitado.

Los ojos azules miraron directamente a los míos: la cabeza asintió despacio.

–El capitán Helbert tenía la obligación de asegurarse de que un error así nunca se cometiera. Los dos frascos, tan parecidos, nunca tendrían que haber estado tan cerca. Cualquier otra persona lo habría comprobado; habría inspeccionado el camarote después de que el camarero deshiciera el equipaje. Al fin y al cabo, Cecil estaba enfermo. Nadie podía esperar que se ocupara de estas cosas personalmente.

–Si Thompson hubiera ido con él... –lo dijo en voz tan baja que me costó entenderlo–... Pero cuando le escribí para sugerírselo, Cecil me contestó que no hacía falta; que era un gasto innecesario. Creo que de verdad *prefería* ir solo con Frederic. Te lo puedo demostrar.

Alargó una mano para coger una caja lacada que tenía al lado, encima de la mesa. Le impedí que me enseñara la carta en ese momento; cuando la leí más tarde, no me cupo la menor duda, por la curiosa manera de expresarlo –«Ahora estoy convencido de que Frederic de verdad me aprecia mucho»–, de que era la respuesta de Cecil a una carta que ella le había enviado. Una carta en la que intentaba convencerlo –y por desgracia lo conseguía– de que aceptara a Helbert como compañero de viaje.

–Lo menos que podía haber hecho era pasar a ver a Cecil esa noche. –Había resentimiento y amargura en la voz de lady Guthrie–. Ayer volvió a decirme que Cecil no se encontraba nada bien cuando fueron a acostarse. ¿No cree Charlie que era lo menos que Frederic podía haber hecho?

–Por eso cree, muy en serio, que ninguno de nosotros tiene que ver a Helbert ni consentirle nada.

Habíamos llegado al punto crucial. La empujé con todas mis fuerzas a que hiciera lo que yo quería; a que llegase a la conclusión, aunque solo fuera por el hecho de que Helbert habría podido salvarle la vida a Cecil, de que era responsable de su muerte.

–Estaba muy nervioso, quería volver. Por eso he pasado tan mala noche y llevo mal todo el día. Supongo que cuando lo viste iba al salón a tomar el té con Julie.

No dije nada, y lady Guthrie prosiguió.

–Sin haber dormido y sabiendo cuál es la opinión de Charlie, no me veo capaz de verlo; de tomar una decisión en este momento. Al fin y al cabo, ya no puede contarme nada más de mi querido hijo. Me lo contó todo ayer: cómo fueron esas horas de angustia... –Las lágrimas le resbalaron entonces por las mejillas–. Por favor, diles que no me encuentro en condiciones de recibir al capitán Helbert. Luego, si no he cambiado de opinión, podemos escribir al hotel y decirle que no vuelva por aquí, ¿no? –Me miró con un aire patético–. Charlie cree que no hago bien en verlo, ¿verdad? No quiere que lo vea.

Era lo más parecido a una capitulación que podía esperar de ella, pero me bastó para concluir que habíamos sorteado el peligro de que se pusiera «de parte de Helbert». La triste victoria era mía.

Los sollozos se sumaron entonces a las lágrimas y, consciente de que mis fuerzas no me permitirían más emociones, dije que iba a avisar a Julie.

–A Louise, dile a Louise que venga.

Esto le oí decir con voz entrecortada cuando ya estaba saliendo. Cerré la puerta y fui en busca de la doncella.

Capítulo xvii

Después de prometerle a lady Guthrie que me quedaría en The Manor por lo menos tres días, me sentí obligada a cumplir mi promesa, aunque a las pocas horas se hubiera despejado ya el peligro de que se aliara con Helbert. Yo estaba muy preocupada entonces por el resultado de la denuncia que sir Terrence estaba preparando contra Helbert. Según me había explicado Charlie, había muchos obstáculos que salvar. El mayor de todos, afortunadamente eliminado, era que lady Guthrie, para negar su responsabilidad en la organización del fatídico viaje, pudiera ponerse de parte de él. Si este conseguía llevarla al extremo de que aceptase declarar su confianza en la entrega desinteresada de Helbert por su hijo, de poco habría servido el intento de demostrar que efectivamente el capitán había ejercido una influencia indebida en la redacción del testamento.

De todos modos, me habría gustado olvidarme del todo del caso. Tenía ganas de volver a Londres para que Charlie me tranquilizara y me impidiera dar vueltas al asunto a todas horas. El desánimo que se apoderó de mí era, creo, muy poco razonable, pero estar en The Manor, con lady Guthrie y Julie, no propiciaba la alegría, por decirlo suavemente. Había también muchas cosas que no llegaba a entender y me tenían intranquila. Lady Guthrie, al parecer, se había encerrado en sí misma. No salía de su dormitorio, a pesar de que tanto Thompson como Julie me decían que antes de mi llegada sí tenía esa costumbre. Thompson lo expresó diciendo que nunca la había visto mejor consigo misma.

–¿Verdad que cualquiera habría dicho que la muerte del señor Cecil la dejaría destrozada? Pues ya ve que no, porque ha sido capaz de hacer el viaje a París y venir a Inglaterra sin despeinarse. No digo que no estuviera alterada. Lo estaba, como es lógico, pero no se metió en la cama, que habría sido lo natural en ella, porque es lo que ha hecho siempre.

Dije que la gente a veces sentía más las cosas, o se sentía más afectada, una vez pasada la primera impresión. Probablemente, la noticia de la muerte del señor Cecil era tan angustiosa que tardaría algún tiempo en tomar plena conciencia de lo ocurrido.

Thompson dijo que sí, que seguramente era eso lo que le pasaba, pero no parecía convencido.

Otro detalle de lady Guthrie que empezaba a causarme perplejidad era su forma

de tratar a Julie. La última vez que las vi juntas en Villa Victoria tenían, era evidente, una amistad muy íntima. Estaba claro que ya no era el caso, y todo lo que lady Guthrie me decía de Julie era para desprestigiarla. Me dio a entender que era una aprovechada de lo más cargante, que la había acogido en su casa por caridad –calculé que hacía por lo menos dos años de eso– y que le gustaría mucho librarse de ella.

–Parece que la casa fuera suya, y se entromete en todo.

Julie, por su parte, daba la sensación de estar profundamente desconcertada por esta caída en desgracia tan repentina como inesperada. Lo atribuyó, después de mucho reflexionar en voz alta delante de mí, a que a lady Guthrie quizá la hubiera trastornado el durísimo golpe de la muerte de Cecil.

–Creo que a veces pasa. –Me estaba suplicando que le diera la razón–. La gente atraviesa una etapa de desequilibrio temporal y se vuelve contra quien la quiere, contra aquellos, quizá, a los que más cosas debe.

–¿Crees de verdad que es menos cariñosa contigo que antes?

Con lágrimas en los ojos, Julie me contó que lady Guthrie había cambiado radicalmente de actitud hacía unas semanas. Empezó a notarlo unos cinco días después de que llegara el telegrama con la noticia de la muerte de Cecil.

–Y desde entonces no ha hecho más que empeorar: ya ve que prácticamente no me dirige la palabra, me manda recados a través de Louise para que no suba a su dormitorio y siempre que voy me trata con muy poca amabilidad.

Me daba mucha lástima Julie. Vi que sería muy grave para ella que lady Guthrie, que a todos los efectos la había adoptado, le diera la espalda definitivamente.

Tenía entendido que Julie llevaba mucho tiempo sin ver a sus padres y se había distanciado de ellos; por eso, si lady Guthrie la echaba de casa, no tendría adónde ir y tampoco dinero, porque los Wrottesley eran muy pobres. Pensé, no por primera vez, que era una pena que Julie no se hubiera casado. A veces ocurre que las chicas más guapas, normalmente porque apuntan demasiado alto, acaban perdiendo su oportunidad. Julie se había pasado los dos primeros años después de su puesta de largo revoloteando de chico en chico. Después tuvo ese breve y misterioso compromiso con Cecil, que terminó, según mi hija, porque Julie se permitió tener un lío con otro. Desde entonces, viviendo exclusivamente con lady Guthrie en un rincón prácticamente aislado como Villa Victoria, había tenido pocas oportunidades de conocer a alguien que le conviniera.

–Fue tan maravillosa, amable y comprensiva cuando Cecil y yo... ya no íbamos a casarnos, y yo no tenía adónde ir. Mis padres, es posible que Sybil se lo haya contado, nunca han sido muy generosos. Mi hermano y yo siempre hemos tenido que buscarnos la vida. Cuando Cecil y yo nos prometimos y me fui a Francia a casa de Edythe, y eso que nunca les dije que el compromiso fuera en firme, mis padres se

enfadaron mucho. Los Guthrie no lo sabían, creían que todo iba bien. Pero lo cierto es que mis padres me habían prohibido ir. Cuando volví a casa y creyeron que iba a casarme con ese francés la situación mejoró un poco, pero al ver que la relación no cuajaba mi padre dijo que no quería volver a saber nada de mí, y me mandaron a Irlanda con esos primos. Poco después mis padres dejaron la última casa en la que habían vivido juntos. Mi madre se fue con una prima y vive con ella desde entonces. Mi padre se marchó a Canadá, y creo que sigue deambulando por el oeste, buscando fortuna. Cuando era pequeña, mi padre siempre estaba yendo y viniendo, entre Canadá y Estados Unidos, y en todos los viajes iba a hacer fortuna, pero nunca la hizo, claro.

Había una nota de amargura en su voz. Me dio pena.

Criticar era muy fácil para mí, que –al margen de una desgracia muy grande que nos ocurrió más adelante– siempre había vivido en entornos agradables. Por eso quiero dejar bien claro que nunca sentí nada más que compasión por el resentimiento de Julie ante las circunstancias de su vida. El suyo era el viejo problema –trasladado a la generación de su padre– del hijo menor de un hombre rico condenado, por su posición en la familia, a vivir y criar a sus hijos en una pobreza relativa. Hay algo en estas situaciones que es muy injusto, y espero que se haga algo para resolverlo.

–Edythe siempre ha dicho que cuando me case, si es que me caso, hará todo lo posible por ayudarme y que, si no me caso, no me faltará su ayuda.

Pensé que esta confesión de su dependencia económica de lady Guthrie, que evidentemente la avergonzaba, era muy dolorosa para ella. La consolé como pude, diciéndole que se estaba precipitando, dando más importancia a la situación de lo que los hechos justificaban. Lady Guthrie no se había retractado, al menos de momento, de ninguna de las promesas que le había hecho y tampoco le había pedido que buscara otro sitio donde vivir.

–Es muy probable que pronto volvamos a verla totalmente cambiada, cariñosa contigo y con tantas ganas como siempre de tenerte cerca.

Julie me rogó que, si tenía ocasión de hablar con ella del asunto, no la dejara escapar.

Le prometí que haría cuanto estuviera en mi mano por favorecer un *rapprochement*.[1]

–Aunque en este caso es muy conveniente no agitar las aguas, no interferir, dejar que se reponga poco a poco.

Julie contestó que quizá tuviera razón, pero noté, a pesar de la sonrisa con que acompañó sus observaciones, que seguía estando asustada.

Con la idea de discutir la situación de Julie y, a ser posible, de interceder por ella,

esa misma tarde subí a ver a lady Guthrie.

Como de costumbre la encontré tendida en la *chaise-longue,* al lado de la caja en la que guardaba sus valiosas cartas; todo, tanto ella como el dormitorio, estaba igual que tres días antes. Me senté en la butaca que siempre me asignaba. No me pareció que tuviera ganas de hablar, pero, cuando insinué que quizá prefiriese estar sola y seguir descansando, insistió en que me quedara.

Me fijé en el dormitorio, en su aire familiar de lujo y capricho. Allí nada cambiaba y, al mismo tiempo, la impresión general era siempre la de un escenario montado un minuto antes como telón de fondo del presente. De pronto, casi violentamente, me acordé del día en que me senté delante del tocador y me solté el pelo, un poco preocupada, por cómo me quedaría el peinado. Cecil y Charlie estaban abajo, y Lydia Marsden y su madre habían subido con el ama de llaves a ver las buhardillas, o ya estaban volviendo. Me imaginé a Cecil, aunque era una escena que en realidad nunca llegué a presenciar, esperando al pie de la escalera; vi la mirada que cruzaba con Lydia, la cara de felicidad que tenían los dos. Era una imagen muy nítida y también extremadamente dolorosa. Cerré los ojos un momento, tratando de bloquear el recuerdo, pero no cayó en la trampa. El dolor, el contraste insoportable entre el pasado y el presente, fue tan intenso como de costumbre. Segundos después oía el eco de sus voces; la risa ligera de Lydia respondiendo a la de Cecil; los oí reír a los dos sin ningún motivo. Abrí los ojos: casi me sorprendió verme sentada, no delante del tocador, sino en una butaca, en un rincón del dormitorio. Miré a lady Guthrie sin entender cómo es que estaba allí. Nada había cambiado excepto... Me fijé en la pared de la chimenea: ¡cortinas plisadas de seda estampada! Una de las muchas telas, ¿no me lo habían contado docenas de veces?, que sir David había traído de Persia. Pero esa tela no tendría que estar ahí, ¿o sí? Exactamente ahí, antes había un retrato de lady Guthrie, una copia del que tenía sir David en su sala de estar en Cannes. ¿No lo vi reflejado en el espejo mientras me arreglaba el pelo, justo cuando acababa de peinarme, y entonces el ama de llaves entró y yo bajé?

–¿Qué ha pasado con el cuadro?

La pregunta, después de un silencio tan largo, pareció sobresaltar a lady Guthrie. Tuve que explicarle a qué me refería:

–El retrato tuyo que estaba ahí –señalé la pared–. Creo que era una copia de uno que había en Villa Victoria.

–Nunca se hizo una copia. Nunca ha habido un retrato mío en esta habitación.

Era evidente que estaba segura de lo que decía. Me dio un vuelco el corazón; sentí un profundo escalofrío en la nuca. Pero ¿por qué? ¿A qué venía tanto miedo por equivocarse con un cuadro? Creía que nueve años antes había un retrato de lady Guthrie encima de la chimenea y ahora me decían que no. Me había fallado la

memoria en un detalle sin importancia. Sin embargo, estaba convencida de que era cierto; había pensado muchas veces en la manera tan extraña en que los ojos, reflejados en el espejo, parecían posarse casi con malevolencia justo donde momentos antes había estado Lydia.

–¡La cara reflejada en el espejo!

Interrumpida por la brusca aparición del ama de llaves, no llegué a comparar la cara reflejada, un cuadro de un cuadro, con el propio retrato.

Creo que la comida estaba lista y, al verme hablando sola, la señora Pomfret me miró con extrañeza. Para disimular mi vergüenza salí corriendo. ¿Y luego? No volvimos a entrar en el dormitorio: nos llevaron los abrigos y todas nuestras cosas a la casa del guarda. ¡En realidad nunca vi el cuadro!

Noté que me temblaban las rodillas y el corazón me latía mucho más deprisa de lo habitual. Lady Guthrie, que no se había fijado en mi estado de agitación, seguía hablando de los retratos varios que le habían hecho, a ella y a su familia.

El de sir David, pintado cuando ya era un anciano, con su uniforme de embajador en audiencia real, se le parecía mucho. Lamentó que el único retrato de Cecil se le hiciera cuando tenía seis años.

–Aunque tengo muchas fotografías. –Recorriendo el dormitorio con la mirada, se detuvo en la que estaba con la Biblia y el libro de oraciones en la mesilla de noche. Cecil salía muy favorecido en la foto, indiscutiblemente guapo, con la cara algo más delgada de lo que yo recordaba.

Lady Guthrie explicó que era la última que le hicieron.

–Solo unos días antes de salir de París, según me han dicho. Él no llegó a verla, y cuando llegó a mis manos ya había muerto. Por la forma tan rara en que la recibí tuve la sensación de que me la enviaban de ultratumba.

Esperé que dijera algo más de la foto, pero empezó a hablar, en un tono muy práctico, de sus planes para el futuro.

–Villa Victoria ya se ha vendido, como sabes. Mi hijo y yo íbamos a vivir en esta casa, o al menos a instalar aquí nuestro cuartel general. Le hacía mucha ilusión. En sus últimas cartas hablaba mucho de sus planes para la casa y de las obras benéficas que tenía pensadas... y hacía unos preciosos esbozos de los viajes que haríamos en el Thalassa. Quería enseñarme muchos sitios que yo no conocía; y que explorásemos otros muchos juntos. Ahora ya no podremos, claro, y me trae sin cuidado dónde voy a vivir, o a morir, aunque siempre hay que hacer previsiones para el día a día.

Recordando lo que había dicho Nealie –que lady Guthrie quizá decidiera instalarse en París– esperé con cierto interés lo que pudiera decirme.

–Ahora que he perdido a mis amores, a los dos seres que lo eran todo para mí, necesito encontrar un rincón donde esperar el momento de reunirme con ellos. Le

pido a Dios que tenga la misericordia de no alargar la espera. Era natural que a mi querido David lo llamase a descansar antes que a mí. Pero ¡una madre no puede seguir viviendo cuando su hijo ha muerto!

–Es muy duro, como dices. –No sabía qué responder, pues no es fácil encontrar palabras de consuelo para un dolor como el suyo. Pensé que hablarle del consuelo de la religión sería presuntuoso.

–Mi primera idea, cuando supe que me había quedado sola, fue venir a The Manor. Pensé que en esta casa, que construimos para Cecil cuando era niño, y donde todo, hasta el último mueble y el último adorno evoca su presencia, me sentiría más cerca de mi hijo que en ninguna otra parte. Pensé que era lo que él habría querido; que sería el mejor sitio para recordarlo.

Lady Guthrie me miró intencionadamente, y asentí para animarla a continuar.

–Ahora sé que me equivocaba. Cecil no quiere que viva aquí sola. Le daría mucha pena. Tiene deseos muy distintos para mí.

Asentí de nuevo, esta vez con menos convicción. ¿Había vuelto a sus creencias –antes parecía creerlo solo a medias– en el espiritismo? Yo sabía que sir David, que rebajaba cualquier forma de espiritismo a unos cuantos golpes en una mesa, la convenció, en cuanto supo de sus actividades, para que lo dejara. Pero con la muerte de Cecil era más que probable que hubiese tenido la tentación de repetir, por el consuelo que al parecer ofrecía.

–Tanta pena –añadió con firmeza lady Guthrie, que seguía hablando de Cecil– como cuando seguía en este mundo y las circunstancias le obligaban a dejarme sola temporalmente. Por eso he renunciado a llevar una existencia monacal, como tenía previsto.

No viéndome capaz de enzarzarme en una discusión teológica, dije que me parecía un error que viviera completamente sola.

–Además, ¡llevas muchos años fuera de Inglaterra y no estás acostumbrada a lo duro que es aquí el invierno!

–No se trata de mis inclinaciones.

El comentario era un claro reproche. Entonces guardó silencio y, juzgando que no era el mejor momento para hablarle de Julie, me levanté para retirarme.

Encontré el salón vacío y me iba a sentar a un escritorio cuando entró Thompson. Contenta, después de mi incómoda conversación con lady Guthrie, de tener alguien con quien hablar, lo retuve con observaciones sin importancia. Muy pronto habíamos vuelto al asunto que no podíamos quitarnos de la cabeza.

–Y esperé hasta el último momento que el señor Cecil quisiera llevarme con él a Estados Unidos. O al menos a Inglaterra, para despedirlo en el barco. Pero no fue así. Se marcharon los dos solos y yo me fui a Cannes con la señora.

Después de repasar una vez más todas las circunstancias que precedieron al trágico viaje, nos centramos en lo que Thompson consideraba una conducta inexplicable de su señora.

–Habría sido más natural que no saliera de la cama, pero a los pocos días estábamos camino de París. Al principio, cuando Louise me anunció que nos íbamos, no me lo creí, pero luego resultó que era verdad. Pasamos dos noches en París y después vinimos a Inglaterra. Y ahora supongo que no volveremos a la villa, porque tienen que sacar todos los muebles antes de finales de julio, y a la señora no le valdría la pena tanto ir y venir, ¿verdad?

Era una cuestión importante; con ánimo de no responderle le conté que acababa de ver una foto de Cecil, y añadí que lady Guthrie parecía muy contenta de tener una tan reciente.

–Se lo ha dicho, ¿verdad?

–¿Qué?... ¿que cuando llegó a sus manos el señor Cecil ya había muerto?

Thompson dudó.

–No sé si hago bien en hablar de esto, porque cuando esa foto llegó a Cannes, sin una nota ni nada, la señora se alteró mucho. Lo cierto es que fue muy raro: una foto que nadie sabía que existiera, y que caía del cielo de repente cuando él ya estaba muerto.

–Y ¿cuál fue la explicación? –Thompson no contestó enseguida–. ¿O no la hubo?

–Creía, por lo que ha dicho usted, que la señora ya se lo había contado. –Dudó de nuevo y luego, llegando a la conclusión de que no había ningún motivo para callarse, porque ya había hablado más de la cuenta, me explicó que fue «la mujer» quien envió la foto a lady Guthrie: mademoiselle Laurent.

Le dije que hacía bien en decírmelo.

–Lo que no me esperaba era que ella se presentara en el hotel. No sé cómo se enteró de que la señora estaba en París; no se me ocurrió que se hubieran escrito.

–¿La vio lady Guthrie?

–Sí que la vio, y tampoco se inmutó por recibirla. Se dio la circunstancia de que yo estaba con ella en el salón cuando trajeron la tarjeta de la señorita. Al ver el nombre no supe qué hacer. En fin, no tenía más remedio que dársela a la señora, y eso hice. Y ella dijo que lleváramos a mademoiselle a la suite. Le pregunté si sabía quién era y dijo: «Sí, Thompson, perfectamente», y la verdad es que no parecía muy contenta... muy contenta conmigo, quiero decir, por haberlo preguntado. No le sé decir qué pensó de la visita de mademoiselle. Entonces me ordenó que saliera y le dijera a la señorita Wrottesley que no la molestara; y salí al pasillo. Poco después vi que mademoiselle venía hacia mí. Iba de negro, y en Inglaterra la habrían tomado por una viuda, pero los franceses, como seguramente sabe usted, tienen costumbres

distintas a las nuestras en el luto y esas cosas. Supongo, por así decir, que viéndome todavía en el pasillo podrían haber pensado que tenía intención de curiosear, y sé que no era asunto mío.

La entrevista de mademoiselle Laurent y lady Guthrie tampoco era asunto mío, pero me interesaba demasiado para que Thompson se callase.

Me contó que, al verlo, mademoiselle Laurent se detuvo y cruzaron unas palabras.

–Y entonces mademoiselle dijo una grosería del capitán Helbert, porque nunca le cayó bien y sabía que yo era de la misma opinión, porque lo habíamos hablado en varias ocasiones. Le dije que el capitán Helbert estaba volviendo de Estados Unidos, y entonces entró en la habitación de la señora, de la que no salió hasta las once de la noche. En total estuvo más de cinco horas. La señora pidió que les subiéramos la cena, y la señorita Wrottesley cenó abajo, sola. Tampoco me mandaron a mí a servirla, porque los camareros del hotel se encargaron de todo. Louise se asomó un momento y la señora la echó casi sin dejarle entrar.

La curiosidad de los criados por esta reunión de lady Guthrie y la *cocotte* parisina que había sido la amante de su hijo no era sorprendente. Hace veinte años, y supongo que hoy sería muy parecido, no se tenía noticia de reuniones de estas características, y por tanto era impensable. De todos modos, me imaginé que las ganas de hablar con alguien que hubiera visto a su hijo más recientemente que ella prevalecieron sobre su tradicional concepto del decoro.

–Si uno piensa en lo que está sufriendo puede llegar a entenderlo.

Thompson, que, como bien había observado en los años que pasó con Cecil, era un hombre proclive a la compasión, quiso manifestar que estaba de acuerdo.

–Y, como es natural, señora, la señorita Wrottesley no sabe nada de esto; como tampoco sabe que mademoiselle volvió al día siguiente y estuvo con la señora casi hasta la hora de salir para la estación. Ese día preguntó por mí antes de subir. Parecía muy contenta de cómo la había acogido la señora el día anterior, y así lo dijo. Volvió a decir cosas muy duras del capitán Helbert. Y no es que yo no estuviera de acuerdo con ella. De hecho, llegué a decirle que, a mi modo de ver, había muchas cosas que no sabíamos de la muerte del señor Cecil. Porque yo ya sospechaba incluso antes de que el señor Guthrie se encontrara con el capitán Helbert y oyera lo que este tenía que decir. Naturalmente, advertí a mademoiselle que no le hiciera a la señora la menor insinuación al respecto. De eso, dije, ya se ocuparía, llegado el caso, alguien de la familia; no era nuestra responsabilidad.

Esta conversación con Thompson fue la última de cierta transcendencia que tuve en The Manor. Al día siguiente volví a casa, aunque antes de marcharme intenté una vez más hablar con lady Guthrie de Julie. Me parecía justo que si iba a abandonar a

la chica se lo dijera lo antes posible. También esperaba convencerla, si es que no lo tenía ya previsto, para que hiciera algo por su *protégée* en el plano económico. Mi intento de intervención fue un fracaso, ya que lady Guthrie se negó rotundamente a hablar del tema.

En Londres encontré a Charlie muy contento porque acababa de tener noticias de sir Terrence: había citado tanto al general Cameron como al agregado naval británico en París para que testificaran en contra de Helbert.

–Hoy se lo comunicarán a los abogados de Helbert, así que ya solo nos queda esperar a ver qué responden ellos y él. La opinión de sir Terrence es que les va a costar encontrar alguna explicación, y no le extrañaría que al final ni siquiera haga falta llegar a los tribunales.

Capítulo XVIII

–Pero ¡bueno! ¿La has conocido en persona? ¿Edythe se ha atrevido a presentártela?

La silla de Madeira protestó con un crujido cuando Nealie, con una encantadora mezcla de profundo rechazo y curiosidad satisfecha, se inclinó hacia mí.

Estábamos sentadas en el invernadero, amplio y bien amueblado, que Nealie había instalado en su última casa, en Englefield Green, en Surrey. Habían pasado más de cuatro meses desde mi última visita a The Manor, que ya se había vendido. Charlie y yo acabábamos de volver de Francia donde, de paso por París, habíamos visitado a lady Guthrie, en un piso del boulevard Haussmann donde ahora vivía, según nos dijo a petición de Cecil. Julie Wrottesley ya no estaba con ella: la echó una semana después de esos días que yo pasé en The Manor. Gracias a los buenos oficios de Nealie, porque de otro modo no sé qué habría sido de ella, Julie estaba ahora en Estados Unidos, trabajando como una especie de señorita de compañía y árbitro general del gusto inglés para una familia rica de Chicago.

–Cuéntame todo lo que ha pasado –ordenó Nealie–. ¿Quién iba a imaginarse que incluso Edythe...? Me extraña que Charlie no te sacara de allí sin darte tiempo a descubrir algo interesante.

–Se ve que no me estabas escuchando, porque te acabo de decir que cuando fuimos a casa de lady Guthrie no había nadie con ella. Fue la segunda vez, cuando fui sola, cuando conocí a mademoiselle Laurent.

–¡La llamas por su nombre! –Nealie parecía sinceramente impresionada y había dejado de sonreír–. Querida, piensa en lo que estás diciendo: esa perdida no puede tener un nombre, al menos para nosotras... ¡Vaya, vaya!

Y con pinta de estar encantada se volvió para recibir a Charlie y a Willie, que acababan de entrar por una de las puertas que llevaban a la casa.

Sin darse cuenta de que su presencia no era bien recibida en ese momento, Willie arrimó una silla para sentarse al lado de Nealie, y ella le dijo que creía haber entendido que pensaba pasar la tarde escribiendo cartas a la gente que le había enviado esos regalos tan preciosos.

Los regalos a los que se refería eran los acostumbrados candelabros y cortapuros de plata que se ofrecían a los futuros novios; y es que Willie, por fin y enteramente por instigación de Nealie, se había decidido a casarse. Si llegaría a decidirse alguna vez y si conseguiría convencer a Nealie eran incógnitas que habían ocupado desde

hacía años a todas sus amistades. Ella, por su parte, siempre había dicho que era demasiado mayor para él, y tachaba la idea de ridícula. Willie, decía Nealie casi desde el principio de su amistad, tenía que buscarse una chica agradable, que lo ayudara a bandearse en el mundo y le diera hijos. Esto, interpretado, quería decir que a Willie, hijo de un modesto abogado escocés, le convenía casarse con una joven de muy buena familia. Estoy segura de que por su propio pie él nunca habría hecho nada por el estilo. Finalmente, dando un paso más atrevido de lo normal, Nealie le presentó a la quinta hija de un duque y no los dejó en paz a ninguno de los dos hasta que consiguió que se comprometieran y la noticia del futuro enlace se publicó en *The Morning Post*. La joven elegida, para nuestro secreto divertimiento, no era ni mucho menos guapa. Sin embargo, ha resultado ser una mujer excelente para Willie, y él, por su lado, sigue siendo tan leal a Nealie como siempre.

–Estábamos hablando –Nealie, dando una palmadita en la mano de Willie, se había vuelto hacia Charlie– de tu interesante viaje a París.

–Pues sí.

Charlie, que estaba paseando por el invernadero, se detuvo delante de una planta de crecimiento lento que examinó, al parecer, con particular interés. Estaba claro que nuestra visita a lady Guthrie, de la que Nealie, con escaso éxito, ya había intentado sonsacarle algo a la hora de comer, no era un tema que le apeteciera tratar.

Cambiando sutilmente de táctica, Nealie dijo que era un alivio inmenso saber que Helbert, ese hombre tan repugnante, no heredaría nada.

–Aunque me figuro que los gastos de la querella habrán superado con creces lo que el pobrecito Cecil tenía para dejar. Y también estoy segurísima de que eres tú y no Edythe quien va a pagarlo todo.

Esto por supuesto era cierto, pero Charlie no tenía ganas de ilustrar a Nealie ni sobre este detalle ni sobre otros relacionados con los entresijos del caso.

–De todos modos –Nealie se cansó de esperar a que Charlie respondiera–, lo principal es que Helbert se ha acobardado y no va a defenderse.

–No va a recurrir –corrigió Willie.

–Es lo mismo –dijo Nealie–, y eso significa que a pesar de tanta bravuconería hemos ganado.

Willie admitió con reserva que esencialmente era cierto.

Nealie, que no estaba al corriente de las vergonzosas circunstancias que desembocaron en la dimisión del traidor Helbert de su puesto diplomático, observó que no veía que Helbert tuviera nada que perder si comparecía ante un tribunal.

–A fin de cuentas ha dejado el Ejército y casi seguro que está sin blanca. Habrá recibido algo a cambio de retirar tan oportunamente su reclamación de las quince mil libras de Cecil.

Oyéndola me pregunté si no habría algo de cierto en sus palabras; por otro lado, era muy posible que, llegado el momento, Helbert no se viera en condiciones de afrontar el escándalo que indudablemente habría causado el testimonio del general Cameron. Exponerse a ser señalado públicamente como traidor era muy distinto a que un puñado de funcionarios de la Embajada fueran los únicos en estar al corriente de sus maniobras. Había además otra cosa que bien podría haber pesado en él y sus asesores a la hora de tomar la decisión: sería casi imposible encontrar un médico o un químico dispuestos a declarar que la pequeña cantidad de revelador fotográfico que Cecil había tomado –según el propio Helbert– fuera mortal, incluso para un hombre enfermo. Finalmente se llegó a la conclusión de que los síntomas de Cecil –y el médico del barco podría corroborarlo– se correspondían plenamente con la administración premeditada de estricnina.

Era imposible demostrar tanto que el envenenamiento por estricnina fuera efectivamente la causa de la muerte como, si lo fue, que la mano que administró el veneno fuera la de Helbert. No obstante, su defensa en el juicio habría intentado llamar la atención sobre esta posibilidad y, de haberlo permitido el juez, solicitar pruebas médicas que respaldaran su declaración. Sabiendo esto, hasta un hombre mucho más valiente que Helbert, o quizá un hombre más inocente, bien podría haber titubeado. El caso es que Helbert decidió no arriesgarse a ir a juicio y la querella, oficialmente por influencia indebida en la redacción de un testamento, no llegó a tramitarse en el juzgado.

Esto era exactamente lo que buscaba sir Terrence Lucas; tenía confianza en conseguirlo y se salió con la suya. Aunque algunos quizá piensen que la forma de manejar la situación se acerca mucho al chantaje, no creo que nadie pueda negar que los motivos eran bien fundados.

–Bueno –Nealie miró con impaciencia a Charlie y a Willie–, ¿es que nadie me va a contar nada?

Willie, después de mirar de reojo a Charlie –que seguía admirando la vegetación del invernadero–, dijo que, ahora que todo se había resuelto felizmente, era mejor hablar del asunto lo menos posible.

Nealie se quejó inmediatamente de lo fácil que era decir algo así para Willie, que trabajaba en el despacho de sir Terrence y seguramente estaba al corriente de todo.

–Pero me parece fatal –dirigió la protesta a la espalda encorvada de Charlie– que me ocultéis lo más interesante. Creo que es injusto, sobre todo si se tiene en cuenta que soy una de las pocas personas que sabía de la existencia del testamento.

Charlie, irguiéndose muy despacio, le recordó que había que olvidarse de eso.

–Si Helbert hubiera decidido dar batalla, no sería ningún secreto.

–Bueno, Nealie, deja ya de llevar la contraria. –Charlie desistió de seguir

fingiendo una fascinación repentina por las palmeras en macetas y se acercó a nosotros–. Lo importante es que tenemos la suerte de que Helbert ha decidido no reclamar, lo cual nos ha permitido no darnos por enterados oficialmente del testamento que Cecil firmó justo antes de salir de París. Reconocerlo solo traería un cúmulo de complicaciones legales completamente innecesarias. ¿Eso al menos queda claro?

Nealie asintió.

–Y me gustaría que no sigas diciendo que no te cuento las cosas. De hecho estoy a punto de contarte lo que va a pasar a continuación, y es que dentro de un año, el abogado de nuestra familia, que no sabe nada de todo esto, me pedirá, y puede que también se lo pida al hermano de Anne, que, en nombre de mi madrastra, solicite en el registro de sucesiones el correspondiente certificado, para repartir los bienes de Cecil como si hubiera muerto sin testar.

–Y como a estas alturas los bienes se han visto indudablemente reducidos a menos que nada, supongo que lo de menos es que el procedimiento sea una ilegalidad flagrante. El riesgo que corre sir Terrence al ocultar el testamento francés es enorme, por supuesto. O bien tiene una caballerosidad increíble, o bien ha recibido una suma increíble a cambio de no abrir la boca.

Como otras veces, me impresionó la instintiva perspicacia de Nealie.

Charlie, claramente sorprendido, señaló que, para haber nacido en Estados Unidos y haberse criado en una granja, Nealie tenía unos conocimientos de derecho inglés verdaderamente notables, y se sentía obligado a felicitarla.

Nealie, sin saber, creo, si le estaba tomando el pelo, observó que no era una forma muy amable de decirlo.

–Lo siento –Charlie se levantó para marcharse–. Pretendía ser un cumplido. Voy a aprovechar la luz que queda para dar un paseo.

–En tal caso –dijo Nealie–, podrías llevarte a Willie. A menos que –miró a Willie– creas en serio que tienes que seguir con esas cartas.

Willie, que se tomó el despido con elegancia, dijo que necesitaba un poco de ejercicio y se fue con Charlie.

En cuanto nos quedamos solas, Nealie me ordenó que le contara rápidamente más cosas de la pelandusca, porque si no Charlie y Willie habrían vuelto antes de que hubiera terminado de contárselas.

–Además, que sepas que lo que me has contado hasta ahora no es nada interesante. Si no sintiera una antipatía tan profunda por Edythe, la semana que viene iría a París a verlo todo con mis propios ojos. Mi hermana Nannie pasó a verla, como ya te dije, de camino a Pau, pero por lo visto solo se fijó en un pastelito desconocido que sirvieron en la mesa del té. Claro que Nannie siempre ha sido una

mujer muy insulsa. Tú no tienes la misma excusa.

–Muy bien. También a mí, como a Nannie, me invitaron a tomar el té y, cuando llegué, Thompson me llevó al salón, donde encontré a lady Guthrie sentada en un sofá y a la pelandusca a su lado, en una butaca de damasco rojo.

–Thompson tendría que haberte advertido de que no entraras, o al menos, si eso no le parecía bien, haberte dicho que Edythe no estaba en casa.

–Me advirtió, y reconozco que lo hizo con mucha discreción.

–Ah, bueno. –Nealie, después de protestar, estaba impaciente–. Dime qué pasó y cómo era y si *parecía* una pelandusca. Me han dicho que muchas veces se vuelven muy mandonas, visten de negro oxidado y llevan una crucecita colgada del cuello.

–Iba de negro, pero no oxidado, y no le vi ninguna cruz.

Apremiada a una descripción más detallada, añadí que aparentaba treinta y tantos años, tenía lo que normalmente se llama buena figura y el pelo rubio tirando a cobrizo.

–Quien no supiera lo que era esa mujer creo que no lo habría adivinado. Por otro lado, aunque en francés no es tan fácil juzgarlo por la voz, creo que no podría pasar por una señora. Había también algo en su actitud que no era agradable, aunque no sabría definirlo exactamente.

–Se parece mucho a lo que imaginaba.

–Entonces me temo que no la he descrito muy bien, porque seguro que te la imaginabas extremadamente femenina y no lo era en absoluto.

Nealie dijo que no le extrañaba, porque Cecil siempre había necesitado un apoyo y una seguridad que difícilmente habría encontrado en una mujer insulsa, de las que se pegan como una lapa.

–Es lo que pasa cuando las madres vuelven a sus hijos dependientes de ellas; que los pobrecillos se ven condenados de por vida a buscar mujeres dominantes.

–Pero la pobrecita Lydia Marsden no tenía nada de dominante ni de masculina.

–Y a lo mejor por eso el compromiso finalmente no llegó a nada. Y lo de Julie creo que fue un truco, muy inteligente, la verdad. Hay que reconocer que Edythe será lo que sea, pero es *meticulosa*.

–Al principio, el principal tema de conversación (acabábamos de enterarnos, el día anterior, de que el capitán renunciaba a sus pretensiones) fue la causa legal.

–Yo habría dicho que sería un tema prohibido. ¿Edythe no tenía ningún reparo en hablar delante de esa mujer?

–No entramos demasiado en detalles, pero creo que lady Guthrie no tenía un interés especial en cómo se había tratado exactamente el caso. Se alegraba del desenlace y así lo señaló. Después todo fueron vituperios contra Helbert, a quien ahora considera el mayor villano de la historia, que no cuidó como era su deber de su

hijo enfermo.

–¿Sigue sin creer que lo matara?

–No lo dice abiertamente, y me dio la impresión de que una vez que mademoiselle Laurent estuvo a punto de decirlo, se miraron, y se calló al instante.

–Ahora que todo se ha resuelto, no creo que tenga nada de malo decir, al menos decírtelo a ti, que no estoy segura de que lo matara.

–Claro que sí: eso nunca se ha cuestionado.

–De todos modos, esos días en que Cecil se alojó con vosotros, justo después de que Lydia rompiera el compromiso, había intentado suicidarse, ¿verdad?

–No creía que lo supieras.

Nealie se encogió de hombros.

–Cecil nunca lo reconoció. Nunca fue más que una suposición.

–Como todo lo relacionado con su vida y con las circunstancias de su muerte. Y, si Edythe hubiera muerto al dar a luz (estuvo a punto de ocurrir, según nos ha contado tantas veces), Cecil habría podido llegar a ser un hombre estupendo. Tal como fueron las cosas nunca tuvo la oportunidad.

–Supongo que no.

Tomé aire, pensando con tristeza en el joven a quien con el paso de los años había llegado a querer. Su muerte, convencionalmente considerada una tragedia, parecía una minucia, algo sin importancia, comparada con la tragedia mucho mayor de su vida desperdiciada.

Miré a Nealie, pensando si no habría llegado el momento de compartir con otro ser humano el peso de la confesión que me hizo Cecil en su delirio. Pero a los muertos se les debe tanta lealtad como a los vivos. Por respeto a Cecil, mi obligación era guardar silencio mientras viviera su madre. Nadie podía saber la terrible acusación que hizo al revelar que, para impedir que se casara, su madre había divulgado –falsamente, porque no era cierto– que su hijo padecía una enfermedad vergonzosa. Cecil la acusó y luego se retractó, y nunca llegué a saber cuál de las dos afirmaciones era cierta.

–Estaba pensando en Julie –dijo Nealie–. Supongo que cuando Edythe se libró de ella de una forma tan brusca y tan grosera ya había tomado la decisión de que esa mujer horrible fuese a vivir con ella.

Dije que no tenía la menor idea, aunque creía que mademoiselle Laurent se instaló con lady Guthrie en París cuando esta volvió de The Manor.

–Primero se alojaron juntas en el hotel y luego, en cuanto el piso estuvo listo, se fue a vivir con ella.

–Pero ¿cómo soporta Edythe tener siempre a su lado a semejante mujer? –Nealie arrugó la nariz con asco–. Y cuando Cecil vivía ¡no soportaba ni pensar en ella!

Oyendo a Nealie me acordé de cuando estuve en Cannes, hacía ya más de un año. Lady Guthrie acababa de contarme que Cecil se había liado con una mujer de mala nota. Una mujer horrible –aunque esta información, en ese momento caí en la cuenta con un escalofrío, le había llegado a través de Helbert– que le había introducido a las drogas. «Tiene que ser una mujer perdida sin remedio. Si pudiera acercarme a ella, la estrangularía con mis propias manos.» Y ¡ahora «esa mujer» era su amiga más íntima!

–Según dices, y Nannie también, al menos hasta donde pude sonsacarle, Edythe trata a esa mujer como a una igual, y se pasan la vida acurrucadas las dos en ese piso, día tras día, sin otra compañía. ¿De qué narices hablarán? Y ¡qué aburrimiento para esa mujer!

–Creo, mejor dicho, supongo, que hablan sobre todo de Cecil. Ya sabes que creen que se comunican con su espíritu.

–La verdad es que es repugnante. –Nealie dio un pisotón, enfadada–. Es tan repugnante que no puedo siquiera pensarlo. E imagino que esa mujer está sacando buen provecho de la situación.

–Thompson, que antes la apreciaba mucho, está seguro, y así se lo ha dicho a Charlie, de que está haciendo el nido.

–Pues claro que sí; seguro que una francesa de clase baja es muy astuta. En realidad –Nealie, que parecía indignada, miró con gesto amenazante las palmeras que crecían al fondo del invernadero–, no toda la culpa es suya. Edythe se ha expuesto a ser explotada, y una persona sin escrúpulos que no se aprovechara de la situación sería idiota.

–No sabemos que mademoiselle Laurent se esté aprovechando: es solo la opinión de Thompson.

Nealie, cada vez más alterada, contestó que saltaba a la vista. Edythe nunca había tenido el más mínimo criterio. Era una mujer vanidosa y necia, susceptible al halago en grado sumo. Bastaba con ver cómo se había dejado engañar por Helbert, que vulgarmente hablando le había dorado la píldora, cuando todo el mundo vio desde el principio que era un rufián.

Empecé a decir que, por desgracia, ni Charlie ni yo lo vimos venir; que cuando desconfiamos de él ya era demasiado tarde, porque para entonces lady Guthrie no consentía que nadie dijera una mala palabra de él.

Nealie, sin hacer caso de la interrupción, siguió hablando desatada. Lo de esa pelandusca era deplorable pero, conociendo el carácter de Edythe, no tenía nada de raro.

–Y ¿has dicho –la pregunta me pilló desprevenida– que había algo en ella que no te gustó pero que no podías explicarlo?

–Sí; había algo... Algo en el ambiente que me pareció profundamente inquietante.

–Piénsalo bien –dijo Nealie–. ¿Qué te inquietaba y qué era lo que no te gustaba?

Despacio, buscando las palabras con las que dar forma a algo que en realidad no la tenía, dije que estaba segura de que mi sensación de extrañeza tenía muy poco que ver con el espiritismo.

–Aunque creo que ahí también hay algo repugnante. No dejo de pensar en Cecil en la época en que fue más feliz... Me lo imagino lejos de lady Guthrie: navegando o jugando al cróquet en el césped de Kildonan... Y luego veo a esas dos mujeres encorvadas alrededor de una mesa, tratando de encerrar su espíritu en ese salón oscuro.

Al callarme, tuve la sensación de que la alegre fragancia del geranio rosa comprado en Floris que hasta entonces dominaba el invernadero había ido desapareciendo en favor de un olor más exótico y mucho más denso.

–A ella solo le gustaban esas chicas después de que Cecil rompiera con ellas –dijo Nealie–. Pasó lo mismo con Julie, y ahora con esta otra.

Se quedó pensativa, y esperé a que añadiera algo, algo que en cierto modo explicara una situación que a mí me resultaba casi incomprensible. Pensé en el salón en penumbra y en las miradas que cruzaron las dos mujeres: su manera de mirarse me recordó, aunque entonces no supe por qué, miradas que había visto cruzar entre lady Guthrie y Cecil.

–Hay algo horrible –añadió Nealie–. Algo que creo que preferiríamos no entender aunque pudiéramos.

Lady Guthrie, que sobrevivió diez años a Cecil, no murió hasta 1906, pero después de esa visita a París no volvimos a verla. El distanciamiento fue por ambas partes, porque ya no quedaba nada que nos uniera. De vez en cuando nos llegaban rumores de sus andanzas, a través de conocidos comunes, que, teniendo en cuenta la cantidad de años que sir David y ella habían vivido en el extranjero, eran curiosamente pocos. Una vez me contaron que tenía intención de encontrar una casa en el sur de Francia, en memoria de Cecil, para acoger a escritores y artistas franceses que necesitaran un sitio en el que descansar o trabajar, aunque creo que no llegó a llevar la idea a la práctica. Creo que mademoiselle Laurent vivió varios años con lady Guthrie, pero no seguía a su lado cuando murió, y en el testamento no se la nombra.

Hay un detalle curioso que nace de una historia que en buena parte siempre seguirá siendo una conjetura: lady Guthrie afirmaba en *The Life* que la novela que Cecil terminó de escribir esos últimos meses en París había desaparecido inexplicablemente. Nunca se encontró rastro de ella, decía, entre sus papeles y manuscritos. A una le queda la duda de si Cecil efectivamente llegó a escribir el libro

del que habla tan a menudo en las cartas que escribe a su madre, o si ella, no encontrándolo de su gusto, fue la causa de su destrucción.

El sinvergüenza de Helbert estuvo varios años merodeando por París, la ciudad en la que, como una vez nos dijo en la terraza de Kildonan, más le gustaba vivir. La última noticia que tuve de él me llegó por una extraña coincidencia, a través de una enfermera de hospital que pasó una temporada con nosotros justo antes de la guerra. Hablando de su vida profesional, que había transcurrido principalmente en París, porque era bilingüe, cuidando de la colonia británica, me contó que entre sus pacientes hubo un tal capitán Helbert. Una vez aclarado que «su» Helbert y el mío eran el mismo, yo estaba naturalmente intrigada por saber cualquier cosa que pudiera contarme de él, pero por desgracia recordaba muy poco: solo que una vez, delirando, no había parado de hablar de las mujeres. También oyó decir, aunque muy vagamente, que en la época en que lo cuidó había tenido algún lío con un anillo de diamantes. O bien lo había robado o quizá, la enfermera creía que era más probable, se lo había llevado con permiso de una tienda y lo había empeñado.

Mi último encuentro con Helbert, aunque en realidad creo que esta no es la palabra más exacta, fue en el otoño de 1902. Estábamos en Kildonan, y teníamos en casa a un buen grupo de jóvenes, entre ellos Ian, nuestro hijo menor, que para entonces ya era un hombrecito. Los chicos decidieron que un partido de «polo en bicicleta» sería una buena diversión para pasar la tarde, pero necesitaban más mazas. Les dije que seguramente habría algunas viejas en los armarios de la armería. Ian fue corriendo a buscarlas, con varios amigos, y yo, no sé muy bien por qué, los seguí. Acerté en lo de las mazas. Ian encontró varias. Aunque algunas estaban bastante agrietadas y estropeadas, los chicos las declararon «en buenas condiciones para el polo».

–Y esto –Ian, sacando del armario la cabeza despeinada, me enseñó una gorra que tenía en la mano– debe de llevar aquí la tira de años. Tiene moho en los bordes.

Lo que examinamos era una gorra de tweed normal y corriente, pero algo me despertó un recuerdo. Se la quité a Ian de las manos cuando ya se la estaba llevando a la cabeza. La gorra cayó al suelo, con el forro hacia arriba, y, en el centro, escrito con tinta negra, llevaba el nombre de su dueño: F. Helbert.

Sin decir palabra, cogí la gorra con las pinzas de la chimenea y –no sé si para asombro de los chicos, o no, porque a los jóvenes en el fondo les interesan muy poco las rarezas de la gente de mediana edad– salí de la armería. Bajé a la orilla del lago y tiré la gorra al agua.

Notas

Introducción

[1] *The Golden Bough* (1890), un tratado sobre magia y religión del antropólogo escocés James George Frazer. [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora*.]

Capítulo i

[1] Vestido totalmente de marrón.

Capítulo ii

[1] Golpe de Estado.

Capítulo iii

[1] Bellezas.

Capítulo iv

[1] Colega.

Capítulo v

[1] Quiere retener a su hijo en casa.
[2] Lencería con adornos de encaje.

Capítulo vi

[1] En 1874 un tribunal penal condenó a un impostor (de identidad dudosa) a catorce años de cárcel por haberse hecho pasar por el barón de Tichborne y disfrutar de su título y su fortuna. Una vez excarcelado, inició una carrera política.

Capítulo vii

[1] En marcha.

Capítulo viii

[1] Charles Edward Mudie (1818-1890), librero, editor, fundador de la selecta biblioteca victoriana que lleva su nombre y creador de un sistema de suscripción a precios populares. Los tres libros a los que alude la narradora son, probablemente, una novela en tres volúmenes, de acuerdo con el formato de edición que tuvo su auge en esta época.

[2] Rhoda Broughton (1840-1920), popular novelista victoriana, autora de novelas sensacionalistas.

Capítulo ix

[1] Almuerzo campestre, en alusión a la obra homónima del pintor Édouard Manet.

[2] Periódico político y literario (1868-1929).

Capítulo x

[1] Baile popular escocés.

[2] Excesivo.

[3] Prendado.

Capítulo xi

[1] Por supuesto.

[2] Partido.

[3] Porvenir.

Capítulo xii

[1] Persianas.

[2] Tapiz de algodón monocromático con escenas pastoriles.

[3] Crisis nerviosa.

[4] Pasteles pequeños.

Capítulo xvii

[1] Acercamiento.

ALBA RARA AVIS

TÍTULO ORIGINAL: *Cecil*

© Elizabeth Eliot, 1962

© DE LA INTRODUCCIÓN: Elizabeth Crawford, 2019

© DE LA TRADUCCIÓN: Catalina Martínez Muñoz

© DE ESTA EDICIÓN: **ALBA EDITORIAL, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe Moll de Alba

Conversión a formato digital: La Letra, S.L.

Pasaje de: Anne Brontë. "Poesía completa". Apple Books.

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2021
ISBN: 978-84-9065-804-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las san- ciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es